

SUMARIO

Editorial

III° Encuentro Nacional de Sacerdotes - Villa Cura Brochero III°

Crónica

El Presbítero, signo sacramental de Cristo Buen Pastor.

Mons. Juan María Uriarte

40° Aniversario del comienzo del Concilio Vaticano II

Discurso de S.S. Juan XXIII durante la inauguración del Concilio Vaticano II.

Gaudete Mater Ecclesia.

El Cardenal Montini y el inicio del Concilio Vaticano II.

Una reconstrucción histórico teológica - Franco Giulio Brambilla

El Concilio Vaticano II, inicio de la “nueva evangelización” - Juan Pablo II

Los Obispos argentinos y el Concilio Vaticano II - Pbro. Luis Alberto Lahitou

Reflexiones y aportes de Mons. Enrique Angelelli a la redacción del Decreto Presbyterorum Ordinis - Luis O. Liberti. SVD

Situación y tareas de la Iglesia actual - Carlos Schickendantz

Recensiones

*“Tengan ánimo, levanten la cabeza....”
(Lc 21, 28)*

La situación social y económica de nuestro país ha marcado y condicionado la vida de los argentinos en estos últimos tiempos. En *Pastores* tratamos de reflejar esto y sobre todo cómo incidía en la vida sacerdotal y en nuestro ministerio con el pueblo de Dios.

Así, el número de diciembre de 2001, en plena crisis, apuntamos a reflexionar en torno a nuestro ministerio particular de *“animar en la esperanza”*. En el número de mayo 2002 lo hicimos a partir de las propuestas de *“comunión y servicio”* como clave para transitar los difíciles momentos que se viven. Y esto, desde la palabra de nuestros obispos y los discursos del Papa en las visitas *“ad limina”* de comienzos de año.

Nos parece ahora que debemos dar un paso más y mirar cómo afecta la crisis a nuestra vida cotidiana en el ejercicio del ministerio. Muchas cosas han cambiado que nos afectan más que antes. La inseguridad, la violencia, la escasez económica, la queja y el reclamo constantes, los conflictos permanentes que, debido al estado emocional en que se vive, aparecen también en la vida interna de nuestras comunidades.

No nos debe sorprender. Como pastores del pueblo de Dios no estamos en un lugar y en una situación diferente a la que vive la gente. Todo nos incide ya que formamos parte del mismo Pueblo de Dios.

La dificultad económica ha provocado que algunas parroquias (y esto sin distinción de lugar, sea en las ciudades, en los pueblos o en el campo) no tengan lo suficiente para mantener su estructura de funcionamiento. Hasta en algunos casos el párroco ha tenido que irse a vivir a una parroquia vecina porque no alcanzaba el dinero ni para comer. Las parroquias que tienen colegio viven la incertidumbre de poder pagar los sueldos a tiempo o en varias partes, y la tensión de reclamar a las familias con dificultades reales que se pongan al día con sus deudas. Lo económico ha traído a la vida actual del presbítero una dificultad adicional que antes se superaba con mayor tranquilidad y otro tipo de salidas y soluciones.

La inseguridad y la violencia es algo corriente en nuestra vida. Sacerdotes asaltados, parroquias arrasadas con violencia robando lo poco que se guarda para necesidades urgentes. Si hasta un sacerdote de una diócesis del gran Buenos Aires vivió un tiempo prolongado con custodia policial por la amenaza cierta de secuestro. Esto condiciona nuestro ministerio ya que a veces, al escuchar que tocan el timbre de noche pidiendo un sacerdote para visitar un enfermo o moribundo, uno duda que sea un intento de robo.

Se siente también, que ante la falta de respuesta de los organismos oficiales, la gente reclama a la Iglesia, en algunos casos, con exigencias difíciles de responder. Ha pasado en algunas parroquias que al pedir en Caritas y no obtener respuesta, ya que Caritas sólo da lo que tiene o recibe como donación, la gente con violencia amenaza juicios por discriminación o denuncias ante los medios de comunicación.

Y todo esto en un marco de cuestionamiento y juicio a la vida sacerdotal desde los medios de comunicación, a partir de situaciones que han tomado estado público.

Sin embargo es alentador ver a los sacerdotes entregados evangélicamente a la tarea cotidiana, sobrellevando con alegría y entusiasmo las dificultades de este tiempo. Son muchos los que han buscado fortalecerse en la oración común y en una más intensa vida fraterna en el presbiterio. Los grupos de

reflexión y acompañamiento mutuo han crecido, y la necesidad de estar más cerca de Cristo Buen Pastor, para encontrar en Él consuelo y fortaleza, también.

En este sentido es motivo de acción de gracias el III Encuentro Nacional de Sacerdotes, realizado en Villa Cura Brochero en septiembre pasado. Allí más de 450 sacerdotes participaron de jornadas de reflexión e intercambio para fortalecer la vida propia del ministerio y del presbiterio.

En este número de *Pastores* reflejamos esa experiencia, y publicamos las cinco charlas de Mons. Uriarte, Obispo de San Sebastián, del País Vasco, España. Mons. Uriarte transmitió toda su experiencia y sabiduría con respecto a la espiritualidad sacerdotal, acumulada en sus años de estar al frente de la Comisión del Clero de la Conferencia Episcopal Española.

En estos tiempos de crisis es bueno mirar la figura de Cristo Buen Pastor y encontrar en Él la fuente para fortalecer nuestro ministerio e iluminar nuestra vida actual, con sus tensiones y alegrías, desde Cristo muerto y resucitado.

Junto con esta reflexión de la vida sacerdotal ofrecemos varios artículos con motivo de los 40 años del comienzo del Concilio Vaticano II. La Iglesia se piensa a sí misma como Pueblo de Dios en Comunión y Misión, fuertemente relacionada con el mundo y su cultura. En el mensaje y en los documentos del CV II debemos seguir encontrando la orientación para vivir nuestro ministerio en estos tiempos que nos tocan vivir.

Presentamos primero el Discurso de Inauguración de Juan XXIII. Luego una carta del entonces Card. Montini sobre su mirada del concilio en sus comienzos, con una introducción del teólogo de Milán, Don Franco Giulio Brambilla. Temíamos esta primera parte con el texto del Angelus de Juan Pablo II haciendo mención a este 40 aniversario.

Respondiendo a un pedido especial de *Pastores*, el Pbro. Luis Alberto Lahitou, Licenciado en Teología, especializado en Historia de la Iglesia, escribe sobre la participación de los obispos argentinos en las sesiones del Concilio. Completando este trabajo el Pbro. Luis Liberti SVD presenta los aportes de uno de ellos, Mons. Angelelli, con respecto a los temas que tenían que ver con la vida sacerdotal.

Terminamos con una reflexión e iluminación para la Iglesia actual desde los aportes del Concilio ofrecida por el Padre Carlos Schickendantz, teólogo chileno.

De esta manera *Pastores* quiere seguir acompañando la vida de los presbíteros teniendo en cuenta las condiciones concretas de este tiempo en el que nos toca ejercer el ministerio, y animados por la reflexión de la misma Iglesia, que desde hace 40 años, ilumina de un modo renovado nuestro caminar en la historia. Que nuestra espiritualidad sacerdotal, centrada en la figura de Cristo Buen Pastor, y nuestro compromiso con las orientaciones del CV II, sostengan en este tiempo nuestra vida sacerdotal con alegría.

“Tengan ánimo, levanten la cabeza, está por llegar la liberación...” ¡Feliz Navidad!

ESPIRITUALIDAD

III° Encuentro Nacional de Sacerdotes

Villa Cura Brochero 3-5 de septiembre de 2002

Organizado por el Secretariado Nacional para la Formación Permanente de los Presbíteros, se realizó este tercer encuentro de sacerdotes.

De esta manera se continúa una convocatoria que nació en 1994. En aquel Primer Encuentro, durante los días 2 al 4 de agosto, se reunieron casi 400 sacerdotes de todo el país en torno a la figura y el legado pastoral del Cura Brochero. (cfr. *Pastores* 3, Septiembre 1995)

La experiencia se repitió en septiembre de 1999. Allí el motivo fue renovar nuestro ministerio celebrando el Gran Jubileo. “Los sacerdotes como testigos de la misericordia del Padre” fue el tema que reunió a más de 350 sacerdotes. (cfr. *Pastores* 16, Diciembre 1999)

Para este Tercer Encuentro, se había pedido un tema sobre la espiritualidad del Clero Diocesano, en el marco de los 10 años de *Pastores dabo vobis*. Por eso fue invitado Mons. Juan María Uriarte, Obispo de San Sebastián, España, que entre otras actividades fue Presidente de la Comisión Episcopal del Clero en la Conferencia Episcopal Española. El tema que tomó fue “El presbítero, signo sacramental de Cristo Buen Pastor”.

Esta es la segunda vez que Mons. Uriarte nos visita. Estuvo a cargo de las exposiciones del III° Encuentro Nacional de Responsables de Clero realizado en Cosquín en mayo de 1998, donde presentó las distintas etapas de la vida sacerdotal y las posibles vías de atención pastoral de cada una. En *Pastores* hemos publicado algunos de sus estudios, entre otros “Crecer como personas para servir como pastores” (*Pastores* 6, pag. 22) y “Madurar espiritualmente durante toda la vida” (*Pastores* 10, pag. 17)

Los sacerdotes fueron llegando desde el lunes por la tarde. La mayoría llegó el martes 3 y así, por la mañana, se reunieron a tres cuerdas de la Iglesia para hacer una procesión hacia ella, meditando en la figura del Padre Brochero. Luego del recibimiento de Mons. Colomé, Obispo del lugar, los sacerdotes se dirigieron al salón donde se darían las conferencias. Allí Mons. Arancibia, en nombre de la CEMIN (Comisión Episcopal de Ministerios), recibió a todos y presentó a Mons. Uriarte y el tema de las exposiciones.

Las tres mañanas fueron dedicadas a las charlas y por la tarde se hacían encuentros entre los sacerdotes, en distintos grupos de intercambio, donde se trabajaban preguntas indicadas por el expositor. Antes de la misa la tarde, se encontraban de nuevo en el salón para presentarle a Mons. Uriarte preguntas y reflexiones de lo dialogado anteriormente. El miércoles, temprano por la tarde, el Padre Julio Merediz, presentó una charla sobre el Cura Brochero y su espiritualidad en la cual participaron casi todos los presentes (cfr. *Pastores* 14, Abril 199, pág. 39).

Participaron cerca de 450 sacerdotes de 51 diócesis del país, y ocho de ellas con su presbiterio completo. También hubo una gran presencia de obispos (cerca de 20) que acompañaron a sus sacerdotes durante todos los días.

El clima fue de mucha fraternidad e intercambio, vivido especialmente en las comidas de los hospedajes y en las convocatorias de las noches: una caminata con antorchas, siguiendo la espiritualidad del Cura Brochero, y el fogón del miércoles por la noche. Hay que mencionar la hospitalidad y la tarea del párroco, Ido Ricoti y su equipo de colaboradores, que favorecieron a este clima de fraternidad.

La misa de clausura, celebrada el jueves al mediodía, terminó con una procesión hasta la Iglesia, donde frente a los restos del Cura Brochero se realizó una emotiva oración por todos los sacerdotes.

La evaluación fue muy positiva. La mayoría pidió que estos encuentros se realicen cada dos años, proponiendo estos temas: continuar con la espiritualidad sacerdotal (125 votos); identidad presbiteral en la comunidad eclesial (40); realidad nacional y vivencia del ministerio (34); madurez afectiva (27); conducción pastoral (4).

Muchos también pidieron continuar profundizando la figura sacerdotal del Cura Brochero. Para esto proponemos retomar los artículos del Pbro. Carlos Ponza, postulador de la causa, aparecidos en *Pastores* (cfr. N° 3, sept. 1995, pág. 7; N° 16, dic. 1999, pág. 23). De esta manera, recordando su reciente fallecimiento, agradecemos todo lo que hizo y seguirá haciendo desde el Cielo, por el avance de la causa de Brochero.

Presentamos ahora las exposiciones de Mons. Uriarte, que fueron desgrabadas y corregidas para su más fácil lectura. El mismo Mons. Uriarte las revisó y completó desde España, vía mail, para su correcta publicación.

PRESBITEROS, SIGNO SACRAMENTAL DE CRISTO PASTOR

Introducción general al Encuentro

El obispo y el presbítero somos un haz de relaciones que configuran nuestro perfil espiritual y pastoral. Tales son: la relación con Cristo y su Espíritu; la relación con la comunidad cristiana universal y particular, (presbiterio, obispo, laicado); la relación con el mundo, (la secularidad).

De esas relaciones brota un estilo específico de vivir nuestra triple misión de hombres de la Palabra, de celebrantes, y de guías de la comunidad. Brota asimismo una manera específica de vivir nuestra virtudes teologales, y las demás virtudes cristianas.

Y obispos y presbíteros hemos de vivir estas relaciones de manera específica. El cura no es un religioso rebajado, ni es un laico promocionado. Es cura, y basta. Tiene la grandeza y la limitación de ser cura. Tiene un estatuto teológico propio y esta llamado a una espiritualidad peculiar que no es exactamente la del laico, ni la del religioso ni la del monje, aunque todas ellas tengan un fondo común cristiano. El cura vive las mismas relaciones fundamentales que los demás cristianos pero con un estilo particular. También, desde luego en su relación con Cristo. Esta relación será el tema central de nuestros encuentros y de mis exposiciones.

No soy teólogo ni soy pastoralista: soy un pastor. La intención básica de estas Jornadas es profundizar en la espiritualidad, en nuestra espiritualidad, en un clima orante y fraterno. Por tanto no esperéis de mí, exposiciones de profunda teología ni propuestas pastorales luminosas. Ni soy capaz de ello ni convendrían al espíritu con que se han concebido las Jornadas. Lo que pretendo es únicamente extraer de la Palabra de Dios y de la Teología un alimento que nutra nuestra espiritualidad y la adapte realmente a nuestro ministerio.

1. El Presbítero, signo:

El concepto de signo es no es un concepto bíblico, sino eclesiástico y teológico. El Vaticano II hace de él una amplia utilización tanto en *Lumen Gentium* 28, como en *Presbyterorum Ordinis* 12. También el magisterio eclesial posterior: (cfr. *Pastores Dabo Vobis*, sobre todo en los nros 21-23).

Es preciso que tengamos una comprensión adecuada de este concepto magisterial y teológico. Para ello os presentaré una breve introducción sobre el concepto teológico.

a) Introducción teológica

Jesucristo no es el Fundador difunto de la Iglesia, sino su Pastor viviente. A ella le está comunicando continuamente su libertad de Resucitado, su fortaleza, su alegría pascual, su adhesión al Padre, su paciencia para soportar las dificultades, y su amor a los hermanos, sobre todo a los más pobres.

Diríamos que la relación que la Iglesia tiene con Jesucristo Pastor, no es la relación que tiene un edificio con su constructor. Un hermoso edificio vive independientemente de su constructor y probablemente tendrá una existencia o una subsistencia ulterior a la vida y a la muerte de quien lo ha hecho. No es, pues, una buena comparación pues la de Jesucristo constructor de la Iglesia.

Es mejor comparar, Jesucristo con un Manantial del que nace continuamente el río de la Iglesia. El río de la Iglesia está naciendo continuamente de ese manantial que es Cristo, Es Cristo el que da al río de la Iglesia la capacidad de realizar sus cuatro misiones fundamentales: orar, vivir fraternalmente, anunciar el evangelio y servir a la sociedad, sobre todo a los pobres. Estas son las cuatro grandes misiones de la Iglesia que Jesús Muerto y Resucitado suscita continuamente en ella.

Pero Jesucristo Pastor, manantial viviente de este río continuo que es la Iglesia realiza este servicio respetando, prolongando, y aplicando la encarnación. Lo realiza, por ello, mediante signos humanos y materiales que lo hacen presente, patente y operante en su comunidad.

El gran signo de Jesucristo, Pastor, es la Iglesia misma. Toda la Iglesia en su variedad reproduce las riquezas del rostro de Cristo. Cada creyente según su vocación particular acentúa algunos rasgos de este rostro. Unos acentúan al Cristo orante, como los contemplativos. Otros acentúan el rasgo de Cristo consagrado a los marginados, como tanta gente que ahora en Argentina se está preocupando de los más pobres, de los más desheredados. Otros representan a Cristo trabajador de Nazareth, como los operarios de los diversos niveles de trabajo del mundo. Otros representan el rostro de Cristo sufriente, como los enfermos, o aquellas personas que llevan una cruz sobre sus hombros (que somos casi todos). Otros representan al Cristo médico, como el personal sanitario; otros al Cristo pobre, como por ejemplo los Hermanitos y Hermanitas de Foucauld y las Congregaciones que subrayan la vivencia de la pobreza.

Todos estamos llamados a reflejar, al menos de manera modesta, el mayor número posible de rasgos del rostro de Cristo. Pero cada uno está llamado a vivir más intensamente y más preferencialmente algunos rasgos del rostro del Señor. Pues bien, hay un grupo de creyentes llamados, enviados y consagrados por el Señor, por su espíritu, para reproducir los rasgos de Cristo Pastor. Somos los obispos, y los presbíteros.

Sin embargo los obispos y presbíteros no somos signo exclusivo de Cristo Pastor. Una Madre Provincial cuya Congregación tiene 200 comunidades en el ancho mundo, y las va visitando en los distintos continentes, habla con cada hermana, arregla los problemas, suscita el amor en las comunidades, conforta a los miembros más débiles, de alguna manera vive una función análogamente pastoral. En este sentido no somos un signo exclusivo de Cristo pastor, pero si somos el signo intensivo y sacramental. Somos signo mediante un sacramento y por tanto en nosotros, en los presbíteros y obispos, se realizan y se condensan con especial intensidad y publicidad los rasgos de Cristo Pastor de su comunidad, y, a través de su comunidad, del mundo entero. (Ya que la mirada de Cristo pastor no se acaba en los límites de la Iglesia).

Nuestra vocación por tanto consiste en poner a disposición de Cristo nuestra persona, nuestro corazón, nuestra preparación, nuestras cualidades, nuestro tiempo, nuestra oración para que Jesucristo pueda ser, a través de nuestra vida y ministerio, Pastor de su comunidad. Nuestra misión es hacer presente, patente y operante en su comunidad y en el mundo a Cristo Pastor.

Evidentemente este servicio que prestamos a Cristo y a la comunidad es básico y vital para la comunidad cristiana. Hemos dicho que la comunidad eclesial está en este mundo para orar, para vivir fraternalmente, para servir a la sociedad y para anunciar el evangelio. Para realizar tal misión esta comunidad necesita que Cristo la alimente con su Palabra, la enriquezca con los sacramentos la guíe con sus orientaciones, la unifique y la impulse. Los creyentes que forman la Iglesia, así alimentados, están básicamente preparados para que el Espíritu siembre en ellos todos los carismas: el carisma de curar, de educar, de transformar la sociedad, de la vocación política, de la vocación sindical o social. Todos ellos

capacitan para vocaciones importantes en el mundo humano. Con estos Carismas se enriquece la Iglesia y la sociedad.

En suma: para que la Iglesia pueda cumplir su cuádruple misión necesita unos servicios básicos: el servicio de la palabra, el servicio de los sacramentos, el servicio de la orientación de la comunidad. Cristo pastor, comunica a la Iglesia estos servicios básicos, a través de un grupo de personas, de un grupo de creyentes, de un grupo de seguidores que son los sacerdotes.

Tal vez una comparación nos ayude a entender todavía mejor esta afirmación: supongamos un hotel, un colegio, un hospital, un simple campamento de verano. Para que el hotel, aloje bien, para que el hospital cure, para que el campamento del verano o el colegio eduquen, es preciso que en todos estos lugares funcionen los servicios básicos: la electricidad, la cocina, la limpieza, la dirección. Sin ellos no pueden dedicarse a lo suyo. Son el servicio de intendencia. Los curas y los obispos somos el servicio de intendencia de la Iglesia: aquel grupo de creyentes, a través de los cuales Cristo pastor, comunica a su iglesia los servicios básicos de la Palabra, de los Sacramentos, de la dirección, dinamización y cohesión de la comunidad, necesarios para que la comunidad cristiana se dedique a lo suyo: a orar, a dar testimonio, a anunciar el evangelio, a servir a la sociedad, a vivir fraternalmente.

En los presbíteros y obispos, se hace presente, patente y operante Cristo Pastor, que a través de ellos ofrece estos servicios básicos.

b) Las tres características del signo: referencia, transparencia, proexistencia.

La primer característica es la referencia: es decir, la relatividad. Todo signo es relativo siempre apuesta a algo distinto de sí mismo: lo significado. Eso es lo importante. No el signo, sino el significado. Nosotros somos necesarios en la Iglesia, pertenecemos a la estructura de la Iglesia y nuestros servicios son necesarios para que esa Iglesia se estructure, y se re-estructure continuamente. Somos necesarios en la Iglesia, pero somos relativos, somos referencia a otro.

A veces se contraponen la necesidad y la relatividad, y no es así. Hay cosas muy necesarias que son muy relativas, y este es nuestro caso. ¿Por qué somos relativos? En primer lugar, porque somos signos de otro, de Jesucristo. En segundo lugar, porque somos un signo para otros, para la comunidad y para el mundo. Y en tercer lugar, porque somos un signo con otros: todos los obispos y presbíteros somos un único signo. El Concilio Vaticano II ha llegado a decir que el obispo y su presbiterio son un único sacramento, un único signo sacramental que significa y favorece la unidad de toda la diócesis.

Somos signo de otro, signo para otros, signo con otros. Precisamente porque somos signo, nosotros no producimos la salvación, no salvamos a nadie. La misma expresión *alter Cristus* puede entenderse mal si induce a esta interpretación. El Papa no la utiliza muchas veces. Porque nosotros, más que *alter Cristus* (como reemplazantes de Cristo), somos el *alter ego* de Cristo Pastor. Esta expresión, el *alter ego de Cristo Pastor*, salva mejor la alteridad!. Nosotros no somos una encarnación de Jesucristo. Esta expresión refleja mejor la alteridad y al mismo tiempo la dependencia que tenemos respecto a Cristo. No somos el Cristo actual.

A la luz de este primer rasgo podemos ya extraer alguna conclusión espiritual: qué improcedentes y qué incoherentes son en un presbítero la arrogancia y el personalismo. Si somos un signo, marcado por esa triple relatividad, no podemos permitirnos el lujo de ser arrogantes, ni podemos permitirnos el vicio de ser personalistas. El arrogante no tiene conciencia de su relatividad. Dice de sí mismo: “aquí estoy yo, y donde estoy yo está la salvación”. El personalista cree que él es el que salva, se cree el salvador. Del general De Gaulle se contaba que, al orar, en vez de decir “Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío”, decía “Sagrado Corazón de Jesús, confía en mí”. El arrogante y el personalista tienen esta tendencia vital.

La segunda característica es la transparencia: Un signo es algo transparente que evoca algo distinto. Un signo opaco que no “dice” nada, que no remite a nada es la negación misma del signo. “Que quien me mire te vea”: esta es la vocación de todo signo. Tanto la actividad ministerial como la vida personal del presbítero han de evocar y reflejar a Jesucristo Pastor. En la conducta y ministerio del pastor han de resplandecer la misericordia, la generosidad, la preocupación por los débiles, la abnegación, la confianza en el Padre, el amor del Buen Pastor.

La tercer característica es la pro-existencia: Es una palabra que ha pasado al vocabulario teológico desde la teología alemana. Denota un modo de vivir y actuar, que consista en “existir para”. El fondo humano espontáneo, primario y originario (que podemos observar especialmente en los niños) es preferentemente aunque no exclusivamente egocéntrico. La razón, la voluntad, la educación, los ideales, la responsabilidad, van educando este egocentrismo y desarrollando lo que la psicología llama el alocentrismo, que es la capacidad de preocuparse de los otros, de amar a los otros, de vivir para los otros.

Hay determinadas experiencias en la vida que nos ayudan a pasar del egocentrismo al alocentrismo. Una es el amor conyugal por el que otra persona se convierte en referencia ineludible para mí. Otra es la paternidad, que despierta generosidad y preocupación por los hijos. Otro es la amistad que “descentra”, en el buen sentido de la palabra y nos induce a un amor de benevolencia y preocupación por el amigo. También la adhesión a causas nobles nos impulsa a pasar al registro de algo que trascienda nuestra persona.

Todo esto desarrolla el alocentrismo y controla nuestro egocentrismo. Utilizo deliberadamente la palabra “controlar” ya que el egocentrismo no desaparece nunca. Incluso no sería psicológicamente saludable que desaparecieran del todo. El ideal de la vida cristiana no es que se diluya y se deshaga el foco del egocentrismo. Sucede, sin embargo que al estar éste impulsado, por el pecado del mundo y el pecado original, a extenderse y a afianzarse más, hace falta controlarlo.

El carisma del presbítero va en esta dirección. La gracia sacramental recibida, al comunicarnos la capacidad para tener las vivencias de Cristo Pastor, ensancha nuestras estrechas actitudes egocéntricas y nos equipa interiormente para vivir generosamente, gratuitamente, en favor de los demás.

El carisma presbiteral, recibido en la ordenación, dilata nuestra oblatividad y nos da energías y capacidades para ir controlando y superando en buena parte este egocentrismo que no es tan común y tan connatural. Nos ayuda a poner a los demás en un punto de referencia muy importante. Nos ayuda a pasar de esta pregunta: “que me pasará a mí?”, a esta otra pregunta: “qué les pasará a los demás?”

Luther King, en un precioso comentario pasaje a la parábola del Buen Samaritano (que escribió cuando estaba preso en la cárcel Alabama), se pregunta cuál es la diferencia entre el sacerdote y el levita que pasaron de largo junto a aquel malherido y el samaritano que se detuvo ante él. La diferencia no está en que los dos primeros no sintieron nada y el tercero sintió compasión. Ante aquel malherido la pregunta que se hicieron el sacerdote y el levita fue esto: “¿qué me pasará a mí si ayudo a este hombre?” La respuesta era obvia: explicaciones ante las autoridades del templo, mi montura totalmente ensangrentada, complicaciones con el servicio del orden...Y “dando un rodeo” -dice el texto- pasaron adelante.

¿Cuál fue la pregunta que se hizo el samaritano?. ¿Qué le pasará a este hombre si yo no le ayudo? Cuando se va operando esa transformación del “¿que me pasará a mí?” al “¿qué les pasará a los demás?” estamos en esa dinámica que es favorecida en nosotros ya por la gracia bautismal, y específicamente en nosotros por la gracia sacerdotal.

2. El presbítero, signo sacramental.

No somos un signo cualquiera, sino un signo sacramental. O con otras palabras, somos sacramento de Cristo. Estamos acostumbrado a afirmar que hemos recibido el sacramento del orden. Pero no estamos tan acostumbrados a decir y a gustar que ese sacramento del orden nos hace sacramentos vivientes de Cristo Pastor.

a) Esta afirmación significa, en primer lugar, que estamos marcados por dentro con los rasgos de Cristo Pastor. La imagen de Cristo Pastor ha quedado grabada en nuestro perfil espiritual. El sacramento nos configura y nos da un perfil espiritual, análogo, semejante al de Cristo Pastor. No se trata de una simple llamada desde fuera, ni una misión encargada desde fuera. Dios cuando llama, transforma por dentro. Al llamarnos y enviarnos, el Espíritu Santo por el sacramento del orden, nos consagra y transforma interiormente y nos capacita para cumplir nuestra misión. Por eso decimos que estamos marcados sacramentalmente.

b) Esta transformación es una verdadera consagración. No somos ni sucesores, ni sustitutos, ni mediadores de Cristo Pastor. Nosotros no sucedemos a Cristo. No somos continuadores de su obra. Cristo sigue operante, nosotros no sucedemos, mucho menos lo sustituimos, ni somos intermediarios entre Cristo y los cristianos. Nosotros somos unos mediadores “de segunda”, junto al mediador “de primera”: Nuestra misión es mas modesta pero al mismo más directa. Nosotros lo hacemos presente en las tareas de nuestro ministerio, lo hacemos visible a los ojos de la fe de nuestro hermanos y hacemos posible incluso que lo entrevean personas alejadas de la fe pero no exentas de nobles inquietudes. Hacemos presente la Palabra de Jesús, la entrega de Jesús, la orientación de Jesús, las actitudes de Jesús.

c) En suma: Somos signos, pero signo sacramental. No solamente evocamos a Cristo como un mapa nos puede recordar a un país, sino que lo hacemos presente, patente y operante. Curiosamente somos mediación de Cristo pero le hacemos inmediatamente presente en la comunidad. Ahí está la paradoja: somos mediación de Cristo, pero una mediación que lo hace inmediatamente presente en las comunidades. Es algo difícilmente comprensible, que los teólogos y los antropólogos del signo buscan explicar sin “explicarse” del todo. Algo intuye ya la vieja teología con la distinción entre signum quo, signum quod, signum in quo.

3. El presbítero, signo sacramental de Cristo Pastor.

Decir de los sacerdotes que somos signo sacramental de Cristo Pastor, significa que hay rasgos y actitudes que no pueden faltar en nuestra vida de pastores.

El rasgo básico es nuestra identificación vital con Cristo Pastor. El amor de un presbítero a Cristo Pastor es un amor de identificación. La psicología profunda distingue dos tipos de amor. El amor de identificación y el amor de comunión. (no lo llama así la psicología profunda, pero resulta más familiar para nosotros esta denominación)

Por el amor de identificación, el niño que quiere y admira a su padre, o el muchacho que adora a su ídolo deportivo quiere reproducir en su vida los signos o los rasgos que encuentra en la vida de la persona querida y admirada. El amor del presbítero a Cristo tiene como uno de sus componentes, el mas diferencial, el amor de identificación. Este amor comporta la voluntad de que en nuestra vida se encarnen las actitudes, los comportamientos, las acciones de Cristo Pastor.

El amor de comunión es el amor que nos induce a acercarnos a una persona, a conseguir su amistad, a entregarnos a ella, a desear que ella se nos entregue. El emblema de este tipo de amor es el amor conyugal.

Naturalmente que los dos tipos de amor, se dan en el corazón de un presbítero respecto a Cristo. Pero el característico, el diferencial, el específico, es sobre todo el amor de identificación.

He aquí el rasgo general y global. Bajo la cobertura de este rasgo general hay otros a través de los cuales el presbítero asume su condición de ser signo sacramental de Cristo Pastor. Son rasgos recogidos de la Biblia.

a) La confianza (II Tim. 1,6-14):

Si El es el que salva, es normal que nuestra confianza este puesta en El. El texto de Pablo a Timoteo es un texto fundacional para los curas. Vale la pena estudiarlo exegéticamente y, asimilarlo espiritualmente y ponerlo en práctica pastoralmente.

b) La misericordia (Lc. 15,1-7):

La misericordia es una modalidad del amor. Es el amor que se encuentra con la miseria, del otro, de la persona querida. Cuando el amor se encuentra con la miseria de la persona querida se transforma, adquiere la modalidad de la misericordia. Misericordia es una cualidad del amor pastoral, la más acentuada por los textos bíblicos.

¿Cómo podríamos describir esta misericordia? La misericordia es la capacidad de dejarnos afectar y movilizar por el sufrimiento, por la pobreza, por la miseria moral y espiritual, por el pecado de los demás. La misericordia es el rasgo central de Cristo Pastor. Cristo tuvo una intención básica en su vida: que sus gestos y sus palabras reflejaran al Yahvé Pastor que había sido reflejado en Ezequiel y en Jeremías en el Antiguo Testamento.

Porque la misericordia es un rasgo central, su contrasigno sería un cura insensible, duro, tal vez recto, tal vez justo, tal vez muy honesto, tal vez incluso muy amigo de la verdad y de la exactitud de todas las afirmaciones y expresiones de la fe. Pero si con todo eso, que es muy importante, hay en él insensibilidad, dureza, pasividad ante las necesidades de la gente, este cura es el negativo del Pastor del Nuevo Testamento. Es más profundamente pastor aquel que, incluso con debilidades, practica la misericordia, que aquel pastor “perfecto” que no la practica. La misericordia es más importante que la “perfección” entendida como impecable cumplimiento escaso en amor. Un pastor que hace de sus propias debilidades una escuela para aprender a sintonizar con las debilidades de los demás es un pastor que está en la línea de la misericordia. Cuidemos esa sensibilidad y ese dinamismo propia de la misericordia.

c) La generosidad (I Pedro 5, 1-4):

He aquí otro texto “fundacional” para obispos y presbíteros. Los religiosos suelen conocer sus constituciones de arriba abajo, con todas sus comas, en su versión original. Nosotros, los presbíteros, tenemos los “textos fundacionales” en el Nuevo Testamento. Ellos deberían ser objeto de nuestra exégesis, de nuestra espiritualidad y de nuestra oración meditativa. Deberíamos estar empapados de estos textos. El que voy a comentar es uno de ellos. En él Pedro nos recomienda tres actitudes fundamentales.

1º Realizar nuestro servicio, no coaccionados por un duro sentimiento del deber, sino por amor espontáneo.

2º No por intereses, sean económicos o de otro estilo, sino generosamente

3º No por afán de dominar, sino con espíritu de humilde servicio.

La generosidad no consiste en una ausencia de intereses o aficiones personales. El cura tiene derecho a su propio ámbito de relaciones, incluso a su vida privada. Necesita esos espacios de amistad, de contacto con la naturaleza, de música, de lecturas, de aficiones. Necesita que todo eso le oxigene para que no se produzca en él una “saturación psíquica”.

Pero también es importante que ni el interés económico, ni la voluntad de controlar, ni la búsqueda de la propia comodidad sean factores que tengan demasiado relieve en nosotros. Ni siquiera la necesidad de sentirme confortado en mi autoestima a través de la estima que otros me muestran. Un pastor ha de buscar la estima de los demás, pero ha de ser lúcido para saber qué está buscando con esa estima: si está buscando una relación pastoral más viva o está buscando compensar, de alguna manera, sus propios espacios de inseguridad interna. Es saludable este ejercicio de lucidez. No para menospreciarnos más, sino para conocernos mejor

A veces uno observa en la vida de los presbíteros, que su generosidad se puede convertir casi en un puro sentido del deber. El cura pasa regularmente por varias etapas. Al principio busca el éxito, porque necesita demostrarse a sí mismo que “vale para ser cura”. Pasados unos años, si va bien, empieza a buscar la fecundidad: que se noten los frutos de lo que hace. Sólo más tarde, cuando el Espíritu va realizando nuestra tarea, pasa de la búsqueda de fecundidad a otra actitud más profunda: la fidelidad. Jesucristo comprendió especialísimamente en su vida pública que el Padre le pedía fidelidad y no éxito inmediato. Cuando un cura o un obispo ha llegado a esa situación está interiormente mejor equipado para afrontar las frustraciones y las decepciones que juntamente con las alegrías existen en toda vida pastoral.

d) La abnegación (I. Cor. 4,8-15):

Es algo, que aunque ligado a la generosidad, difiere parcialmente de éste. Consiste en la capacidad y disposición de sacrificarnos por la comunidad y por sus miembros siempre que esto sea necesario, conveniente para ellos. Por eso supone, no sólo generosidad sino espíritu constante y sacrificado. Busca siempre lo que sea mejor para la comunidad o para sus componentes. Da perseverancia a nuestra fidelidad.

Con razón la teología de la gracia de San Agustín subraya aquello que después el mismo Concilio e Trento recogió: que uno no puede perseverar durante mucho tiempo en la gracia recibida, sin especial auxilio de Dios. La perseverancia, el “frescor” del carisma sacerdotal, las ganas de ser cura a los 20 o 25 años de haberme ordenado, el deseo de servir incluso más limpio y menos impregnado de otras búsquedas en nuestro ministerio, es una gracia especial que no es acogida por todos los sacerdotes en su vida ministerial.

Todos conocemos la existencia de una arterosclerosis fisiológica. Hay también una arterosclerosis espiritual que puede aparecer cuando ya un cura no tiene nada que “estrenar”, cuando todo empieza a sonarle a repetido y cuando las expectativas que se había hecho sobre el éxito quedan recortadas. Entonces la fidelidad tiene que revestirse de la abnegación, que da perseverancia a nuestra acción, a nuestro ministerio. Y esta abnegación es fruto de una juventud espiritual posibilitada por el carisma presbiteral.

Al cura Brochero, como intercesor, le hemos de pedir que realmente mantenga el frescor de nuestro ministerio. Ser fiel a los 10, a los 15, y a los 25 años de ministerio, cuando uno ha experimentado sus propias debilidades, cuando está viviendo sus propias pasiones con una hondura y con una llamada de la naturaleza más intensa y más profunda, requiere la virtud de la abnegación. Ella es signo y al mismo tiempo causa de ese frescor espiritual.

No hay una cosa más bella que un cura con 25 años o 30 años de ministerio, fresco, con ganas, con ánimo, con aliento. No hay nada más bello que esto. Así os lo deseo a todos vosotros.

e) La actitud testimonial (I. Cor. 9,19-23):

La actitud testimonial es una característica muy importante en la vida del presbítero. Lo propio del presbítero en su condición de signo, le hace ser testigo. El texto relativo para ayudarlos a orar nos presenta la actitud testimonial de Pblo.

Jesucristo quiere realizar su misión de Pastor no solo a través de las acciones de nuestro ministerio, sino también de nuestra misma persona. Esta voluntad testimonial, cuando impregna nuestra vida, es reflejo de la unidad de toda nuestra persona en torno al eje de nuestra misión de pastores. Cuando tal sucede, la vida y el ministerio del sacerdote destilan una pasión y una fuerza que son percibidas por muchos de los miembros de nuestras comunidades.

La actitud testimonial es exigencia connatural de nuestra condición de signo. Un signo personal de Cristo es, por coherencia con su propio ser, un testigo.

Tema 2: SEGUIR A JESÚS COMO PRESBITEROS

Una breve introducción:

La vocación de ser signo sacramental de Cristo Pastor entraña la necesidad del seguimiento. El nuevo Testamento no conoce una distinción entre la vida ministerial y la vida privada del pastor de tal manera que pueda haber una incoherencia profunda entre ambas. El presbítero queda vinculado a Cristo, a través del sacramento del bautismo primero, y del sacramento del orden después. La vinculación a Cristo tiene un nombre en los Sinópticos: "seguimiento". Ser signo de Cristo Pastor reclama seguir a Jesucristo. Nuestra especial vocación modula y modela específicamente los rasgos del seguimiento.

1- Los rasgos del seguimiento de Jesús

¿Qué es seguir a Jesús? ¿Cuáles son los rasgos del seguimiento de Jesucristo?

a) La seducción: (Textos en Mt. 4, 20; Mc. 1, 18; Gal. 1, 16.)

El seguidor de Jesucristo (y alguien que es sacramento de Cristo Pastor es un seguidor cualificado de Jesucristo), es una persona atraída, encandilada, maravillada, por la persona de Jesucristo. Los relatos del Nuevo Testamento nos reflejan esta seducción con una expresión característica: "al instante". Encontramos esta expresión en varios textos. De tal manera que un teólogo italiano, (Mongillo) pueda decir "seguidor es aquel que se sorprende transformado en el amor y se deja conducir y llevar por esa misteriosa "atracción" que funda la libertad, orienta en las opciones, sostiene en las realizaciones, hace despreocuparse de los cálculos, desencadena fidelidad e inventiva y construye el nosotros de la comunidad de seguidores". En el nuevo Diccionario de Espiritualidad, en el artículo sobre el ministerio presbiteral, están consignadas estas preciosas palabras. Comentarlas sería muy atractivo y provechoso. Yo voy a seguir otro camino un tanto diferente.

La expresión "al instante" aparece en muchos momentos de la vocación de Jesús al seguimiento. Por ejemplo: "al instante Mateo se levantó". O en Pablo: "cuando Dios me eligió y tuvo a bien revelarme a su Hijo y hacerme su mensajero, al instante, sin consultar, a la carne ni a la sangre me dirigí..." etc.

Esta expresión "al instante" refleja ese momento único que tantos hemos vivido y que nos ha marcado para toda la vida. Este momento suele ser a veces toda una fase inicial y se reproduce en fases o períodos importantes de nuestra vida. Todos los aquí presente tenemos alguna experiencia de haber sido "seducidos" por el Señor, no sólo al comienzo, sino también a lo largo de la vida, en momentos importantes que han dejado su marca en nosotros.

b) La profunda intimidad:

Seguir a Jesús es entablar con Él una profunda intimidad. El texto que puede ayudarnos a comprender con mayor profundidad lo que voy a decir es este: Jn. 21, 15-19.

La seducción inicial es, como en tantos procesos de amor, el primer paso. Es el paso del maravillamiento que existe en todo proceso de verdadero enamoramiento.

Más adelante la persona de Jesús llega al corazón y se planta en el centro mismo de la vida. Este es el segundo momento. Sin una profunda intimidad con el Señor no hay un auténtico seguimiento. No es suficiente que su mensaje me parezca excelente y digno de ser anunciado. No es suficiente que su programa me resulte movilizador. Es la persona del Señor la que, en el seguimiento, se erige en centro de atracción y de amor.

Este amor a Jesucristo, segunda característica del seguimiento, es diferente según los temperamentos. En algunos temperamentos predominará la ternura, en otros el apasionamiento, en otros una adhesión vital, firme, pero sobria en afecto. Sin embargo un seguidor es siempre un amigo, no un simple trabajador a destajo. Hemos sido llamados para estar con El, para amarlo y trabajar con El y por El.

Todos los siglos de la historia están cuajados de testimonios vigorosos y conmovedores de este amor característico del seguimiento. Un obispo de los albores de la Iglesia, Ignacio de Antioquia, próximo a morir martirizado en el año 107 en Roma, escribía a los Romanos que querían conseguir del emperador una bula que le librara del martirio, diciéndoles: “ahora empiezo a ser discípulo, que ninguna cosa visible, ni invisible, se oponga a que yo alcance a Jesucristo. Fuego y cruz, quebrantamiento de huesos, vengan a mí a condición sólo de que alcance a Jesucristo. Para mí es mejor morir en Jesucristo que reinar en todos los confines de la tierra. A Aquél quiero, que murió por nosotros. A Aquél amo, que resucitó por nosotros”.

c) La confianza ilimitada:

El seguimiento entraña asimismo una confianza ilimitada y absoluta en Jesús, en sus palabras, en su promesa.

Un texto que puede ayudarnos a comprender este rasgo es Mt. 14, 24-34. Relata aquella escena en la que Pedro sobre el mar vive el flujo y el reflujo de la confianza y la desconfianza cuando el Señor le invita junto a sí sobre las aguas. Un bello retrato para nosotros porque esta confianza ilimitada y absoluta en El, en sus palabras, en sus promesas, es una adquisición progresiva en el seguidor. Los doce y Pedro conocen vaivenes, regresiones y avances en este caminar hacia la confianza ilimitada.

La confianza absoluta comporta domesticar esa nativa desconfianza del corazón humano de entregarse del todo a alguien, sobre todo si ese alguien es impalpable. La confianza ilimitada y absoluta en Jesucristo consiste en preferir las promesas de Jesús a las garantías del mundo. Es fiarse más de los criterios de Jesús, que de las "evidencias" del mundo. Un creyente de nuestro siglo, el Padre Teilhard de Chardin, pocos días antes de morir en Londres escribía en su diario íntimo estas palabras: “En las manos que han sido taladradas, en esas manos que sólo se han abierto para acoger y para bendecir, en esas manos por las que pasa un amor tan grande es confortador entregar el espíritu”.

d) La asimilación de los valores de Jesús:

La relación personal del seguimiento no es un simple movimiento afectivo como el suscitado por el amor y la confianza. Afecta también a otra capa de la persona, la capa estimativa, la capa que aprecia y capta los valores. Seguir a Jesús es abrirnos a los valores de Jesús, sintonizar con los valores de Jesús.

Puede ayudarnos en la oración la Parábola del Tesoro en Mt. 13, 44-46. La persona que encuentra un tesoro lleno de alegría, vende todo lo que tiene, renuncia a todo lo que tiene para poder adquirirlo. Y no lo hace con la impresión de haber realizado un acto heroico para quedarse tranquilo, pero en el fondo triste. No, lo hace con alegría.

Seguir a Jesús es hacer que los grandes valores que gobernaban la vida de Jesús se conviertan en valores que gobiernen la vida de los seguidores. El gran valor del amor al Padre, de la espera ardiente del Reino de Dios, del cuidado por formar la comunidad, de la debilidad por los pobres (tan actual y necesaria en esta Argentina sacudida por una crisis que no había conocido en toda su historia).

Seguir a Jesús significa interiorizar, asimilar, los valores que movieron la vida, la conducta y las opciones de Jesús.

5) La identificación con el proyecto salvador de Jesús:

Cuando seguimos a Jesús no solamente comprometemos nuestra afectividad, y nuestra capacidad estimativa, sino también comprometemos nuestra capa decisoria y resolutiva.

Para el seguidor resulta decisivo "buscar y hallar la voluntad de Dios" como decía Ignacio de Loyola y tan bien conocía el cura Brochero.

La invitación de Jesús a seguirlo lleva consigo una invitación a incorporarnos a su proyecto. El no nos dice simplemente "venid conmigo", sino "venid conmigo y los haré pescador de hombres". Entraréis en mi proyecto (Mc. 1, 17). La expresión "pescadores de hombres", a la luz de la literatura rabínica que la utiliza, según nos dice Joakim Jeremías, significa el oficio de liberar, sanar, dar alegría a los seres humanos. Es entrar en la misión de Jesús.

No hay seguimiento de Jesús sin misión. Quien se cree seguidor de Jesús, y se desentiende de la misión liberadora y salvadora y se despreocupa de los sufrimientos de un pueblo y de su grito de "pan y de trabajo", no es un seguidor de Jesús. Y quien se despreocupa de su misión salvadora de su hambre religiosa, de su sed de Dios, de su deseo de aprender, de orar, de comprometerse, no es un seguidor de Jesús. Sufrir un espejismo lamentable y peligroso porque no hay seguimiento sin misión.

Pero tampoco hay misión sin seguimiento. La misión se convierte en un activismo egocéntrico o a lo sumo en una pura actividad generosa cuando falta el componente interior del seguimiento. La mística sin compromiso es un misticismo de dudosa ley, pero el compromiso que nace sin mística o la va descuidando deriva en un activismo sin espíritu. Como decía el escritor francés Charles Péguy: "todo comenzó en mística y acabó en política".

f) La aceptación del destino de Jesús:

Seguir a Jesús significa asumir no sólo el proyecto de Jesús, sino el destino de Jesús. Un texto importante para asimilar este punto es Mt. 10, 34-39. "El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí". O Lc 14, 27.: "quien no carga con su cruz y se viene tras de mí no puede ser mi discípulo".

El proyecto de Jesús lleva aparejado, como un elemento consustancial a él, un destino. Y este destino pasa por el sufrimiento, pasa por la cruz, pasa por la muerte. Aunque no termina en la muerte sino en la resurrección. El destino de Jesús consistió como nos dice un teólogo español: "Una fidelidad tal a su Padre y en una solidaridad con la gente que llevó a escandalizar a unos, a irritar a otros, hasta generar casi el vacío a su alrededor". El destino del seguidor de Jesús tiene un parentesco irremediable con el de su Señor, "el que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí" (Mt. 10, 34-39)

Curiosamente en el inicio del seguimiento descubrimos la seducción, con el atractivo que provoca. Aquí topamos con un segundo elemento de todo seguimiento: la contradicción. La secuencia del seguimiento es siempre seducción, contradicción, consolación.

Y esta contradicción en la vida del sacerdote seguidor, surge de muchos flancos. Quien hoy se toma en serio los criterios de Jesús en torno al dinero, a la seguridad propia, a la sexualidad, a la vinculación a la familia eclesial, a los marginados, será tachado de inflexible o a veces de permisivo. Resultará molesto, tal vez incluso dentro del mismo presbiterio. Y si se atreve a ejercer la crítica social, pasará a ser un aguafiestas detestado. Nacerán en él todos los miedos: miedo a quedarse solo, miedo a ser rechazado, miedo a la esterilidad. Le asaltará la duda de si no estará exagerando o no estará simplemente equivocado, o por lo menos dejándose llevar de determinadas tendencias cuasi paranoides del propio temperamento.

Algo de esto entrevemos tal vez en San Juan 12, 27-32, sobre todo en el versículo 32: "ahora mi alma esta turbada". Necesitará el seguidor la fidelidad que le ayude a apaciguar sus miedos interiores y a resistir a las dificultades exteriores sin amargarse, sin endurecerse, sin acomplejarse, sin empecinarse, sin claudicar.

g) La entrega a la comunidad de Jesús:

Seguir a Jesucristo no es una aventura individual, sino una empresa comunitaria. Entre los seguidores de Jesús se crea un grupo humano que se convierte para cada uno en algo incluso más importante que la propia familia. Entenderemos que la familia es importante, que no debemos descuidar los vínculos con nuestra familia, pero reconoceremos que la relación con los otros seguidores es más importante que los mismos lazos de la sangre. En términos técnicos tomados de la antropología estructural de Levi Strauss, diríamos que, en el seguidor, la estructura comunitaria se antepone a la estructura de parentesco. La familia voluntaria creada por los seguidores se torna incluso más vital y más cercana que la misma familia natural. Tres textos son decisivos y clarificadores: Mt. 12, 46-50; Mc. 10, 29-30; Lc. 14, 25-27.

Este rasgo del seguimiento resultó, en la práctica, insuperable para muchos a los que Jesús llamó en su vida pública. El episodio del joven rico resulta emblemático (Mc. 10, 17-31). Dicen algunos exegetas autorizados que el estilo tajante de Jesús, cuando en este contexto del seguimiento habla de la familia, se debe probablemente a las dificultades que Jesús tuvo con las familias de sus seguidores.

Emanciparse y distanciarse de la familia era en aquel contexto cultural mucho más difícil que en nuestro tiempo, en el que los hijos viven más sueltos de los vínculos familiares. La familia de seguidores se convierte así en un ambiente propicio para perseverar y progresar en la opción del seguimiento. En concreto, la comunidad cristiana a la que sirvo, la diócesis a cuyo servicio me he ordenado, la familia de los presbíteros de mi propia diócesis, la gran familia de la iglesia universal presidida por el sucesor de Pedro.

El seguimiento no es una tarea de corredor solitario. Necesitamos ambientes propicios de seguimiento. Por eso es tan importante que el cura deje de ser un solitario, para ser una persona que se reúna con sus hermanos los presbíteros, que intercambie su propia vida, que comparta con ellos sus bienes, sus proyectos, sus trabajos.

Como familia de seguidores un presbiterio unido, una diócesis unida, un episcopado unido, no son simplemente ambiente propicio, sino son realización del Reino. Son una realización anticipada y nuclear de la futura gran comunidad de Jesús que todos queremos edificar.

2- El fruto del seguimiento

El desprendimiento que trae consigo seguir a Jesús no es en absoluto infecundo. Trae sobre todo tres frutos importantes.

a) La unidad interior:

Uno de los motivos más profundos de la insatisfacción de las personas y de la insatisfacción presbiteral y episcopal, es esa especie de división interior, de dispersión interior. Estamos muchas veces internamente divididos y frecuentemente habitados por criterios, deseos e intereses contrapuestos. Confiamos y desconfiamos, deseamos y no deseamos, nos entregamos y nos volvemos atrás. Nos sentimos contradictorios.

Esta contradicción la experimentamos todos los seguidores de Jesús. Pablo describe magistralmente esta contradicción interior en el cap. 7 de la Carta a los Romanos, sobre todo en aquellas palabras: “no hago lo que quiero, sino que acabo haciendo lo que detesto”.

El seguidor de Jesús, sin dejar de ser humano y por lo tanto sin dejar de ser incoherente, llega a adquirir por la gracia de Dios un grado notable de unidad interior. La relación singular con Cristo que se instaure por el seguimiento unifica y regula todas las demás relaciones que tejen la vida del ser humano. Todo queda subordinado al seguimiento de Jesús: el amor a la propia familia, los proyectos personales de futuro, el uso del dinero, las ambiciones, la relación con la propia sexualidad. Todo queda jerarquizado por el seguimiento de tal manera que cuando realmente seguimos a Jesucristo algunas cosas

de nuestra vida valen más, otras valen menos y todas quedan alteradas, modificadas y reorganizadas por el seguimiento a Jesús.

Esta unidad interior no significa que otras cosas no valgan. Esto es precisamente lo propio del fanático, que descubre un valor de tal manera que quema todos los demás. Lo propio de seguidor de Jesús es que descubre un valor central que reorganiza toda la constelación de valores en torno a él, como el mercader que descubre el tesoro y va reorganizando su misma actividad en torno al tesoro descubierto.

Poniendo una comparación sencilla, es también lo que sucede en un auténtico proceso de enamoramiento. Ese muchacho amigo de las relaciones múltiples y pasajeras, descubre a la mujer de su vida y resulta que todos los valores de su vida se le alteran. Tenía una carrera a medio terminar y la acaba, porque ese valor "sube" en su escala. Esta persona que tenía unos horarios absolutamente rotos los reorganiza en función de esta persona a la que quiere. Esta persona que empieza a ahorrar lo que malgastaba hasta ahora. Se convierte en alguien cuyo conjunto de valores se reorganizan en torno a este valor central descubierto.

Ese es el seguidor. Ha descubierto a Jesucristo, los valores de Jesús, el proyecto de Jesús, la comunidad de Jesús y ahora toda su vida se reorganiza en torno a este eje central, a este valor central descubierto.

La unidad interior trae consigo esa serenidad y esa paz característica de los grandes seguidores. La alegría de nuestra vida depende en buena parte de nuestra unidad interior. Y la unidad interior de un presbítero se cuaja en el descubrimiento vital de un Señor a quien sigue con todo su corazón y con toda su alma de tal manera que no se concibe a sí mismo sin vivir y entregarse a Él.

b) La fecundidad:

La unidad interior favorece mucho la fecundidad. La unidad interior se produce cuando nuestras energías están concentradas y condensadas en torno a una persona, una comunidad, o una tarea sanante, liberadora y salvadora. Cuando nuestras energías están concentradas ahí, la fuerza que invertimos es mucho mayor. Todos nos sentimos muchas veces sorprendidos de que personas que no son un dechado de cualidades humanas brillantes lleven adelante obras increíbles, mayores que otras personas más dotadas, pero con menos unidad interior.

Hombres como Pablo, o mujeres como Teresa de Calcuta, nos sorprenden por la firmeza y la calidad de su obra. La clave no está siempre en que tengan unas cualidades extraordinarias, sino en que han invertido todo su capital afectivo y vital en torno a la persona de Jesús, su proyecto de Jesús, su comunidad de Jesús, a la que quieren con toda la fuerza de su corazón. La clave está en que han condensado todas sus energías en torno al seguimiento. La parábola del tesoro (Mt. 13, 44-46) recoge muy bien lo que quiero decir con estas palabras.

c) La alegría:

Pudiera parecer que un seguimiento que pide tanto nos roba la alegría. Justamente sucede lo contrario. El sufrimiento entra inevitablemente en la vida de los seguidores de Jesús. Uno comparte el destino de Jesús, pero ello no implica que deba vivir triste. Por muy paradójico que pueda parecer, la alegría es el estado habitual de los seguidores de Jesús.

Cuesta reconocerlo cuando uno está pasando por una fase de la vida en la que llegar a la fuente de la alegría, resulta un ejercicio costoso y una oración constante. Pero lo contrario de la alegría no es el sufrimiento sino la tristeza. No es lo mismo el sufrimiento que la tristeza.

También en los seguidores, de vez en cuando, se hace presente en ocasiones la niebla de la tristeza. Pero el sol de la alegría es de ordinario el clima propio de los que se atreven a seguir a Jesús. En Jn. 16, 20-22 se nos dice: "padeceréis, pero os alegraréis con una alegría que nadie os podrá quitar".

Esta es una experiencia que necesitamos. Saber que de Jesús y del seguimiento viene una alegría que nadie nos podrá quitar. La alegría del seguimiento no es privativa de determinados temperamentos mas o menos optimistas o animados. Ni es privativa de que en la vida pastoral me vaya maravillosamente bien o de que la vida social de un pueblo esté mas o menos asentada. Esta alegría es otra cosa. Es una alegría que consiste en sentirnos bien en nuestra propia piel, en ser capaces de comunicar esperanza. Esa alegría la notan más otros que nosotros mismos porque, a través de ella les comunicamos esperanza. Esta alegría consiste en ser propensos a descubrir los aspectos positivos de la realidad en medio del realismo de quien descubre también los aspectos negativos. Consiste en infundir a los demás ganas de vivir, en ser serenos en la contrariedad, e inasequibles al desaliento. Esa es la alegría de la que habla Jesús, de la que habla el Evangelio. La alegría privativa de los seguidores.

Esta alegría prevalece habitualmente incluso en momentos de sufrimiento interior y de contradicción exterior. Y en esos casos adopta una forma más modesta: la consolación. La seducción decíamos es la primer palabra del seguimiento, la contradicción es la segunda palabra del seguimiento, la consolación es la tercera palabra del seguimiento.

Dicen que la alegría es un bien escaso. La alegría no es un bien escaso para los seguidores de Jesús. Lo que son escasos son los seguidores.

3- El precio del seguimiento.

¿Cómo se explica que siendo el seguimiento tan hermosos y tan fecundo sean relativamente escasos los seguidores? La respuesta está en que el precio que hay que pagar resulta costoso al hombre y a la mujer de todos los tiempos. El precio que exige el seguimiento es la libertad. No renunciar a la libertad, sino ser libres. Ese es el precio que exige el seguimiento.

El seguimiento exige:

a) Libertad ante los propios bienes.

Tenemos un texto precioso en Mt. 4, 20-22. Los bienes económicos aportan comodidades, prestigio y poder y pueden despertar en las personas, y a veces en las personas consagradas, una pasión fría que “metaliza” el corazón haciéndolo menos sensible a la llamada de Dios y al clamor de los pobres.

Hoy, en una sociedad con un alto porcentaje de gente que vive bajo el umbral de la pobreza, este es un requerimiento necesario. Ha de conducirnos también a un análisis de nuestros modos de vida para ver si realmente estamos sintonizando con ese pueblo que sufre unas privaciones a las que no estaba acostumbrado. Los bienes económicos nos pueden producir también a nosotros ciertas obsesiones verdaderamente extrañas en un seguidor. El seguidor de Jesús sabe usar con moderación y repartir con generosidad. No hacen falta demasiados bienes, ni muy preciosos, para que nos atrapen el corazón.

Cada uno de nosotros está invitado a descubrir en su vida aquellos bienes que de un modo u otro nos pueden tener encadenados. En estos tiempos en que la solidaridad está generando ejemplos magníficos en vuestro país, la Iglesia está llamada especialmente a hacerse solidaria del drama de la pobreza y de los pobres. Cada uno de nosotros también hemos de analizar nuestro propio modo de vida para ver si hay una sintonía con los pobres. No digo que nos identifiquemos con los últimos que no tienen nada, ya que no podríamos cumplir nuestro ministerio. Pero sí que revisemos nuestros hábitos para ver si los tenemos que ajustar a esta situación, y ser así mas libres ante los bienes.

b) La libertad ante las situaciones de nuestra vida:

Hay textos preciosos en Lc. 9, 57-61 y Mc. 8, 34-38. El seguimiento reclama libertad ante las situaciones de nuestra vida como puede ser nuestro destino eclesial. Todo el mundo, sobre todo el adulto, necesita de una cierta estabilidad. Pero la estabilidad puede convertirse también en instalamiento.

Puede arrancarnos la necesaria libertad, cargar demasiado equipaje a nuestras espaldas. Un cura tiene que ser una persona ligera de equipajes. La estabilidad en sí, es un bien, con tal que no se convierta en instalación. Pero las situaciones de nuestra vida, nuestro propio destino, etc., pueden convertirse en valores absolutos ante los cuales se puede sacrificar un mayor servicio a los demás. y una disponibilidad, que es actitud básica para comprender y vivir la obediencia nacida de nuestra especial vinculación a Jesús y de nuestra especial consagración a la comunidad de Jesús. A veces no hace falta que el puesto sea muy brillante para que nos aferremos a él.

c) Libertad ante los lazos de la sangre:

La tercera libertad exigida por el seguimiento a Jesucristo es la libertad ante la propia familia. Hemos hecho, y estamos haciendo por el celibato, una oblación de esta tendencia vital a condensar nuestro amor en una mujer y en unos hijos, y a vivir la vida familiar con sus grandes problemas y profundas satisfacciones.

El celibato es algo que supera a las fuerzas humanas y sólo es posible por una especial gracia de Dios. Esta gracia está a nuestra disposición si realmente buscamos la fidelidad y si sabemos también levantarnos de nuestras infidelidades. El celibato es vivido frecuentemente con dificultades, incluso con resbalones. Pero es una ofrenda valiosa si es vivido con voluntad de comprenderlo cada vez mejor como una entrega de la dimensión sexual y afectiva, al Reino de Jesús, a la persona de Jesús y a tanta gente desheredada que no tiene nadie que les quiera en este mundo. Nos permite compartir de alguna manera la suerte de los “proletarios en amor”, que son muchos en este mundo.

La familia se merece casi todo menos suplantar a Jesús, que ha de ocupar el primer puesto. Jesús nos ha pedido a nosotros renunciar a formar una familia propia para constituir su familia. Y nos pide mantener la libertad subjetiva y objetiva en la relación con la familia de la que hemos nacido.

Hay dos patologías en este punto. Podemos estar demasiado desconectados de nuestra propia familia de tal modo que no caigamos en la cuenta de lo importante que es para unos padres ya mayores, para unos hermanos que necesitan apoyo, nuestra cercanía, proximidad y encuentro frecuente. Pero también puede haber sacerdotes excesivamente pegadas a sus propias familias o incluso con una cierta dependencia que limita gravemente su ministerio. Hay un texto importante en Lc. 14, 25-27.

d) La libertad ante sí mismo:

El texto indicado puede ser Mc. 10, 41-44. Hablamos aquí de la libertad ante las propias aspiraciones y ambiciones. En el corazón humano anida un sano y noble deseo de realizarse personalmente. No debemos escandalizarnos de nuestras aspiraciones, solamente que hemos de pasarlas por el tamiz del Evangelio.

Este deseo de realizarse personalmente es un noble deseo antropológico. Sólo una mala ascesis que se cimienta en un menosprecio de lo humano y no tiene nada que ver con el Evangelio de Jesús, puede anatematizar este deseo sano del corazón humano de realizarse plenamente.

Pero este deseo está, con frecuencia, desorbitado. Bien por el ansia excesiva de brillar, bien por la tentación de competir, bien por la ambición de poder, bien por la pasión de dominar, bien por furia de gozar. Todas estas pasiones pueden desorbitar el deseo de la propia realización.

En suma: seguir a Jesús significa definirse por Él, optar por Él. Y esta opción va impregnando, progresivamente todas las áreas de nuestra vida y nos va dando unidad interior. No es una proeza humana. Es, como diría Bonhoeffer, una gracia cara,

Nosotros somos aprendices de seguidores de Jesús. Aprendices “crónicos” de seguidores de Jesús. Aprendices que no acabamos de aprender del todo. En este aprendizaje encontraremos la fecundidad apostólica, la paz interior y el mayor servicio a la comunidad humana a la que estamos sirviendo.

Tema 3. SEGUIDORES DE CRISTO HASTA LA CRUZ

Nada mejor, para iniciar esta conferencia, que repetir las palabras de la lectura breve de Laudes de esta mañana: "Llevamos siempre en nuestros cuerpos, por todas partes, el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, aunque vivimos, nos vemos continuamente entregados a la muerte, por causa de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal" (2 Cor. 4, 10-11). Lo dice Pablo, un apóstol, hablando de sí mismo y de sus colaboradores.

Seguir a Jesucristo significa asumir el destino de Jesús. Y el destino de Jesús pasa por la muerte y desemboca en la resurrección. Por tanto una adecuada comprensión cristológica del seguimiento de Jesús está postulando la contemplación de la muerte y resurrección del Señor y la actualización de esa muerte y resurrección en nuestra vida y ministerio.

Las grandes realidades cristianas están marcadas por la Pascua, son pascales de arriba abajo. En todas ellas se realiza el misterio de la muerte y resurrección del Señor. El ministerio ordenado es así un vivo retrato de la Pascua de Cristo en su doble vertiente. La vida y el ministerio del presbítero son una forma de existencia que reproduce de manera singular y específica la Muerte y Resurrección de Jesucristo.

Vamos a asomarnos contemplativamente en esta conferencia a la dimensión de la muerte del Señor y del sufrimiento del Señor para después en la segunda intervención asomarnos a la otra cara del Misterio Pascual, la cara de la Resurrección.

1- Dos observaciones preliminares.

a) La serenidad gozosa y contagiosa de Jesús.

Los Evangelios nos muestran a un Jesucristo pre-pascual profundamente familiarizado al mismo tiempo con la alegría y con el sufrimiento. El talante fundamental de la vida pre-pascual de Jesús no es el dolor. Jesucristo no es una persona que en su vida pre-pascual nos dé una impresión dolorista. No es el dolor, sino la gozosa serenidad, su talante básico y habitual. Jesucristo vive ante sus discípulos y ante la gente una actitud de gozosa serenidad, de admirable gozosa serenidad. Y uno se pregunta, ¿cuál es la clave de esa gozosa serenidad que Jesús destila?

Los evangelios nos muestran la clave y los exagetas lo reconocen. Jesús tiene una experiencia singularísima de Dios como Padre suyo y Padre de todos. Por algo es el Hijo de Dios desde la eternidad. Y esta experiencia de Dios como Padre y Padre de todos marca a Jesucristo, lo centra, le da unidad interior. Esta experiencia es para él una fuente de gozo. En el evangelio recogemos destellos de este gozo cuando p.e. en Lc. 10, 21-24 se nos dice "Se llenó de gozó", y exclamó "te bendigo Padre".

La experiencia de Dios como Padre es en Jesús, fuente de gozo y al mismo tiempo fuente de esperanza. Jesús piensa y siente que si Dios es Padre y su Reino consiste en que las personas le acepten y sean libres, fraternas, dichosas, es más que posible un Israel renovado y extendido a todos los pueblos del mundo. La experiencia de Dios como Padre próximo y fiel y la consiguiente esperanza del Reino de Dios aseguran la habitual gozosa serenidad de Jesús. Las dos claves, las dos "obsesiones" de Jesucristo, son Dios como Padre y el Reino de Dios como tarea. Esto es lo que asegura la habitual gozosa serenidad de Jesús.

Esta experiencia interior gozosa de Jesús es tan patente y tan contagiosa que el encuentro de la gente con Jesús es fuente de gozo para ella. Tenemos en el Evangelio muchos testimonios. El encuentro de los primeros discípulos en aquella tarde (y, probablemente en la noche), en la que se quedaron con

Jesús (Jn. 1, 35-42); o el encuentro gozoso y reconciliador de Zaqueo (Lc. 19, 1-10). Jesús transmite gozo y alegría a quienes se encuentran con El. Despierta, excita, toca esa clave, esa fibra, esa cuerda de la alegría que tantas veces está realmente bloqueada e insonorizada en nosotros. En ese sentido transmite a sus seguidores gozo y alegría. Por eso el estado habitual de los seguidores de Jesús es el suyo, el de la gozosa serenidad. El seguidor de Jesús como responsable de una comunidad, como hombre público ante esa comunidad, transmite habitualmente gozo, alegría, anchura de corazón, aliento para abordar los problemas de la vida. ¡Cuánta gente se nos acerca cargada de problemas en estos tiempos duros para vosotros y también para nosotros!. El seguidor de Jesús, presbítero, obispo, realiza esta tarea alentadora sin pretenderlo, sin decirse a si mismo "tengo que transmitir serenidad". Porque la alegría no es un imperativo categórico. No se trata de "imponernos la obligación" de ser alegres. Eso sale, brota espontáneamente del corazón por nuestra forma de ser, de estar, de hacer, de tratar. Sin pretenderlo hemos de ser transmisores de esta gozosa serenidad.

b) La familiaridad de Jesús con el sufrimiento.

Paradójicamente Jesús aparece en el evangelio profundamente familiarizado con el dolor. Jesús sintoniza con el dolor ajeno. La ternura y la compasión fluyen de El como la sangre fluye de la herida.

Hay muchos ejemplos en el evangelio: la muchedumbre postrada y abandonada en Mt. 9, 36; la muchedumbre hambrienta en Mt. 15, 32; los ciegos de Jericó en Mt. 20, 34; la madre de Naím en Lc. 7, 13. Todos los que sufren suscitan en Jesucristo compasión y ternura. Jesucristo sintoniza con el dolor, con la situación de las personas y de los grupos sociales.

Esta sintonía sería psicológicamente inexplicable si Jesús no hubiera conocido en su propia vida pre-pascual, en su propia carne, por experiencia propia, el sufrimiento. Su vida de niño, de adolescente, de adulto, su vida en la actividad pública conoció el dolor. Conoció el sufrimiento, conoció la ansiedad, conoció la decepción, conoció las heridas de la convivencia, conoció la sospecha, conoció la amenaza, conoció la conspiración, conoció la persecución. Jesús aparece en el evangelio como una persona realmente familiarizada con el sufrimiento.

Parece una paradoja la gozosa serenidad de Jesús con esta familiaridad con el sufrimiento. Como sucede en las paradojas casi siempre la contradicción es solo superficial. Así como quien ha sobrevolado los Andes ve que allí donde hay grandes picos montañosos hay también grandes abismos así también donde hay alegría, hay sufrimiento, y donde hay sufrimiento puede haber alegría.

Sólo el que tiene capacidad de sufrir tiene capacidad de gozar, porque sufrimiento y gozo tienen un elemento básico en común: la capacidad de sintonizar. El ser humano pierde capacidad de gozar cuando se le anestesia la capacidad de sufrir. El dolor es una experiencia humana fundamental. Como decía Leon Bloy, aquél seglar cristiano de tanta hondura, "el hombre tiene lugares en su propio corazón que no existen hasta que el dolor entra en ellos para que existan". El dolor ensancha por dentro nuestra capacidad de experiencia humana, nos enriquece. Las personas que han vivido y han asimilado bien el dolor tienen una anchura, un realismo, una humildad, una manera de entender el dolor de los otros y de sentirlo que es palpable y visible.

Tal vez uno de los males del momento presente consiste en anestesiarse la capacidad de sufrir, así reducimos y empobrecemos también la capacidad de gozar. El "Valium" (tranquilizante) es la cuarta medicina de consumo mundial.

2- Los motivos del sufrimiento de Jesús y los nuestros

Vamos a fijarnos ahora fundamentalmente en la vida pública de Jesús. Sus dolores pastorales, sus sufrimientos pastorales, con los cuales se identifica nuestra vida objetivamente y ha de identificarse subjetivamente.

Vamos a preguntar a la Escritura qué es lo que produce dolor a Jesucristo Pastor, con la esperanza de sentirnos retratados en esos motivos y con la voluntad de identificarnos con las actitudes que él adopta ante el sufrimiento.

a) Las dolencias y esclavitudes de la gente. (Mc. 1, 40-45)

En términos evangélicos, hablamos de las enfermedades y las posesiones diabólicas. Desde la experiencia de Dios como Padre que quiere la libertad y la felicidad de la gente, al encontrarse con el dolor masivo, Jesús se siente "sacudido". La experiencia de este dolor y la esclavitud con la que él se encuentra provocan esta reacción. Nosotros sintonizamos con los motivos y actitudes de Jesús cuando sufrimos por el sufrimiento y las esclavitudes de la gente.

Una de las características más ricas y más humanas de nuestro ministerio consiste en este encuentro diario con gente abatida y esclavizada, con el dolor "en vivo y en directo". La experiencia del dolor ajeno nos vuelve a la realidad y nos ayuda a relativizar nuestros propios problemas. Si hay algo que me quita la paz, me angustia, me inquieta, me agobia, el encuentro con un dolor inmensamente superior al mío, con un sufrimiento y una problemática mucho más lacerante que la mía, me hace salir de mí.

Pero puede suceder que por un mecanismo defensivo ese contacto frecuente y masivo con el dolor embote un tanto nuestra sensibilidad y nuestra capacidad de estremecernos ante el sufrimiento y la esclavitud de la gente. Digo estremecernos, no impresionarnos intensamente, porque naturalmente no podemos vivir continuamente impresionados. El psiquismo necesita algún mecanismo de defensa, pero no para amortiguar el dolor sino para hacerlo menos angustioso y al mismo tiempo más profundo. Hemos de cultivar y de pedir esta sensibilidad ante el dolor y el sufrimiento de los demás. Este ha de ser uno de nuestros cuidados.

b) La dureza de corazón de muchos ante Dios y ante El

Las personas integralmente buenas como Jesucristo suelen ser candorosas, (que no es lo mismo que cándidas). Jesús no fue en absoluto cándido, pero fue profundamente candoroso. El candor se sorprende dolorosamente ante el mal encarnado en el corazón de las personas, que las vuelve duras y ciegas. Jesús sufrió este impacto.

Los evangelios nos muestran indicadores de que Jesucristo se sorprendió profundamente al observar qué capacidad de dureza y de ceguera existía en el corazón de algunas personas. Mc. 3, 5; 16, 14; Lc. 9, 47, muestran esta sorpresa de Jesús, el impacto que recibe Jesús en la vida pública. Esta cerrazón conduce a que la gente no entienda su mensaje. Incluso lleva a muchos a tragiversarlo, interpretando dicho mensaje en clave no religiosa. Por ejemplo, en clave política: "está queriendo levantar al pueblo", o está "rompiendo las costumbres de esta sociedad". El mensaje de Jesús produjo este tipo de reacciones, Jesús las padeció. La acusación política fue una de las maneras de desautorizar la interpretación religiosa de Jesús, que será acusado de político y morirá sufriendo el suplicio aplicado a los terroristas: "sea crucificado".

Conocemos, quienes hemos ejercido el ministerio profético, este tipo de tergiversaciones de mensajes que quieren ser evangélicos. Tenemos acceso, los sacerdotes y los obispos, a experiencias de sufrimientos semejantes. Sabemos lo que es "no ser escuchados" y en ocasiones nuestra gente ve ambición donde hay desprendimiento, ve favoritismo donde hay equidad, ve rigidez donde hay simplemente seriedad y coherencia, (por ejemplo en la administración de los sacramentos). En ocasiones incluso nos atribuyen una vida clandestina y nos cuelgan un romance o un hijo por menos que canta un gallo.

c) La agresividad que despierta su mensaje y su conducta (Jn 10,23-31)

Jesucristo es Dios desde le primer momento de su existencia humana en el seno de María. La divinidad del Señor no provoca ningún reparo para que su conciencia humana vaya creciendo y aprendiendo, incluso en su vida pública. Según los exegetas la conflictividad que surgió en torno a Jesús produjo extrañeza en Él mismo. Resulta que Él viene a traer el amor, la tolerancia y la paz, y se encuentra con que su mensaje y su conducta desencadenan agresividad, intolerancia, la guerra contra Él.

Jesús no quiere el conflicto, pero se encuentra con Él. Cuando ese conflicto es patente y agresivo, reduce y orienta su actividad en la segunda parte de su vida pública, pero no desiste de su pretensión y acepta las consecuencias que de este "mantenerse en su misión" se derivan para Él.

Hay tres tipos de personas y de reacciones ante el conflicto. Hay personas que buscan el conflicto movidos por un oscuro fondo temperamental de origen paranoide. Llevan el conflicto dentro de sí, necesitan proyectarlo hacia el exterior para sentirse vivos, necesitan el conflicto para liberarse de sentimientos penosos descargándolos sobre otros a través del mecanismo de la proyección. Es gente que busca el conflicto por el conflicto. Esta gente suele tener la tentación de sentirse profeta, de identificarse con los profetas y de estar en contra de los demás identificándose con la línea profética indudable e importante en la Biblia.

Hay otra clase de personas ante el conflicto: son los que lo rehuyen sistemática y medrosamente. No se sienten capaces de soportar la tensión que el conflicto crea en la relación con las personas. Huyen del conflicto, no pueden soportarlo. Son temperamentos muy "maternales", y un tanto fusionales diría el psicoanálisis.

Hay en fin quienes no lo buscan, pero lo afrontan con mansa firmeza cuando la fidelidad a una persona, a una comunidad, a una causa noble, al evangelio, así lo requiere. Jesús perteneció a este tercer tipo, Él no buscó el conflicto pero tampoco se "arrugó" ante él. Únicamente no utilizó armas agresivas. Él padeció las consecuencias del conflicto.

Los seguidores de Jesús tenemos que imitarle en esta actitud. Nos encontraremos que nuestro mensaje, nuestra conducta, suscita en el conflicto. Yo no veo que, ni en el P País Vasco (mi tierra), ni en la Argentina, sea posible que nuestro ministerio presbiteral y episcopal no nos conduzca en muchas ocasiones a generar un conflicto que no queremos, pero que nace de la exposición profética de la Palabra de Dios. Tenemos que denunciar la corrupción, tendremos que denunciar la violencia que ha matado a 800 personas en mi país a lo largo de estos veintitantos años, tendremos que salir a favor de los amenazados. Al mismo tiempo tendremos que decir al gobierno: tortura no, no se puede torturar.

Tendremos que discernir si la nobleza y la importancia de la causa y no nuestro amor propio herido nos pide mantenernos en el conflicto o declinarlo discretamente. Hay veces en que la prudencia pastoral verdadera puede conducirnos a derivar el conflicto en vez de abordarlo. (Jn. 10, 22-31)

d) El rechazo frontal de su persona, conducta y mensaje por parte de "los justos" (Jn.11,45-54)

A Jesús le condenó la legítima autoridad del momento, los representantes de Dios. Estos "buenos", "legítimos", habían hecho de su mentalidad religiosas, de sus estructuras religiosas, de sus formas religiosas y sociales, valores absolutos. Como dice un teólogo español, Gonzalez Faus: "cuando los hombres nos forjamos absolutos, acabamos crucificando al Absoluto".

Conocemos también en nuestra vida experiencias semejantes que se nos hacen incompresibles. Muchos de nosotros sabemos lo que significa no ser reconocidos a veces por nuestra propia comunidad, por los "buenos" de nuestra propia comunidad. Sabemos del dolor de sentirnos marginados y puestos bajo sospecha y mal interpretados. Existe en la vida presbiteral y episcopal, el rechazo de los buenos.

e) El abandono de los suyos. (Jn 6,66-67)

Ya en la vida pública muchos cercanos se alejan de Jesús; pero el abandono se da sobre todo al final. Los exegetas dicen hoy que Jesús tuvo una inicial aceptación fulgurante sobre todo en la zona rural de Galilea. Ese triunfo se convirtió en un fracaso en Judea y en Jerusalén, al mismo tiempo que se fue apagando incluso en buena parte en Galilea.

Jesús formula (Jn.6, 6 65) una pregunta que tiene un poder interpelador impresionante: "¿También vosotros queréis dejarme?". Rahner, en un artículo sobre la fe del sacerdote hoy, dice: *¿Les extrañará, queridos hermanos sacerdotes, que Jesús a cada uno de nosotros nos formule hoy la misma pregunta sin que podamos aplazar la respuesta?. Las palabras de Pedro ¿A donde iremos fuera de Ti?", resumen la vida cristiana y su última significación. ¿A dónde iremos sin Ti?, si Tú tienes palabras que dan la Vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que Tú eres el santo de Dios". Vale la pena ser cristiano cura y obispo para poder decir a Jesucristo estas palabras.*

Pero la soledad y el abandono llegan a su cumbre cuando Jesús es apresado. Jesús muere prácticamente solo. No totalmente solo, pero prácticamente solo. Herido el pastor se dispersan las ovejas y están todos ateridos de miedo. Queda Juan y sobre todo queda María.

El presbítero y el obispo conocemos algo de esta soledad que nos vuelve a veces extraños a los nuestros. Nos exigen con frecuencia servicios, (por ejemplo sacramentales), que no podemos ofrecerle privatizando los sacramentos y haciendo de estos sacramentos un privilegio o un saldo barato para nuestros amigos o gente influyente. Nos necesitan poco en muchos casos, y después de habernos necesitado se olvidan pronto de nosotros y vamos quedando mal con muchos. (Lc. 22, 31-34.) Hay en un momento u otro de la vida del presbítero y del obispo esta experiencia dolorosa de sentirse abandonado, a veces defraudado y decepcionado, por personas en las cuales uno ha invertido un gran capital afectivo. Personas o grupos, en los que ha puesto su alma, su vida. Ha pensado que estaba sembrando permanencia, y no ha sembrado permanencia sino precariedad. Esas decepciones y estos abandonos se dan en la vida del presbítero. Incluso personas que le han querido a uno mucho en el tiempo en que lo necesitaban y después le han dado la espalda.

f) El silencio de Dios Padre.

Mt. 26, 36-46 dice de Jesús: "sintió tristeza mortal y angustia en el huerto". En Mc. 14, 33; leemos que sintió "pavor y angustia". Lc. 22, 44; lo expresa diciendo "preso de la angustia". E incluso Mc 15, 34; pone en su boca esta expresión en la cruz: "Dios mío, ¿por que me has abandonado" . Véase, también, Heb. 5, 7-9.

En el trance más fuerte de la vida mortal de Jesús, en el momento en el que se le cierran todas las puertas humanas y en el que le abandonan incluso los suyos, Dios Padre, su Padre, Ese de quien ha tenido una vivencia profundísima, gozosa, serenante, equilibradora, centradora, "Dios Padre" su padre, no responde. Está cerca pero no responde. Está con una presencia, que ante la conciencia subjetiva de ese hombre perdido, suena a abandono. Se le cierran todas las puertas, los discípulos dispersos, los adversarios vencedores, la causa por la que ha trabajado está prácticamente hundida y la vida, condenada a extinguirse en breve. Y Dios Padre no responde, no responde.

La experiencia de Dios Padre se eclipsa casi totalmente en Jesús. Sin ella Jesús se siente absolutamente desvalido. Es la experiencia que le ha acompañado, que fue creándose y gestándose en su niñez y en su adolescencia y ha sido cada vez más plena y más configuradora de su propia conciencia filial. Sin esa experiencia Jesús no pudo vivir, prefiere morir a ser privado de esa experiencia. Sin ella se siente absolutamente desvalido y Dios Padre calla como si lo hubiera abandonado de verdad.

Sin embargo no lo abandona, está allí al pie de la cruz. Pero el Dios Padre calla como si todo en la vida de Jesús hubiera sido un espejismo, al margen de la voluntad de Dios. Como si Jesús hubiera sido un osado visionario que se ha creído representante de Dios. Pero Dios está allí. Dios su Padre, está allí.

Las expresiones del evangelio son definitivas, "mi alma tiene una tristeza mortal"- "Padre que pase de mí este cáliz"- "Dios mío por qué me has abandonado". Y en esta situación extrema en el que el Padre quiere hacer pasar al Hijo la prueba fundamental y el sufrimiento más profundo emerge potente y tembloroso, fuerte e inerme, el movimiento supremo de la fe de Jesús, de su confianza absoluta en el Padre. Como dice un teólogo de nuestro tiempo "Jesús salta desde el abandono de Dios hasta los brazos del Padre. "A pesar de todo, Dios es mi Padre, por lo que merece mi confianza total. "Padre en tus manos, a tus manos encomiendo mi espíritu".

Desde esta confianza emerge también la confianza y la comprensión con respecto a sus torturadores, "Padre perdónalos porque no saben lo que hacen".

Albert Vanhoye, antiguo Rector del Bíblico de Roma, excelente exégeta de la Carta a los Hebreos comentando el texto de Heb. 5, 7-9 dice más o menos lo siguiente: "de la naturaleza de Jesús brota un grito noble y espontáneo que pide a Dios Padre ser librado de esta prueba. Ese grito en el corazón de Jesús se convierte en plegaria. Pero la plegaria se vuelve sobre el grito y madura el grito y le conduce a aceptar: "*Padre hágase tu voluntad*". El grito *aparta de mí éste cáliz*, convertido en oración, es madurado por la oración misma hasta arrancar del Señor esta expresión "hágase tu voluntad".

En la vida presbiteral y episcopal hay fases en las que Dios se hace silencio. La prueba reviste diversos aspectos. A veces se trata de la resistencia de nuestras debilidades y pecados que emergen y una y otra vez como las viejas manchas de los trajes que aunque uno los lleva a la tintorería vuelven a visibilizarse. Otras veces son los tirones fuertes de la sexualidad o las nostalgias profundas del corazón que no se resigna del todo a la soledad del celibato. En otras ocasiones es la tiniebla prolongada en la oración, la convicción de que el mensaje que ofrecemos no importa demasiado a la gente, la sensación de esterilidad en la propia vida, las incomprendimientos de la gente. Es la soledad y el abandono de Jesús encarnados y prolongados en nosotros.

3- A los pies del Crucificado, esperando la revelación.

El misterio de la Cruz del Señor y del sufrimiento del Señor en su conjunto encierra nada menos que la sabiduría de Dios. Sólo contemplando la Cruz, somos capaces de barruntar por la acción del Espíritu el misterio que ahí se encierra y se nos quiere revelar.

Si me permitís una confidencia personal, en el momento en que hice los ejercicios de memoria que a los dos o tres días de empezar la tanda me sentí profundamente atraído por el Crucificado que veía encima del reclinador de mi cuarto. No era un Crucificado cuyas cualidades estéticas pudieran despertar ningún sentimiento especial. Pero tuve la convicción, la intuición, el presentimiento de que allí iba a descubrir algo, de que allí se me iba a desvelar algo del misterio de la cruz del Señor. Así fue. Se me transformó esa figura acartonada que tenemos muchas veces de Dios, de Jesús, de su misma humanidad y nos impide conectar en profundidad con ella. Se derritió ese acartonamiento. Me encontré, por la fuerza del Espíritu, con el Señor que se me iba ofreciendo y desvelando de una manera más viva. Allí entendí ciertas cosas que pude también ver formuladas después en la teología.

¿Cuáles son las lecciones que aprendemos a los pies del Crucificado?

a) Dios baja por solidaridad hasta los sótanos de la condición humana.

Dios ha querido descender hasta el fondo, ha querido apurar hasta las heces el cáliz de ser hombre. Ha querido experimentarlo todo en su Hijo. Por eso no le ha ahorrado nada. Ha hecho que su Hijo conozca la decepción, la depresión, el pavor, la angustia, que esté casi al borde de la desesperación, la oscuridad total.

No debemos dejar de leer el evangelio de Mateo y de Marcos sin dulcificarlo demasiado con el evangelio de Lucas. Dios ha extraído todas las consecuencias de la encarnación hasta la kénosis. Dios ha bajado a esos ámbitos profundos donde el hombre siente el abandono, la tristeza mortal, etc., como tantos creyentes a lo largo de la vida. Dios baja hasta ahí por solidaridad. Es el máximo signo de solidaridad del Dios altísimo y grandísimo que llega hasta el fondo de lo humano para decir: "Yo he asumido todo; todo lo puedes asumir en Mí y conmigo".

b) El rostro de Dios, que ha querido revelarse "impotente" en la Cruz de Jesús.

Dios Padre pudo hacerse presente como fuerza que salvara a Jesús, que lo sacara de aquel infierno en el que le habían metido. Y sin embargo Dios acepta ser derrotado por la ceguera humana y deja morir a su Unigénito. Como dirá Bonhoeffer: "Dios se deja expulsar del mundo". Dios se revela en forma de debilidad y de impotencia.

Esta revelación paradójica de Dios en la Cruz de Jesús resultó un escándalo para el mundo judío y grecorromano, e incluso, para la misma comunidad cristiana que lo aceptaba como Resucitado. Muchos pasajes del Nuevo Testamento están escritos con la intención apologética de mostrar que era necesario que el Mesías padeciese, porque esa forma de padecimiento llegaba a "incomodar" la fe pascual.

Hoy este rostro de Dios sigue queriendo revelarse impotente en medio de la secularidad de nuestro mundo, en medio de la corrupción de la vida política, en medio de la apatía con la que los que tienen miran a los que no tienen. Este Dios, que no interviene de manera brusca en la historia, que no irrumpe de un modo clamoroso y cuasi mágico, continúa siendo escándalo. Nuestra mentalidad espontánea queda excelentemente descrita por el poeta español Machado: "No quiero al Dios del madero, sino al que anduvo en la mar". Nos cuesta aceptar que Dios acompaña silenciosamente el sufrimiento del hombre. Nos revela o nos deprime cuando nos toca sufrir esta "impotencia" silenciosa de Dios en nuestra vida personal y en nuestra vida pastoral. Nos resulta laborioso asimilar que el Señor esté presente en la Iglesia bajo el signo de la cruz y de la "impotencia".

Es verdad que el Misterio Pascual no acaba en la Muerte. Hay otra dimensión: la resurrección, pero no la anticipamos. Dejemos impregnarnos de esta dimensión real sin la cual la misma resurrección pierde su fuerza.

Y sin embargo Dios no nos abandona nunca. Nunca estuvo el Padre más cerca de un hombre que en Jesús derrotado en la cruz. Nunca está más presente, con una presencia que pudiéramos llamar "ausente", con una presencia paradójica que parece ausencia e incluso abandono. Nunca está más presente que cuando acompaña discretamente nuestros sufrimientos personales de creyentes, de pastores, de miembros de un pueblo sufriente. Es el rostro de Dios que ha querido revelarse "impotente".

c) La lentitud del progreso del Reino.

Quien se compromete en la construcción del Reino de Dios y en la edificación de la Iglesia habrá de beber más cálices que copas de champagne. Lentamente, avanzan (cuando avanzan) nuestros programas pastorales. Muchas de nuestras iniciativas son vistas, desde el exterior, simple fracaso. Las dificultades de la evangelización constituyen un sufrimiento para el pastor que ha dedicado su vida a este menester. Esta experiencia es quizá más perceptible y dolorosa en una Europa más apática a lo religioso, a la que cuesta más sintonizar con el fondo religioso del ser humano.

La impresión de que la aportación de uno es un pequeño soplo de brisa en medio de la canícula entristece con frecuencia al pastor, que tiene la impresión de ser en invierno como un pequeño puesto de castañas tostadas en una calle helada. La gente pasa por allí se quita un momento el frío para volver a entrar en el frío. La misma lentitud la observamos también cada uno en nuestro propio itinerario

personal y la observamos tal vez en nuestra diócesis, desde luego en la Iglesia y, no digamos nada, en la sociedad próxima y amplia en la que puede haber no solamente lentitud, sino regresión.

Esta lentitud es algo más que un sufrimiento. Es una tentación para muchos. Bastantes idealistas de ayer, son escépticos de hoy. La causa reside en que no han sabido digerir el principio de la realidad. Los procesos son lentos, las dificultades son ingentes. La Cruz de Jesús nos ayuda a soportar esta situación.

d) El sufrimiento como escuela para profundizar y purificar nuestra fidelidad.

Jesús fue siempre plenamente fiel a Dios Padre. Él respiró fidelidad a pleno pulmón. Así como los pulmones a medida que realizan el ejercicio montañoso se van ensanchando y acogen mayor cantidad de oxígeno, la fidelidad humana de Jesús fue profundizándose a medida que se encontraba con nuevas situaciones y dificultades que oscurecían el horizonte de su proyecto.

Junto con las resistencias que va percibiendo en su vida pública, Jesús va descubriendo mejor que Dios Padre le pide fidelidad y no éxito inmediato. He aquí una experiencia importante: Dios nos pide fidelidad y no éxito inmediato, Dios nos pide fidelidad incluso más que fecundidad. Fidelidad.

El autor de la Carta a los Hebreos nos ha dicho que Jesucristo "aprendió sufriendo lo que cuesta obedecer". (Heb. 5,7-9) La paradoja de que precisamente el lugar donde vivió, dónde nació y murió Jesús, sea hoy como una herida abierta en el mundo. Es como una señal a través de la cual los creyentes podemos vislumbrar lo que es el misterio de la Cruz del Señor.

También para nosotros el sufrimiento es escuela de purificación y de profundización, escuela de fidelidad. Ciertas experiencias de limitación personal (la muerte de personas queridas, las decepciones del ministerio) determinadas debilidades recalcitrantes nos "bajan los humos" y nos hacen humildes y fieles.

g) El sufrimiento y muerte, como condición para la salvación de todos

La conciencia humana de Jesús va viendo, cada vez con una claridad más profunda, que esa entrega dolorosa y violenta de su vida es condición para que el Reino de Dios que ha anunciado venga. Este es el servicio que el Padre le pide. Su vida es "rescate por muchos"

El autor de Hebreos lo formula también nítidamente "tenía que ser consagrado sacerdote por el dolor, (2,10) porque sin derramamiento de sangre no hay remisión. Por haber sufrido puede ayudar". (2, 8) Levantado en la cruz Jesús cumple sus palabras proféticas consignadas en Jn. "Cuando sea levantado de la tierra, atraerá a todos hacia mí" (Jn. 12,32)

Una oración litúrgica densa en contenido teológico y rebosante de experiencia espiritual constituye un adecuado punto final para esta meditación. Dice así: "Oh Dios que de una manera admirable has manifestado tu sabiduría escondida con el escándalo de la Cruz: concédenos contemplar con tal plenitud de fé la gloria (¡) de la Pasión de tu Hijo, que siempre nos apoyemos confiadamente en la Cruz de Jesucristo.

Tema 4º: TESTIGOS CUALIFICADOS DEL RESUCITADO

1. Las dos facetas del Misterio Pascual y su necesaria implicación mutua

Ser obispos y presbíteros equivale a ser asociados de manera especial y específica al misterio pascual. Hemos visto cómo se realiza en nosotros el misterio pascual en su vertiente de sufrimiento y de muerte. Ahora nos toca contemplar la otra dimensión del misterio pascual: la resurrección.

Es necesario contemplar el misterio pascual en toda su integridad (muerte y resurrección). También la Muerte del Señor, para no caer en un seguimiento hedonista, que es una caricatura del seguimiento. No cabe duda: el hedonismo es una de las tentaciones de nuestro mundo.

El seguimiento no puede ser hedonista. Pero es necesario contemplar la resurrección de Cristo para no caer en un seguimiento dolorista y trágico que es otra caricatura e incluso otra tentación del seguimiento.

Tal vez la sociedad hedonista puede conducirnos a un seguimiento hedonista que “vacía la cruz de Cristo”, incluso en los presbíteros y obispos. Y tal vez una sociedad pesimista como la nuestra induce un seguimiento trágico que “inutiliza” (en términos paulinos) la resurrección de Cristo. Si queremos asumir el misterio pascual en su plenitud es preciso que seamos sensibles a las dos dimensiones.

En primer lugar vamos a recoger en vivo la experiencia pascual de los primeros testigos para contemplarla, impregnarnos de ella y pedirla como un don, como una gracia. La experiencia pascual no se transmite plenamente como a los Apóstoles, pero se transmite análogamente, de manera real, también en nuestros días.

En un segundo momento vamos a extraer unas cuantas consecuencias existenciales para nuestra fe y nuestro ministerio, derivadas del acontecimiento de la Resurrección.

En un tercer momento vamos a profundizar en una de las dimensiones: la alegría de la Resurrección.

2. Las características de la experiencia pascual de los Apóstoles.

De esta experiencia vive nuestra fe hoy y a lo largo de los siglos. Es vitalmente más importante para ella que la prueba del sepulcro vacío. He aquí sus rasgos más salientes:

a) Una experiencia real nacida del encuentro con el Resucitado.

(Jn. 21, 1-14)

Es vital aquí subrayar la palabra “encuentro”. Porque la experiencia de la Resurrección no es una experiencia subjetiva que nació en un grupo de discípulos desvalidos, nostálgicos con respecto del Maestro desaparecido. Hubo un real encuentro de este Cristo vivo con este grupo de sus testigos. De esa manera evitamos el subjetivismo que convierte la fe cristiana en un estado anímico, sin referencia a la realidad, como sucede desgraciadamente en muchos católicos y especialmente en muchas sectas en las que encontramos un deliberado evasimismo de la realidad.

La experiencia de este encuentro real, ni nace de la nostalgia de haber convivido con una persona extraordinaria, ni tampoco de la reflexión sobre la nobleza del mensaje que esa persona había transmitido a los suyos mientras convivió con ellos. Es una experiencia que nace de la certeza de que Jesucristo está vivo porque ellos, "los doce", y algunos discípulos más, se han encontrado realmente con El después del traumatismo de su muerte. Y este encuentro disipa su tristeza, su desconfianza, su derrotismo. Es el encuentro el que les transforma. Es un descubrimiento que aparece tan claro en aquél momento en que la Magdalena dice *Rabboní* "Maestro mío". Descubrir es más que conocer. Jesucristo no ha resucitado porque creemos en El. Creemos en El porque ha resucitado.

No hemos hecho nada con conocer a Jesucristo y su Misterio si ese conocimiento no se convierte en descubrimiento. Eso es lo que quería decir San Ignacio con la expresión "conocimiento interno de nuestro Señor Jesucristo". Descubrir es más que conocer. Cuando descubrimos a alguien, se convierte en una persona sin la cual ya no somos capaces de llenar nuestra vida. Convertir el conocimiento en descubrimiento es una buena dirección en nuestro itinerario espiritual y apostólico. Ayudemos a nuestra gente a que descubran al Señor que conocen y descubramoslo nosotros mismos.

b) Experiencia penetrante, envolvente y transformadora

Entendemos esta característica desde los relatos pascales como el de los discípulos de Emaús (Lc. 24, 13-32) o el encuentro de Jesús con los apóstoles en el lago (Jn. 21, 1-14). Son experiencias que tocan a la persona en su mismo centro y desde ahí la sobrecogen. Por eso las experiencias pascales que conocemos por los evangelios no son ruidosas ni aparatosas. Solo el último capítulo de la Pascua, la venida del Espíritu, se realiza con estrépito. Las experiencias pascales son sobrias en su expresión. La experiencia pascual sobrecoge. No nos impulsa a saltar ni a gritar. Nos unge por dentro.

Cuando una muchacha recibe por primera vez del muchacho por quien se interesa la expresión "te quiero" no empieza a saltar ni a gritar; queda sobrecogida. Porque lo más profundo no nos hace brincar sino sobrecogernos. Los discípulos de Emaús al tiempo que sienten arder su corazón quedan sobrecogidos mientras cenan con el Señor. Y lo mismo los discípulos pescadores que ni siquiera pueden preguntarle "quién eres", sabiendo que era el Señor.

Esta experiencia es, también, transformadora. El encuentro real con el Cristo real Resucitado, es una experiencia que transforma cualitativa y definitivamente la vida de aquél puñado de discípulos. El libro de los Hech. 2, 42-47 y Hech. 4, 32-35 recoge muy bien este rasgo. Aquellas personas han sido transformadas por la experiencia pascual desde el centro vital. Desde ese núcleo más íntimo de la persona, la experiencia del resucitado inunda todas las áreas del hombre y se convierte en la experiencia central y básica.

Esta experiencia es transformadora comienza modificando el ánimo de los discípulos. Vuelven la alegría y la esperanza. El camino de Emaús es el paso de la tristeza a la alegría, el paso de la desesperanza a la esperanza. Y al cambiar el ánimo se transforma también el comportamiento individual y comunitario. Cuando no hay ánimo el comportamiento moral languidece. Cuando no hay "zymos", se resiente el "ethos".

Este comportamiento individual y comunitario que aparece en las comunidades pascales pasa a ser un testimonio para que la gente se pregunte: ¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué viven así? ¿De dónde les nace esta fuerza? ¿Por qué este talante positivo? ¿Qué les hace vivir de esta manera las frustraciones y las persecuciones? ¿De dónde les viene esta ánimo inasequible al desaliento?

De este modo, las comunidades pascales aparecen como comunidades de contraste. Estas comunidades "hablan". Pero más que por su comunicación verbal, lo hacen por ese estilo alternativo y diferente. Su estilo de vida produce interrogantes, suscita las preguntas. Ojalá nuestras comunidades tuvieran ese carácter "provocador".

Las comunidades del Nuevo Testamento son comunidades con muchos defectos. Encontramos en ellas la envidia, la ambición, la sexualidad desbocada en algunos de sus miembros. Son comunidades que a pesar de sus defectos tienen un ánimo vital, un talante y un estilo. Tienen una experiencia tan viva y tan fuerte de Cristo que se convierten en alternativas. No son las comunidades éticamente perfectas sino las comunidades con aliento de esperanza, con capacidad de creer en el futuro a pesar de las dificultades, con ese impulso motor que nace de la experiencia del Señor Resucitado, las que dan auténtico testimonio. Dan que pensar. Su misma vida es su primer testimonio.

c) Experiencia movilizadora.

(Hech. 8, 4-8)

La experiencia pascual es creadora de actividad y multiplicadora del rendimiento. Los encerrados en Jerusalén, según la versión de Lucas, y los dispersos en Galilea, según la versión de Mateo, se vuelven a reunir y se ponen en marcha anunciando a Jesucristo. Y cuando les persiguen en Judea se van a evangelizar a Samaría y Antioquía. Se provoca una onda expansiva que no hay quien la detenga.

La experiencia pascual va en contra del encierro y la dispersión. He aquí dos tentaciones siempre presentes en la Iglesia. La primera es el encierro, el confinamiento, por temor o por acomplejamiento.

(pensamos que el mensaje pascual no interesa hoy). O el encierro vivido por el miedo a contaminarnos. Hay comunidades cristianas que viven a la defensiva y pretenden conservar lo suyo a través del aislamiento.

La segunda es la dispersión que se vive a causa de la pérdida del sentido de la novedad cristiana. La diáspora se convierte en dispersión. Este es un riesgo grave para nuestra fe, al menos en Europa. La luz pascual tiene que ayudarnos a que no seamos ni los encerrados en Jerusalén, ni los dispersos en Galilea, sino comunidades abiertas y unidas, alternativas y vivas.

d) Impregnada de profunda alegría

La experiencia pascual es una experiencia rebosante de alegría (Jn. 20, 11-18). Esta actitud es el origen de esa onda expansiva, transformadora y movilizadora.

En el Nuevo Testamento hay tres palabras claves para describir la experiencia pascual de las primeras comunidades: la alegría “agalliasis”, el coraje “parresía” y la resistencia activa “hipomoné”.

El encuentro con el Resucitado suscita una alegría luminosa y expansiva, pero no esa alegría entusiástica y exaltada. No es así la alegría auténticamente pascual. Algunos movimientos y algunas sectas pueden subrayar con exceso ese “plus” de entusiasmo que no es más que una excitación artificial de la sensibilidad, no un fruto de la experiencia pascual. La tristeza paraliza. La alegría dilata el mundo y activa los dinamismos dormidos.

e) Impulsada a comunicar lo vivido

(Lc. 24, 46-49)

Junto a la alegría está la “parresía”, el impulso, el coraje y el entusiasmo para anunciar la resurrección del Señor y para invitar a los demás a unirse a Él por la fe. Esto es lo que vive la primitiva comunidad cristiana. Si examináis los relatos de las apariciones pascales es muy frecuente la apostilla “vayan a comunicárselo a los hermanos”, porque la comunicación de la fe es algo que está inscrito en el seno mismo de la experiencia pascual. Somos los “empleados de Correos” que, al mismo tiempo que destinatarios, somos transmisores. Tenemos que ofrecer a los destinatarios la experiencia recibida.

Aquella experiencia de los apóstoles fue tan fuerte que pudo ser comunicada y transmitida. Cada uno de nosotros, como miembros de la Iglesia de hoy, tenemos que preguntarnos si son las condiciones desfavorables y mucho más complicadas de nuestra sociedad o es el escaso vigor de nuestra experiencia pascual la principal responsable de que esta experiencia no taladre las opacidades de nuestra sociedad.

El anuncio de aquella experiencia ha taladrado los siglos y ha llegado hasta las generaciones del siglo XX y XXI. Ojalá nosotros sepamos transmitirla sobre todo en este pueblo argentino, donde la riqueza religiosa todavía se deja ver con mayor claridad que en la Europa de la que procedo. Los discípulos visitados por la experiencia pascual están persuadidos de que se trata de una experiencia para ser comunicada. Cristo Resucitado es una buena noticia para todos y no una sabiduría escondida para un grupito de iniciados. Por eso cuando los Apóstoles son inculcados ante los tribunales, responderán: “no podemos dejar de anunciar lo que hemos visto y oído”.

f) Generadora de temple y aguante

La experiencia pascual produce temple, resistencia, paciencia activa, la “hypomoné”, (Hech. 5, 17-32). El sufrimiento se prolonga también después de la Resurrección. El Cristo real no es el Cristo Resucitado sino el Cristo crucificado y resucitado. Su Crucifixión y su Resurrección se prolongan a lo largo de la historia. Por eso es preciso que la dimensión de la Crucifixión este presente en el mismo seno de la experiencia pascual de la Resurrección.

La experiencia pascual incluye este temple, la “hypomoné”, que no desfallece ante la dificultad, ante la lentitud del crecimiento del Reino, ante los problemas y pecados estructurales que existen en la

misma Iglesia en todos sus niveles, desde el grado más ínfimo de una pequeña comunidad hasta los planos más altos y elevados de la Iglesia. Ante la corrupción, la prepotencia, el miedo, el pecado, que existen también en la Iglesia, hace falta una fuerza que nos haga no desfallecer ni sucumbir al desaliento.

Moltman llama "resistencia" a la *hypomoné*. Este teólogo asigna a esta resistencia dos componentes. Por una parte una sana inconformidad que no se resigna ante la pervivencia de lo negativo instalado en la sociedad o en la comunidad creyente o en uno mismo, sino que desea ardientemente transformarlo. Resignarse ante la injusticia es el principio de toda corrupción.

El segundo elemento de la resistencia, es el aguante. Es la tenacidad para soportar las dificultades sin desistir de la acción transformadora. El aguante no se confunde con la terquedad o la obstinación. Es la fuerza que, en un corazón frágil, nace de la experiencia del Resucitado.

En resumen: la experiencia pascual consiste en un encuentro real con el Resucitado, que afecta a toda la persona y la transforma progresivamente. Produce una inmensa alegría que se convierte en fuente de coraje evangelizador y de paciencia activa. Así quedan condensadas las características de la experiencia pascual de los Apóstoles.

3. La Resurrección de Jesucristo "lo renueva todo"

Vamos a ofrecer ahora unas reflexiones existenciales sobre la Resurrección de Cristo y extraer algunas consecuencias en torno al misterio que hemos intentado contemplar en la primera parte.

a) Es posible un mundo más justo, más fraterno, más dichoso

Primera gran afirmación: si Jesucristo ha resucitado, la esperanza no es una utopía, en el sentido negativo de la palabra, sino una actitud fundada y realista. En otras palabras: desde la resurrección de Cristo cabe pensar en una sociedad más humana, más solidaria, más dichosa; en una Iglesia más evangélica, más de Dios y más de los pobres; en una comunidad más creyente; en un presbiterio más fraterno y más apostólico, más orante y también más pobre. Todo esto es posible y más que posible. Y lo es porque Cristo ha resucitado.

Es importante recordarlo en los tiempos de pesimismo social e incluso eclesial que estamos viviendo. Uno se hace muchas preguntas: la sociedad, esta sociedad, ¿puede dar más de sí? La corrupción ¿no es una fatalidad? La Iglesia ¿no está ya vieja, no está declinando, no está siendo arrumbada, no está instalada en la mediocridad propia de los estados de la debilidad? ¿No está anquilosada, confinada, de espaldas a la vida, incomunicada con la sociedad? Yo mismo con mis años, con mis problemas, con mi propio pasado, con mi trayectoria, con mis pecados, con mis debilidades, con mi temperamento, con mi salud, ¿puedo dar sensiblemente más de mí mismo que lo que estoy dando?

Los que se dedican a la educación, se preguntan: ¿es posible educar con fecundidad en el ambiente en el que se mueven nuestros alumnos, marcado por el pragmatismo, impregnado de un hedonismo creciente, rodeado de un ambiente familiar y social religiosamente débil? ¿No parece el Evangelio culturalmente extraño a una parte de nuestra juventud, cuando en realidad es la respuesta más juvenil a lo más noble que tiene la juventud?

Existe hoy en la Iglesia, en nosotros y en la sociedad, una tendencia bastante generalizada a creer que la oscuridad es más espesa que la luz. Que la mentira es más poderosa que la verdad. Que la esclavitud es más fuerte que la libertad. Que el egoísmo es más potente que el amor. Que la tristeza es más persistente que la alegría. Que la muerte es más definitiva que la vida. Que el pecado es más vigoroso que la gracia. Existe esta tendencia, al menos en forma de inquietante pregunta. Pues bien: sucumbir a esta perspectiva equivale, en la práctica, negar la resurrección de Jesucristo.

El escepticismo, el fatalismo, el determinismo, no son cristianos. Se oponen a la fe en la Resurrección porque creer que Cristo ha resucitado significa que ha inyectado en el corazón de la historia un fermento, una levadura, un brote de vida, que nada ni nadie podrá apagar.

Creer en Jesucristo resucitado significa que Dios ha apostado efectivamente por esta sociedad, por este pueblo, por esta patria nuestra, por la Iglesia, por mi comunidad apostólica o parroquial, por mí. Dios ha dicho sí al hombre nuevo y a la humanidad nueva al resucitar a Jesucristo. Él no ha resucitado en vano por mí.

De aquí se deriva una actitud globalmente positiva ante las personas, los grupos, la sociedad, la comunidad propia, la Iglesia. Actitud globalmente positiva que lleva en sí un realismo luminoso para descubrir las negatividades existentes. Este mundo está envuelto en una esfera de la gracia, pero también en una esfera del pecado.

Nuestra actitud globalmente positiva no nace de los análisis sociológicos o históricos, ni siquiera de nuestra rica experiencia. Nace de la fe en la resurrección. Creer en la resurrección significa que, a la larga, la verdad es más fuerte que la mentira; que la aspiración a la libertad es más vigorosa que todas las tentaciones y todas las cadenas de la esclavitud; que el amor es más fuerte que todos los motivos y condicionamientos para ser egoístas; que la capacidad de alegría es más definitiva que la necesidad del sufrimiento; que la aspiración a vivir es más tenaz y más auténtica que la necesidad de morir; que la gracia es más victoriosa que el pecado. La pregunta capital, pues, es: ¿creemos esto? ¿nos lo creemos de verdad?

Sin embargo esta afirmación no rehuye el contraste con la experiencia humana. No es una afirmación ideológica, ni un deseo romántico de soñadores incurables que no quieren aceptar el espesor del mal en el mundo. La fe en el Resucitado es una fe realista. No nos asegura que dentro de veinticinco años la Iglesia va a ser más extendida, ni más respetada, ni siquiera más evangélica. La fe en el Resucitado no nos asegura que la sociedad dentro de veinticinco años va a ser más humana. Pero sí nos garantiza estas tres convicciones básicas:

✓ Que al final de la historia Dios “acabará ganando”. Los hombres seremos por fin plenamente humanos y divinizados más allá de la historia cuando Dios, generación por generación, nos vaya recogiendo en su seno.

✓ Que existe en el interior de cada persona, de cada grupo, de cada movimiento, un brote de la vida del Resucitado que nada ni nadie puede destruir del todo. No hay sociedad por envilecida o envilecedora que sea, ni droga por deshumanizadora que sea, que pueda contra ese germen de la vida del Resucitado que anida en el ser humano, en la familia, en la juventud, y que a la manera de un fermento, es capaz de regenerarlo. Ese fermento, esa brasa encendida que hay en el corazón de la historia, están vivos y activos como el Resucitado mismo. Y podemos percibirlos por la fe si un pesimismo negativista no ha oscurecido nuestra mirada.

En esta convicción está precisamente contenida la intuición fundamental de la teología católica que no podía admitir el axioma protestante de que “el hombre está esencialmente corrompido por el pecado”. Las razones por las que los teólogos católicos se oponían no eran tal vez del todo convincentes, pero la intuición básica de la Iglesia era ésta: “que la resurrección había transformado inicialmente y básicamente la historia humana de tal manera que la corrupción esencial del ser humano era incompatible con la fe en la Resurrección.

En consecuencia nuestra espiritualidad debe consistir en descubrir los pequeños signos de la resurrección que existen en nosotros y no permitir que una especie de escamas o de velos ensombrezcan nuestra mirada. No nos pase lo que al depresivo, que por las afecciones bioquímicas y psicológicas que padece, se hace incapaz para detectar los signos positivos de la realidad y sumamente hipersensible para

captar los signos negativos. Algo de esto puede estar sucediéndonos en la Iglesia y en la sociedad. Debemos sanar nuestra mirada. Que nuestro corazón afligido y angustiado no nuble nuestra mirada. Ni para dejar de ver los signos negativos, ni para descubrir los signos de la resurrección entre nosotros; sino para dedicarnos a neutralizar los negativos y activar los positivos.

✓ Que todo cuanto hagamos por liberar, por mejorar, por evangelizar, por perdonar los pecados, prepara la liberación definitiva. No se pierde ninguno de nuestros trabajos, aunque nos parezcan que han sido un espléndido fracaso. No se pierden ninguno de nuestros afanes, ninguna de nuestras oraciones, ninguna de nuestra preocupaciones pastorales. Lo mismo que en el sistema sanguíneo no se extravasa ni una sola gota de sangre, a no ser que haya una herida, tampoco se pierde nada de lo que hacemos por los demás con esta noble actitud de servicio. Ningún esfuerzo por mejorar la realidad personal, familiar, social, eclesial, resulta inútil porque todos ellos llevan en sí la energía de la Resurrección. Somos transmisores de esa energía. Tenemos que ver y transmitir los signos de la presencia de la energía de la Resurrección.

b) Está fundada en una triple confianza

Porque Cristo ha resucitado resulta posible y fundada una triple confianza:

- en nosotros mismos,
- en los demás
- especialmente en Dios Padre que Resucito a Jesús por su espíritu

- En *nosotros mismos*: Algunos pecamos de autosuficiencia; otros pecamos de desconfianza en nosotros mismos. Muchas veces autosuficiencia y desconfianza se alternan dentro de nosotros en forma de dos estadios sucesivos.

Cristo no ha resucitado en vano ni por mi, ni por mi comunidad eclesial, ni por mi diócesis, ni por mi sociedad Argentina, ni por el mundo. Él ha depositado en nosotros, por su Espíritu, un sedimento activo que hace posible lo humanamente imposible. Esto no significa que todo sea posible para mí. La confianza en mí mismo no puede ser absoluta, sino moderada. Nos conocemos demasiado bien. Los que confiamos demasiado en nosotros mismos solemos recibir el tortazo correspondiente por el cual muchas veces quedamos bastante traumatizados. No significa que todo sea posible a partir de mi temperamento, que todo sea posible en el desarrollo de mi vida espiritual, que todo sea posible en la eficacia de mi vida pastoral. Pero sí significa que son posibles muchas mejoras y metas que tal vez doy por imposibles.

Un pulmón se puede estrechar excesivamente porque uno respira poco y a medida que respira mejor se ensancha. Naturalmente que la elasticidad del pulmón no es indefinida pero realmente es mayor que la de ese pulmón inicial. También es posible salir de mi postración espiritual, reconducir tal vez un celibato averiado, recuperar el frescor de una oración renovada, aceptar a todos mis hermanos del presbiterio, limar mis asperezas de temperamento. Y es posible en mi situación, en mi parroquia, en mi presbiterio, en mis circunstancias de vida, en el seno de mi familia.

La desconfianza radical y pesimista en mí mismo no sólo es incoherente con la fe en la Resurrección. Es además peligrosa, porque me impulsa a una de estas dos actitudes alternativas: a caer no en la verdadera confianza en los demás, sino en una auténtica dependencia de los demás, o a desconfiar de ellos como desconfío de mí mismo.

La autoestima es sana, no es amor propio pecaminoso. La falta de autoestima me paraliza y congela mis posibilidades. "Odiarse a sí mismo es más fácil de lo que parece. Lo difícil es amarnos humildemente a nosotros mismos como miembros enfermos y dolientes del cuerpo de Cristo."

- *Confiar en los demás*: Porque Jesucristo ha resucitado hay en el corazón de todos una vocación a la libertad, a la fraternidad, a la dicha, al encuentro con Dios. Esa vocación puede y suele quedar frustrada en muchas ocasiones y sólo parcialmente realizada en la mayoría de las personas. Pero esa vocación existe y el cometido del cura y del obispo consiste precisamente en regar y cultivar esa vocación. El agua que riega esa vocación es la confianza que depositamos en las personas y en los grupos.

Ninguna suma de experiencias que haya podido acumular en mi vida, ningún memorial de agravios que haya podido recibir, ninguna teoría pesimista sobre el hombre deben congelar en nosotros esta confianza.

“*Gaudium et Spes*”, en el número 9, llama al ser humano “capaz de lo mejor y de lo peor”. Cuando uno analiza experiencias como la de los campos de concentración, o la dureza y la frialdad del Primer Mundo en relación con la pobreza del Tercero, brota la indignación y surge la tentación de no creer en el hombre. Sin embargo, “*Gaudium et Spes*” dice que el hombre no solo es capaz de lo peor sino también de lo mejor.

Ya Pio XII afirmaba: “muchos no son buenos porque nadie ha confiado suficientemente en ellos”. Un pensador vasco, en una preciosa conferencia pronunciada ante intelectuales católicos en París, decía: “desconfiar del hombre es una herejía casi tan peligrosa como desconfiar del mismo Dios.” Porque, en el fondo, quien desconfía radicalmente del hombre desconfía del autor del hombre que es Dios.

El escepticismo consiste, precisamente, en la congelación de la capacidad de esperar. Todos aquellos que tenemos una misión educadora hemos de evitar este escepticismo. Educar, realizar la acción pastoral, es otorgar de antemano una confianza que todavía no han merecido nuestros destinatarios. Si uno no siembra mucho, no recoge nada. Hay que sembrar más allá de las expectativas reales que uno tiene con respecto a la respuesta que va a recibir. Sembrar muchas semillas para que broten una o dos es invertir generosamente. El que no arriesga no educa.

- *Confiar en Dios*, Padre de Jesucristo: El fundamento de nuestra confianza en nosotros mismos y en los demás es lo que Dios Padre ha hecho en Jesús y, como consecuencia, en nosotros. Dios ha resucitado a Jesús. La gran victoria está ya obtenida. El Vaticano II, en la *Gaudium et Spes* nº 10 y 45, dirá que el Señor es el centro, la clave y la cumbre de la historia humana. Jesucristo Resucitado es la meta de la humanidad y el gozo del corazón humano. Es uno de los pasajes del Vaticano II que más me conmueven. El gran teólogo protestante, Oscar Cullman, con una imagen que hoy puede parecer un tanto militarista, pero resulta gráfica, nos dice: “la muerte y resurrección del Señor es como la batalla decisiva en la que se juega la suerte de una guerra. La guerra no ha terminado pero está decidida, está ganada”. Pablo lo dice más expresivamente: “Dios nos ha resucitado en Cristo”. Dios ha apostado irrevocablemente por nosotros al resucitar a Jesús.

Creer en la resurrección es una fe existencial: habla enérgicamente a nuestra existencia y la compromete de arriba a abajo.

4.- Por qué el Cristo Pascual es fuente de Alegría.

La “*agalliasis*” (alegría) no es solo uno de los caracteres de la experiencia pascual. Es una cualidad que envuelve y penetra todos los demás componentes de esta experiencia.

Notemos que esta alegría no consiste en un ánimo perpetuamente exultante y exaltado, sino en un sentirnos bien en nuestra propia piel, en una proclividad a ver los aspectos positivos de la realidad, en una capacidad de infundir ganas de vivir, en una inasequibilidad al desaliento. A veces se convierte en

exultación; otras, en un bienestar psicológico sereno; otras (cuando el sufrimiento nos visita) en consuelo; otras, en fin, en un temple para resistir la oscuridad personal, eclesial, social.

Si queremos saber por qué Jesucristo Resucitado, es fuente de alegría, analicemos las fuentes que nos roban dicha alegría y podremos comprobar que el mensaje de la Resurrección contribuye notablemente a neutralizar estas fuentes.

a) La falta de sentido para vivir.

Estamos ante una enfermedad muy sentida en el occidente europeo. La gente vive de "pequeños sentidos" (ahorrar por una vivienda, terminar una carrera, iniciar un hogar) Escasea muchas mas un sentido global que dé densidad, consistencia, dirección a toda una vida.

"Nunca ha sabido el hombre tanto acerca de sus orígenes; nunca ha sabido tan poco sobre sentido" (Heidegger). Estamos en una sociedad "rica en medios y pobre en fines" (Ruiz de la Peña). "El animal puede avanzar hacia el vacío; el hombre se resiste a caminar cuando le falta un horizonte, una dirección, un sentido" (Teilhard de Chardin). Cuando le falta un sentido global el viajero humano se pierde en la niebla y entonces todo le pesa para seguir marchando.

Jesucristo Resucitado es en sí mismo un mensaje que nos revela que esta vida tiene un sentido. Que tras ella no existe la nada y el vacío, sino la Vida plena que Él mismo ha recibido del Padre. Que tienen valor todos nuestros esfuerzos por hacer avanzar al Reino de Dios, mejorar la sociedad, crecer como personas, como creyentes, como pastores. Que por oscuro que esté el horizonte, nuestra vida no está dejada de la mano del Dios, sino guiada por Aquel que resucitó a Jesucristo.

b) La falta de esperanza.

"El hombre es un animal que espera" (Laín Entralgo). Sin esperanza su vida se paraliza. Cuando ella desfallece el futuro se convierte más en una amenaza que en una promesa.

La falta de esperanza reviste dos formas principales: la desesperación y la desesperanza.

La desesperación no reviste mas que excepcionalmente esa forma trágica que conduce a una absoluta indiferencia ante la vida. Es más común. Consiste en la congelación del ser humano que ciega todos los dinamismos del crecimiento y toda fuente de ilusión y de proyecto.

El escepticismo en sus formas extremas es una desesperación. Es una especie de muerte psicológica. Los abetos y los pinos tienen en su punto culminante una "guía" que es su punta de crecimiento. Cuando las heladas congelan este delicado punto, la vida de estos árboles se paraliza. Camus decía con razón: "No hay mayor castigo que vivir sin esperanza"

Existe una forma más suave: la desesperanza, que es una desesperación parcial. La describe gráficamente un autor francés: "Pocos hombres se suicidan. Muchos suicidan aspectos parciales de su vida" (la salud, el amor conyugal, la responsabilidad, la conciencia).

Jesucristo es fuente de esperanza porque por su Resurrección es posible en buena medida lo que al desesperado o al desesperanzado le parece imposible. Jesucristo Resucitado ha abierto un boquete en la pared roqueña del futuro. Es posible "ser más en el Señor". Es posible salir de encrucijadas duras como la vuestra y la nuestra. Es posible aquí y ahora dar pasos hacia delante. Es posible seguir esperando contra toda esperanza. El ser humano experimenta al mismo tiempo su limitación y su aspiración a superar los límites. Ante ellos cabe la renuncia a superar los límites de una realidad que siempre tiene, sin embargo un grado de elasticidad. Jesucristo Resucitado es una llamada, un impulso y una garantía de que es posible la superación de las dificultades presentes.

c) La falta de amor

“Amor y ser amado es el principal remedio contra las neurosis” decía el fundador del psicoanálisis. En efecto el hombre mas poderoso se siente desgraciado si no ama o no es correspondido. Hemos sido hechos para amar y no hay inversión más radical del ser humano que curvar esa capacidad de amar convirtiéndola en narcisismo o en apatía hacia los demás. Produce una sorda insatisfacción y un sentido de frustración difícilmente tolerables.

Jesucristo Resucitado es la forma palmaria de que el amor de Dios no nos abandona, aunque no se haga mágicamente presente para sacarnos de todos nuestros apuros. El Padre que estuvo junto a la Cruz de Jesucristo y lo rehabilitó, lo acogió, lo hizo Señor y Salvador está junto a nosotros y junto a los sufrientes. Su manera de estar presente en ellos es a través de nuestro amor, nuestra proximidad, nuestra misericordia, nuestro compromiso. En una sociedad y en una Iglesia con tanta gente herida, lastimada, temerosa de un futuro, necesitada de ser amada como persona, y de experimentar el amor de Dios y su abrazo reconciliador, nosotros y nuestras comunidades (el núcleo más vivo de las mismas) tenemos que ser mediaciones y testigos de este amor de Dios que nunca falla y en la Resurrección de su Hijo nos ha dado el testimonio insuperable de que su amor no tiene fin. Ser testigos de la resurrección equivale a ser testigos de este amor fiel, desinteresado, comprometido, constante, definitivo sanante y salvador de Dios.

TEMA 5: JESUCRISTO PRESENTE POR SU ESPIRITU EN NUESTRA VIDA Y MINISTERIO

INTRODUCCION: "El Dios desconocido"

El Nuevo Testamento reconoce un relieve muy grande al Espíritu Santo en la vida de la primera comunidad cristiana y en la vida del creyente. Basta recoger la infinidad de pasajes de Pablo, de Juan y sobre todo de Lucas y los Hechos. Este último libro narra la historia que el Espíritu escribe con la primera comunidad cristiana.

En contraste con este relieve, el Espíritu Santo, ha sido al menos hasta hace pocos años, bastante irrelevante en nuestra espiritualidad individual y en la conciencia eclesial. La misma teología occidental es una teología que no ha desarrollado suficientemente la teología del Espíritu Santo. Por eso en el Concilio Vaticano II el patriarca Máximos IV decía que la teología occidental era “adulta en cristología y adolescente en pneumatología.”

No debería ser así. No solamente por el relieve con que el Espíritu Santo es presentado por la Sagrada Escritura, sino también porque el Espíritu Santo y su misión, su envío, es una dimensión esencial de la Pascua de Jesucristo. La Pascua es el misterio central de toda la vida cristiana y el Espíritu Santo es una realidad personal que se nos otorga como fruto de la Pascua cristiana. Pentecostés es el último gran acontecimiento de la Pascua. El Señor en la Cruz entrega el Espíritu, su “Aliento”. El Señor resucitado es quien nos envía al Espíritu Santo. Basta recordar cómo San Juan sitúa a Pentecostés en el mismo domingo de Pascua por la noche, cuando, reunidos los apóstoles, reciben a través del soplo de Jesús sobre ellos el Espíritu Santo.

No debería ser irrelevante el Espíritu Santo si pertenece al acontecimiento de la Pascua, si es el regalo máximo del Señor Jesús para la historia. Menos aún debería ser irrelevante en nuestra vida y ministerio de presbítero. Nuestro ministerio es pascual de arriba a abajo y nos vincula especialmente al Espíritu de Jesús, al Espíritu Santo.

En efecto, en la ordenación hemos recibido personalmente al Espíritu Santo como recibimos al Señor personalmente en la Eucaristía. En la ordenación hemos recibido personalmente al Espíritu Santo como don permanente. No solamente hemos recibido el carisma del Espíritu, sino también la misma persona del Espíritu. En la ordenación el Espíritu Santo nos ha constituido “pastores vigilantes de la Iglesia de Dios”, como dirá el mismo Pablo en Mileto en el discurso de despedida a sus amigos de Éfeso.

Cuando presidimos la Eucaristía es el Espíritu Santo quien transforma las ofrendas en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Cuando celebramos el sacramento de la reconciliación es él quien vivifica las palabras de perdón y nos hace transmisores de la misericordia de Dios y de la vida nueva de Dios. Cuando bautizamos él regenera e incorpora a la comunidad a través de nuestras palabras. Cuando invitamos a nuestra comunidad a la concordia él da fuerza a nuestra invitación. Cuando predicamos él da vigor salvador a la palabra que pronunciamos. Cuando promovemos, discernimos, y armonizamos los carismas que regala a su Iglesia él es quien discierne con nosotros, a través de nosotros y a través de nuestro ministerio.

Estamos agarrados por todos los costados por el Espíritu Santo y por tanto no sería justo que, en estas conferencias por las cuales nos hemos asomado a la dimensión cristológica del ministerio, dejáramos de lado este último gran capítulo de la dimensión cristológica, que es el Espíritu Santo.

Por lo tanto, el primer momento de mi exposición mostrará el Espíritu Santo en Jesucristo. Expresará lo que hizo el Espíritu Santo en Jesucristo. Porque, de manera análoga y reducida, el Espíritu hace o está dispuesto a hacer en nuestra vida lo mismo que hizo en Jesucristo.

Un segundo momento de mi exposición se va a ocupar de desgranar y desentrañar la triple actividad que el Espíritu Santo realiza en la sociedad, en la Iglesia y en la vida espiritual de cada uno de nosotros y en nuestro ministerio. Tal actividad consiste en universalizar, actualizar, e interiorizar a Jesucristo.

En una última fase, vamos a ir diseñando las actitudes que un presbítero ha de subrayar especialmente, precisamente por su vinculación al Espíritu Santo.

1. El Espíritu Santo en Jesucristo.

a) Desde el inicio de su vida terrena.

Cualquier observador queda inmediatamente sorprendido ante la talla humana de Jesús: su libertad, su amor a la verdad, su capacidad de acogida, su compromiso con los pobres, su entereza y su honestidad hasta el fin. Y, como clave central, su relación de singular intimidad con Dios Padre y consecuentemente la pasión por su Reino.

Jesús es un ejemplar antropológico de unas dimensiones inmensas. Pero este Jesús no es un azar de la naturaleza. No es simplemente uno de esos seres humanos extraordinarios. Debemos reconocer que hay seres humanos extraordinarios en este mundo que, cada tanto aparecen por un generoso cruce de cromosomas y por unas circunstancias ambientales especialísimas. Todos conocemos estos modelos antropológicos de gran vigor. El cura Brochero es uno de ellos.

Pero la humanidad de Jesús, Hijo de Dios, tan Dios como el Padre y el Espíritu, es obra del Espíritu Santo (Lc. 1, 34-37). Por eso el Símbolo apostólico nos dice: "fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo". El Artífice de esta admirable humanidad de Jesús es el Espíritu Santo. Podemos decir que si el Moisés es la “obra maestra” de Miguel Ángel, la humanidad de Jesús es la “obra maestra” del Espíritu Santo.

Esta humanidad de Jesús fue tarea constante del Espíritu desde el primer momento. La Encarnación del Hijo de Dios se hizo por el Espíritu Santo. Él es quien encarnó a la segunda persona de

la Trinidad en el seno de María. Y a lo largo de su infancia y adolescencia Jesús crecía en edad, sabiduría y gracia por la acción del Espíritu Santo.

b) A partir del Bautismo

En el inicio de su vida pública esta acción del Espíritu Santo se intensifica especialmente. Los cuatro evangelistas describen y aluden al hecho del Bautismo de Jesús como momento clave y culminante (Mc. 1, 9-11). En ese momento el Espíritu Santo impregna a Jesús y le da una conciencia humana más viva de su misión mesiánica. El Espíritu Santo le enseña que su mesianismo se vierte en el surco del Siervo Sufriente, que carga con el peso de los pecados de todos.

Esta conciencia se intensifica y se actualiza, pues, en Jesús en el momento de su Bautismo. A partir del Bautismo el evangelista Lucas no perderá ocasión para decirnos que Jesús es especialísimamente conducido por el Espíritu Santo (Lc. 3, 21-22; 4, 1).

c) En la Pasión y Resurrección

El momento central y vital de la acción del Espíritu Santo sobre Jesús se sitúa en su muerte y resurrección. Ya la Carta a los Hebreos (9, 14) nos dice que Cristo se ofreció a Dios en la Cruz como víctima sin defecto por el Espíritu Santo. La ofrenda del Señor en la Cruz es inspirada por el Espíritu que llena a Jesús.

En el misterio Pascual, vemos como el Crucificado se convierte en el Resucitado. La humanidad de Jesús vive una profunda transformación y el Resucitado se constituye en fuente de libertad, de fraternidad, de esperanza, de alegría, de vida, de amor y de fe. Esta transformación, este paso del crucificado al resucitado, es la obra grande del Espíritu Santo. El Padre resucita a Jesús por su Espíritu y precisamente en esta Pascua el Señor transmite su Espíritu a los discípulos.

La acción del Espíritu sobre Jesús es el paradigma y la fuente de la acción del Espíritu sobre la sociedad, sobre la Iglesia, sobre cada uno de nosotros y sobre nuestro ministerio. Por eso he tenido interés en diseñarla porque estamos ante el cuadro general del cual todo lo demás derivará como aplicación.

2. La triple actividad del Espíritu Santo.

La triple actividad del Espíritu Santo ha sido condensada por la teología en estos tres verbos: universalizar, actualizar e interiorizar.

El Espíritu Santo universaliza el mensaje de Jesús y de la Iglesia. Actualiza, hace actualmente presente al Señor. Interioriza, nos hace vivir desde dentro, con una adhesión espontánea y con una identificación más plena, lo que Jesús ha dicho y lo que nos ha mandado como tarea.

a) Universaliza (Hech. 11, 19-23)

Al universalizar, el Espíritu Santo ensancha y hace estallar los confines estrechos entre los cuales los seres humanos queremos encerrar lo noble y todo lo bueno.

Así lo hizo el Espíritu en la Iglesia desde el principio. La Iglesia de Jesús estuvo en riesgo de naufragar en sus primeros compases en el mundo, y de quedar convertida en una simple secta del judaísmo. El llamado "Concilio de Jerusalén", la figura de Pedro y sobre todo Pablo, fueron los artífices visibles de este ensanchamiento de horizontes. Pero el Artífice invisible de tal ensanchamiento fue el Espíritu Santo. Él es verdaderamente quien condujo a la Iglesia del riesgo de ser una secta más a ser la Iglesia Universal para todos los continentes, para todas las generaciones y para todas las edades. Y así sigue siendo el Espíritu en la Iglesia de hoy.

Hay otros indicadores de esta acción universalizadora del Espíritu Santo. Él es quien empuja continuamente a la Iglesia a pasar de la división a la comunión. Él remueve las aguas de la Iglesia para crear una corriente de comunión. Él es también quien conduce a la Iglesia de una actitud bien arrogante, bien recelosa ante la sociedad, a la actitud servicial y de discernimiento ante ella. La Iglesia se ha caracterizado durante siglos por sentirse no solamente madre sino un tanto maternalista. Y a veces, incluso, con un sentimiento de superioridad. Es el Espíritu el que lleva a la Iglesia de esa actitud deficiente a una actitud servicial.

En otras palabras: el Espíritu Santo es quien crea en el corazón de la Iglesia un dinamismo excéntrico. Nos hace pasar del eclesiocentrismo y del mundocentrismo, al verdadero teocentrismo. Porque Dios es el máximo valor y Él quiere la salvación de todos, la Iglesia debe dejar de mirarse a su ombligo y ha de estar preocupada por ser mediación de la salvación para el mundo. La Iglesia lleva dentro de sí un Espíritu que no la deja despistarse ni sumirse en su propia autocomplacencia ni en su propia conmiseración. El lamento no es precisamente el género literario que la Iglesia debe conjugar. Tampoco la conciencia de no ser entendida, de no ser comprendida.

Todavía un nuevo indicador de esta acción universalizadora del Espíritu Santo en nuestro ministerio consiste en que nos induce a pasar del individualismo pastoral a la colaboración apostólica, de la mera coexistencia en una casa parroquial a una convivencia orante y fraterna en la cual ponemos en común nuestros proyectos, nuestros planes, nuestro mismo interior y nos dejamos también criticar y corregir por nuestros hermanos.

El Espíritu Santo nos universaliza cuando suscita en nosotros el interés y la preocupación por toda la Iglesia, principalmente por aquellas Iglesias que por ser más jóvenes, estar menos dotadas o ser más tentadas o más trabajadas por la secularización, son merecedoras de una especial preocupación. Él es el que suscita la preocupación por las misiones, el reconocimiento de los nuevos carismas y de los nuevos dones con los cuales el mismo Espíritu regala a la Iglesia.

El Espíritu Santo ensancha en fin nuestra propia vida espiritual. Nos lleva a vivir con un corazón ensanchado y no con un corazón estrecho y oprimido por las preocupaciones obsesivas, por la baja autoestima. Ensancha nuestro corazón despreocupándonos en parte de nosotros mismos, para que realmente podamos vivir el impulso de universalidad que nace de Él.

b) Actualiza (Jn. 14, 25-26; 16, 12-15)

El teólogo Walter Kasper, hoy cardenal de la Iglesia escribía: "la acción del Espíritu Santo consiste en actualizar de modo incesante a Jesucristo en su perpetua novedad."

El Patriarca de Antioquía, Ignacio Hazim es autor de una de las formulaciones más bellas de la pneumatología: "Sin el Espíritu Santo Cristo pertenece al pasado, la Escritura es letra muerta, la Iglesia simple organización, la pastoral pura propaganda, la liturgia mera evocación mágica y la moral evangélica una moral de esclavos."

Actualizar consiste en hacer que la acción salvadora de Cristo se haga contemporánea de cada tiempo, de cada época y de cada momento. Tal actualización lleva como contenido fundamental estos tres elementos: el Espíritu *rejuvenece* a la sociedad, a la iglesia, y a nosotros mismos; nos hace *creativos* y nos *infunde el coraje de Jesús*.

✓ En primer lugar nos *rejuvenece*. La Iglesia, como también la sociedad, por inercia propia tiende a envejecer, a amortiguar su vigor. Pero el Espíritu Santo no la deja descansar. La vuelve hacia el Evangelio y hacia los problemas de la sociedad. Esa es la continua inquietud que induce el Espíritu Santo en el corazón de los cristianos, en el corazón de la Iglesia. Por eso en el Símbolo apostólico se le llama "el que produce vida", el creador de vida, el dador de vida en la Iglesia.

Hoy notamos en muchas latitudes de la Iglesia como un “síndrome de atardecer”, un cansancio escéptico y cauteloso. Este fenómeno se observa en muchos creyentes y en muchos sacerdotes. Curas no solamente cansados, sino fatigados. Una cosa es el cansancio y otra cosa es la fatiga. El cansancio se debe al trabajo fuerte. Para eliminarlo solo hace falta reposar. El reposo des-cansa. La fatiga es algo más: es un cansancio unido a cierto escepticismo, una cierta “baja moral”, una cierta tristeza interior, un ánimo escaso, un coraje reducido para asumir el futuro. Eso es lo que pasa en muchos lugares de la Iglesia. Puede pasar también en muchos, en bastantes, en algunos de nosotros.

Tenemos que confrontar esta tendencia espontánea a envejecer, tan natural y tan justificada por muchos factores, con la virtualidad actualizadora del Espíritu Santo. No para autoculparnos ni simplemente para estimular nuestra reacción, sino para reconocer, en un acto de fe, que es el Espíritu Santo quien vivifica a la Iglesia. Para adorar ese Espíritu que renueva la faz de la tierra. Para realizar un acto de fe contra todas las apariencias. La misma fe que ponemos en la Eucaristía, contra todas las apariencias de nuestros sentidos, con la cual reconocemos que hay algo más profundo que lo que ven nuestros ojos y sienten nuestros sentidos. De la misma manera tenemos que realizar también un acto de fe en que el Espíritu está presente en su comunidad, en la humanidad, en mí.

A la luz de la fe tenemos que descubrir los pequeños signos de esta presencia activa del Espíritu en la Iglesia universal, en la Iglesia diocesana, en nuestras comunidades y en nosotros mismos. Lo detectaremos a no ser que un pesimismo enervante haya nublado nuestra mirada. Si miramos bien, con ojos limpios, con ojos no cargados de tristeza como los de los discípulos en el Huerto de los Olivos, encontraremos en la sociedad, en la Iglesia y en nosotros mismos signos de la presencia activa del Espíritu.

✓ En segundo lugar, el Espíritu nos actualiza haciéndonos *creativos*. La Iglesia se encuentra minorizada en el sentido sociológico de la palabra. Se encuentra debilitada en una sociedad sumamente poderosa que tiene instrumentos configuradores de la mentalidad y de la sensibilidad de las personas.

Esta Iglesia minorizada no puede ser nunca una Iglesia acomplejada. Debe tener una imaginación creativa mayor que en otras generaciones. Él, que es Espíritu creador, nos hace creadores. Pero para crear hay que creer. Unamuno decía “la fe no es creer lo que no vimos, sino crear lo que no vimos.” Nosotros invertimos justamente la expresión unamuniana.

La creatividad del Espíritu nos llevará, en primer lugar, a estar disponibles ante lo imprevisto, porque el Espíritu es Señor. Lo dice también el símbolo: “Señor y dador de vida”. No solamente es dador de vida, es también Señor. Y por eso no se deja atrapar por las previsiones excesivas. El riesgo de la teología de la Reforma fue querer encerrar al Espíritu en la Palabra. El riesgo de la Iglesia Católica ha sido querer encerrarlo en la jerarquía. Algunos quieren encerrarlo en una ley estricta que haga imposibles todos los riesgos. Otros quieren encerrarlo en una experiencia emocional. Otros han querido encerrarlo en la revolución. Pero el Espíritu Santo es Señor y no se deja encerrar en ninguno de estos esquemas, ni de interpretación ni de transformación del mundo.

✓ En tercer lugar, el Espíritu Santo nos actualiza infundiéndonos el *coraje de Jesús*. Esta fue la más visible transformación que operó en los apóstoles. Nos dicen los textos de los Hechos que salían gozosos de los tribunales que los condenaban o los reprendían. Dicho estado vital es hoy mismo patente en tantos creyentes testigos de la fe, entre vosotros, en el mundo de las misiones y también en la intemperie de la sociedad europea. No se trata de personas extraordinarias. Son como todos; tienen sus pequeñeces, como también las tuvo el cura Brochero. Son a veces incluso criaturas frágiles. Pero no son ellas. Es el Espíritu Santo quien las mueve y las capacita para hacer posible lo imposible.

Bernanos ha dejado retratada esta verdad de nuestra fe en “Diálogo de carmelitas”. Una carmelita llena de miedo patológico, que en el tiempo de la revolución francesa, cuando teme que su convento

pueda ser invadido por la revolución, lo abandona. Sus hermanas de hábito son capturadas y conducidas en una carreta a la guillotina. En esa carreta van cantando el “Veni Creator, Spiritus”. La muchedumbre se agolpa a su paso y entre ellos la joven fugitiva, al ver y oír a sus hermanas, siente que todo su miedo patológico se convierte en valor. Se abre paso y se sube al carro de las hermanas para compartir con ellas la gloria del martirio. Es una manera plástica de mostrar lo que el Espíritu es capaz y hace todos los días en la Iglesia, si tenemos ojos para verlo.

No se trata solo de testigos individuales. La floración actual de grupos y movimientos es signo y fruto de este Espíritu. Como lo afirmaba Juan Pablo II el día de Pentecostés de hace algunos años, estos movimientos en su conjunto son un fenómeno suscitado por Él. Requieren un discernimiento. Tienen bastantes e importantes deficiencias. Pero todos ellos tienen una inspiración evangélica y una serie de cualidades y carismas que no pueden sino ser contemplados como un regalo del Espíritu a la Iglesia.

El Espíritu nos tiene que dar coraje a nosotros, sacerdotes y obispos, para dar testimonio de Jesús aguantando lo que sea y afrontando lo difícil. Dar testimonio de Jesús ante la apática desgana espiritual de muchos cristianos. El Espíritu nos dará también el coraje para no perdernos en lo pequeño, para que no convirtamos “nuestros problemillas en problemazos”. ¡Cuántas veces solemos quedar bloqueados por no saber relativizar nuestros problemas!

El Espíritu Santo nos dará también coraje para educar nuestro corazón y nuestra sexualidad. Decía un teólogo hace poco en un artículo hablando del celibato, que la sexualidad nos desborda. Por eso es tan importante la acción del Espíritu y la sana cautela.

El Espíritu Santo nos dará coraje para no pactar ni con nuestra pereza ni con nuestro pesimismo ni con nuestra frivolidad. Para confiar a Dios nuestro propio futuro. La experiencia me dice que es más difícil confiar a Dios nuestro futuro que el pasado y el presente. Dejar el pasado en las manos misericordiosas de Dios no es relativamente tan difícil. Aceptar el presente, ya es un poco más difícil. Pero asumir el futuro individual y comunitario, con sus incertidumbres y sus riesgos, cuesta más. Y cuesta más cuanto uno más avanza en la vida y más se acerca hacia el encuentro final.

El Espíritu Santo nos da la capacidad y el coraje para emprender caminos nuevos, recomenzar lo que merece ser continuado a pesar de que hayamos fracasado en el empeño una, dos, tres, tantas veces .

c) Interioriza (Gal. 5, 16-26)

El Espíritu Santo hace que la persona de Jesús, el mensaje de nuestra fe y los valores cristianos resuenen por dentro y se hagan familiares a los cristianos. Por algo Él es el Dios interior, que nos ayuda a interiorizar. Lo entendía muy bien San Agustín cuando decía: "mientras las palabras producen estrépito por fuera, el Maestro interior (el Espíritu Santo) “intus docet”, enseña por dentro”.

El Espíritu Santo es como el Guía de un gran museo. Un guía bueno, no como el que sabe de memoria los párrafos que ha de pronunciar. Es el guía que conoce bien el museo, hace descubrir y gustar a la gente las riquezas escondidas en los lienzos y en las estatuas. Realmente Él es el iniciador que nos hace gustar los misterio de nuestra fe. Él nos hace sentir la oración como algo familiar, el desprendimiento de los bienes como algo connatural, la entrega a los pobres como algo vital y el celibato como algo precioso.

Muchos creyentes tienen esta sensibilidad muy poco cultivada. Aceptan, creen todo, pero superficialmente. No han interiorizado, no han convertido el grano en harina, el alimento en carne y sangre propia.

Pasa lo mismo también entre nosotros. Uno observa con qué facilidad y con qué poco dramatismo, al año o a los dos años de ministerio, un muchacho deja todo y “se va” porque “la realización suya se lo pide”, o la llamada irreprímible del amor es ya incontenible. Si eso se hiciera luego de un tiempo vivido en espíritu de contradicción interior, con lucha, con combate y con discernimiento, sería más respetable. Pero cuando se hace apáticamente, “desdramáticamente”, significa

que no se ha interiorizado la vocación, ni siquiera la fe. No digo que no haya casos en los que no haya razones para pedir la secularización. Pero muchas veces en la raíz de la secularización existe una falta de interiorización. No se ha “molido” y pasado a la sangre propia el ministerio que hemos recibido como gracia y como tarea.

Nos corresponde a los pastores promover los dinamismos que favorezcan la interiorización. No hay demasiados en la Iglesia. Son los espacios de oración, las jornadas de reflexión como ésta, el ejercicio del diálogo, el encuentro fraterno. Nuestros programas pastorales se resienten muchas veces de esta falta de interioridad. No tienen alma. No siempre parten de una vivencia profunda de Cristo, de la fe, de la comunidad, del amor evangélico a los pobres. Les falta espiritualidad y sin el Espíritu Santo los planes son tinglado organizativo o voluntarismo puro, o necesidad de sentirse útil, o de amueblar el propio vacío, o de hacer lo que hacen los demás porque, si no lo hago, quedo en evidencia. El Espíritu conduce siempre a la interiorización, a la sabiduría espiritual de la que nace el discernimiento.

✓ Esta interiorización nos comunica, en primer lugar, el *sabor de Dios*. El espíritu promueve en nosotros una apropiación subjetiva vivencial de Dios. Sin el Espíritu Santo, Dios se nos convierte en un emblema vacío. El Espíritu Santo es el que hace que Dios sea Dios para nosotros, no un ídolo más. Él nos ayuda a vencer la tentación de la idolatría que rebaja a Dios a la categoría de auxiliar. No convirtamos a Dios en auxiliar. Cuando esto sucede, cuando Dios no es Dios para nosotros, la fe y la misma religión se degradan. Sólo el Espíritu conoce la profundidad de Dios.

✓ En segundo lugar, esta interiorización, nos familiariza con los *valores del Reino*. Curiosamente los apóstoles comprendieron de Jesús, aún vivo, ciertos valores sólo parcialmente. Más tarde los entenderán mejor de la mano del Espíritu Santo, a través del cual, Jesús se hacía presente en ellos. Así entendieron por ejemplo los apóstoles que el Reino era de los pobres, que el Reino era para todos (no sólo para un grupo pequeño), que el Reino era un don. Su cambio de mentalidad y de sensibilidad fue, en gran parte, obra del Espíritu Santo. Por el Espíritu Santo vamos también nosotros comprendiendo la pobreza, el perdón, la misericordia, el amor privilegiado a los marginados, la importancia decisiva de la contemplación.

Sorprende que tras lustros y a veces decenas de años de vida ministerial subsistan, en nosotros criterios y sensibilidades tan ajenos al Evangelio. Por ejemplo: el apego al dinero, la afición a lo brillante, la dificultad de perdonar, la cruz como pura desgracia, la instalación en el puesto, la tristeza como fondo de nuestra vida. El Maestro interior está ahí, pero no lo dejamos trabajar.

3. Nuestras actitudes fundamentales ante le Espíritu Santo.

La especial relación que mantenemos con el Espíritu Santo nos llama a una específica afinidad hacia Él.

a) En primer lugar, esta afinidad ha de tener en los pastores una característica singular: la viva conciencia de que él es el *protagonista* de todo nuestro pastoreo. La acción salvadora de la muerte y resurrección de Cristo se realiza por el Espíritu Santo. Él ha sido enviado para esto. Hay una misión del Hijo para salvarnos y hay una misión del Espíritu para actualizar y realizar la salvación.

A menudo somos débilmente conscientes de esta saludable verdad de que el Espíritu Santo es el protagonista de todo nuestro pastoreo. Uno de los defectos de muchos pastores es la hiper-responsabilidad, que delata una débil conciencia de ser órgano del Espíritu Santo. La ordenación nos hace órgano del Espíritu Santo. Nada más que órgano. Porque la hiper-responsabilidad, la excesiva

responsabilidad produce ansiedad y la ansiedad se traduce en impaciencia, en intransigencia y en intolerancia. De esta manera acaba poniendo nerviosos a nuestros colaboradores, nos dificulta la oración pacífica y sosegada y nos somete a un gasto excesivo de energía psíquica. Muchas veces encubre cierta inseguridad, que quiere, de alguna manera, compensarse con la hiper responsabilidad.

b) En segundo lugar, esta afinidad lleva a reconocer su *presencia en los otros*, en las personas, en los grupos, comunidades y movimientos. La relación de los pastores con el Espíritu Santo tiene otra vertiente específica: que el Espíritu Santo está en nosotros, pero también en otros pastores y fieles. Incluso actúa fuera de los confines visibles de la Iglesia como nos dice en varios lugares el Concilio Vaticano II.

El Espíritu Santo es fuego, pero este fuego no sólo arde en mí. Está distribuido en forma de lenguas en otros muchos. El pastor es aquél que ha de descubrir y acoger lo que el Espíritu Santo revela a sus hermanos pastores, religiosos y laicos. No hay otro camino para este menester que la escucha, la consulta y el diálogo. El diálogo no es simplemente una necesidad para la humanización, ni un arma práctica, sino una manera de creer en un Espíritu Santo que está, no sólo en mí, sino en otros muchos, de mi entorno, con los cuales tenemos que aproximarnos hacia la verdad plena.

c) La tercera dimensión es la de *aprender a discernir*. El Espíritu Santo no sólo es Espíritu de creatividad y de coraje, es también Espíritu de discernimiento. Discernir es una tarea común y sempiterna de todos los cristianos. Pero en el pueblo de Dios algunos hemos recibido en la misma ordenación el carisma de discernir lo que se refiere a la fe, a la moral evangélica, a la unidad eclesial, a las acciones apostólicas y misioneras. Ser pastor equivale en buena parte a discernir.

Hemos de recordar que el Espíritu Santo siembra su carisma en los creyentes, para que enriquezcan a la Iglesia y sirvan al mundo. Los carismas son dones que los creyentes recibimos primariamente para utilidad de los demás.

En ese capítulo nosotros, los presbíteros y obispos, tenemos tres tareas con respecto a los carismas. En primer lugar suscitarlos. Es el Espíritu quien los suscita pero utiliza frecuentemente la mediación del ministerio ordenado. No hablo de carismas extraordinarios, sino del carisma de atender a los enfermos, de ser capaz de ofrecer una catequesis, de organizar una serie de actos de pastoral. Los carismas de muchas personas están dormidos. A los curas y obispos nos toca ser “ministros de la inquietud”, que van buscando carismas dormidos o potenciales: un catequista, un animador musical de la liturgia, una persona dotada para los enfermos, un educador. Nuestra misión no consiste en acaparar los carismas de la comunidad, sino en descubrirlos en los demás. He aquí una de las características del pastor animado por el Espíritu. Hay pastores muy trabajadores que no saben descubrir los carismas a su alrededor que están escondidos en las cualidades de la gente.

La segunda tarea con respecto a los carismas es precisamente discernir. Los carismas como procedentes del Espíritu son puros y limpios. Pero cuando un carisma se encarna en una persona, en un grupo de personas, en un movimiento, en una institución, se mezcla de carne y de sangre. El discernimiento es la cualidad de distinguir y, en la medida de lo posible, de separar el trigo de la cebada, o del centeno, o de la avena y, sobre todo, de la cizaña. El discernimiento es una ayuda que el ministerio ordenado ofrece para que el carisma se purifique de sus adherencias carnales sin desnaturalizarse y se enriquezca con aquello de lo que carece. Los criterios para este discernimiento no son ni mis gustos, ni mis querencias particulares, ni mis opciones espirituales. Son básicamente dos: si los presuntos carismas son conformes a la fe y si generan unidad eclesial.

La tercera tarea del ministerio ordenado respecto de los carismas es armonizarlos. Los carismas encarnados en personas y grupos sienten, a veces intensamente, la tentación del aislamiento y de la confrontación con otros carismas e incluso con la institución eclesial. El presbítero recibe en el “lote

vocacional” el carisma de aunar, conciliar, armonizar. Por ello el carisma presbiteral se caracteriza por su alto índice de compatibilidad con diferentes carismas. Podríamos decir que el carisma presbiteral es el del “director de coro”, que, respetando la personalidad de las voces, logra que todas ellas “empasten” sin perder su cromatismo.

Es ocioso recordar que un presbítero no puede ejercer esta triple labor en solitario, sino unido al presbiterio, en consulta con el obispo. El discernimiento es un acto comunitario.

d) Limpieza de corazón, docilidad, fidelidad, humildad:

Un corazón limpio “ve a Dios”. En otras palabras, descubre con mayor facilidad las huellas y signos del Espíritu Santo. Las personas dóciles a Dios tienen menor riesgo de confundir la voz del Espíritu con el estrépito de sus propias ideologías, intereses y proyectos. Las personas fieles preparan con su respuesta a Dios ulteriores llamadas e invitaciones del Espíritu. Las personas humildes buscan al Espíritu en el consejo que recaban de los demás y no se dejan cegar por el orgullo que impide abrirse a lo que Dios quiere decirnos a través de los demás.

Siguen siendo válidos y útiles, pues, las reflexiones y recomendaciones de los autores clásicos de teología espiritual.

María acogió con limpieza de corazón, docilidad, fidelidad y humildad al Espíritu que hizo en ella las maravillas que hoy admiramos y agradecemos.

DOCUMENTO

Gaudete Mater Ecclesia

Discurso de S.S. Juan XXIII durante la inauguración del Concilio Vaticano II

11 de octubre de 1962

EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CONCILIO

Gózase hoy la Santa Madre Iglesia porque, gracias a un regalo singular de la Providencia Divina, ha alboreado ya el día tan deseado en que el Concilio Ecuménico Vaticano II se inaugura solemnemente aquí, junto al sepulcro de San Pedro, bajo la protección de la Virgen Santísima cuya Maternidad Divina se celebra litúrgicamente en este mismo día.

Los Concilios Ecuménicos en la Iglesia

2. La sucesión de los diversos Concilios hasta ahora celebrados -tanto los veinte Concilios Ecuménicos como los innumerables Concilios provinciales y regionales, también importantes- proclaman claramente la vitalidad de la Iglesia católica y se destacan como hitos luminosos a lo largo de su historia.

El gesto del más reciente y humilde sucesor de San Pedro, que os habla, al convocar esta solemnísima asamblea, se ha propuesto afirmar, una vez más, la continuidad del Magisterio Eclesiástico, para presentarlo en forma excepcional a todos los hombres de nuestro tiempo, teniendo en cuenta las desviaciones, las exigencias y las circunstancias de la edad contemporánea.

Muy natural es que, al iniciarse el universal Concilio, Nos sea grato mirar a lo pasado, como para recoger sus voces, cuyo eco alentador queremos escuchar de nuevo, unido al recuerdo y méritos de Nuestros Predecesores más antiguos o más recientes, los Romanos Pontífices: voces solemnes y venerables, a través del Oriente y del Occidente, desde el siglo IV al Medioevo y de aquí hasta la época moderna, las cuales han transmitido el testimonio de aquellos Concilios; voces que proclaman con perenne fervor el triunfo de la institución, divina y humana: la Iglesia de Cristo, que de El toma nombre, gracia y poder.

Junto a los motivos de gozo espiritual, es cierto, sin embargo, que por encima de esta historia se extiende también, durante más de diecinueve siglos, una nube de tristeza y de pruebas. No sin razón el anciano Simeón dijo a María, la Madre de Jesús, aquella profecía que ha sido y sigue siendo verdadera: "Este [niño] será puesto para ruina y para resurrección de muchos en Israel y como señal de contradicción" (1). Y el mismo Jesús, ya adulto, fijó muy claramente las distintas actitudes del mundo frente a su persona, a lo largo de los siglos, en aquellas misteriosas palabras: "Quien a vosotros escucha a mí me escucha" (2); y con aquellas otras, citadas por el mismo Evangelista: "Quien no está conmigo, está contra mí; quien no recoge conmigo, desparrama" (3).

El gran problema planteado al mundo, desde hace casi dos mil años, subsiste inmutable. Cristo, radiante siempre en el centro de la historia y de la vida; los hombres, o están con El y con su Iglesia, y en tal caso gozan de la luz, de la bondad, del orden y de la paz, o bien están sin El o contra El, y deliberadamente contra su Iglesia: se tornan motivos de confusión, causando asperezas en las relaciones humanas, y persistentes peligros de guerras fratricidas.

Los concilios Ecuménicos, siempre que se reúnen, son celebración solemne de la unión de Cristo y de su Iglesia y por ende conducen a una universal irradiación de la verdad, a la recta dirección de la vida individual, familiar y social, al robustecimiento de las energías espirituales, en incesante elevación sobre los bienes verdaderos y eternos.

Ante nosotros están, en el sucederse de las diversas épocas de los primeros veinte siglos de la historia cristiana, los testimonios de este Magisterio extraordinario de la Iglesia, recogidos en numerosos e imponentes volúmenes, patrimonio sagrado en los archivos eclesiásticos aquí en Roma, pero también en las más célebres bibliotecas del mundo entero.

Origen y causa del Concilio Ecuménico Vaticano II

3. Cuanto a la iniciativa del gran acontecimiento que hoy nos congrega aquí, baste, a simple título de orientación histórica, reafirmar una vez más nuestro humilde pero personal testimonio de aquel primer momento en que, de improviso, brotó en nuestro corazón y en nuestros labios la simple palabra "Concilio Ecuménico". Palabra pronunciada ante el Sacro Colegio de los Cardenales en aquel faustísimo día 25 de enero de 1959, fiesta de la conversión de San Pablo, en su basílica de Roma. Fue un toque inesperado, un rayo de luz de lo alto, una gran dulzura en los ojos y en el corazón; pero, al mismo tiempo, un fervor, un gran fervor que se despertó repentinamente por todo el mundo, en espera de la celebración del Concilio.

Tres años de laboriosa preparación, consagrados al examen más amplio y profundo de las modernas condiciones de fe y de práctica religiosa, de vitalidad cristiana y católica especialmente, Nos han aparecido como una primera señal y un primer don de gracias celestiales.

Iluminada la Iglesia por la luz de este Concilio -tal es Nuestra firme esperanza- crecerá en espirituales riquezas y, al sacar de ellas fuerza para nuevas energías, mirará intrépida a lo futuro. En efecto; con oportunas "actualizaciones" y con un prudente ordenamiento de mutua colaboración, la Iglesia hará que los hombres, las familias, los pueblos vuelvan realmente su espíritu hacia las cosas celestiales.

Así es como el Concilio se convierte en motivo de singular obligación de gran gratitud al Supremo Dador de todo bien, celebrando con jubiloso cántico la gloria de Cristo Señor, Rey glorioso e inmortal de los siglos y de los pueblos.

Oportunidad de la celebración del Concilio

4. Hay, además, otro argumento, Venerables Hermanos, que conviene confiar a vuestra consideración. Para aumentar, pues, más aún Nuestro santo gozo, queremos proponer -ante esta gran asamblea- el consolador examen de las felices circunstancias en que comienza el Concilio Ecuménico.

En el cotidiano ejercicio de Nuestro pastoral ministerio, de cuando en cuando llegan a Nuestros oídos, hiriéndolos, ciertas insinuaciones de algunas personas que, aun en su celo ardiente, carecen del sentido de la discreción y de la medida. Ellas no ven en los tiempos modernos sino prevaricación y ruina; van diciendo que nuestra época, comparada con las pasadas, ha ido empeorando; y se comportan como si nada hubieran aprendido de la historia, que sigue siendo maestra de la vida, y como si en tiempo de los precedentes Concilios Ecuménicos todo hubiese procedido con un triunfo absoluto de la doctrina y de la vida cristiana, y de la justa libertad de la Iglesia.

Nos parece justo disentir de tales profetas de calamidades, avezados a anunciar siempre infaustos acontecimientos, como si el fin de los tiempos estuviese inminente.

En el presente momento histórico, la Providencia nos está llevando a un nuevo orden de relaciones humanas que, por obra misma de los hombres pero más aún por encima de sus mismas intenciones, se encaminan al cumplimiento de planes superiores e inesperados; pues todo, aun las humanas adversidades, aquélla lo dispone para mayor bien de la Iglesia.

Fácil es descubrir esta realidad, cuando se considera atentamente el mundo moderno, tan ocupado en la política y en las disputas de orden económico que ya no encuentra tiempo para atender a las cuestiones del orden espiritual, de las que se ocupa el magisterio de la Santa Iglesia. Modo semejante de obrar no va bien, y con razón ha de ser desaprobado; mas no se puede negar que estas nuevas condiciones de la vida moderna tienen siquiera la ventaja de haber hecho desaparecer todos aquellos innumerables obstáculos, con que en otros tiempos los hijos del mundo impedían la libre acción de la Iglesia. En efecto; basta recorrer, aun fugazmente, la historia eclesiástica, para comprobar claramente cómo aun los mismos Concilios Ecuménicos, cuyas gestas están consignadas con áureos caracteres en los fastos de la Iglesia Católica, frecuentemente se celebraron entre gravísimas dificultades y amargas, por la indebida ingerencia de los poderes civiles. Verdad es que a veces los Príncipes seculares se proponían proteger sinceramente a la Iglesia; pero, con mayor frecuencia, ello sucedía no sin daño y peligro espiritual, porque se dejaban llevar por cálculos de su actuación política, interesada y peligrosa.

A este propósito, os confesamos el muy vivo dolor que experimentamos por la ausencia, aquí y en este momento, de tantos Pastores de almas para Nos queridísimos, porque sufren prisión por su fidelidad a Cristo o se hallan impedidos por otros obstáculos, y cuyo recuerdo Nos mueve a elevar por ellos ardientes plegarias a Dios.

Pero no sin una gran esperanza y un gran consuelo vemos hoy cómo la Iglesia, libre finalmente de tantas trabas de orden profano, tan frecuentes en otros tiempos, puede, desde esta Basílica Vaticana, como desde un segundo Cenáculo Apostólico, hacer sentir a través de vosotros su voz, llena de majestad y de grandeza.

Objetivo principal del Concilio: defensa y revalorización de la verdad

5. El supremo interés del Concilio Ecuménico es que el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado en forma cada vez más eficaz. Doctrina, que comprende al hombre entero, compuesto de alma y cuerpo; y que, a nosotros, peregrinos sobre esta tierra, nos manda dirigimos hacia la patria celestial. Esto demuestra cómo ha de ordenarse nuestra vida mortal de suerte que cumplamos nuestros deberes de ciudadanos de la tierra y del cielo, y así consigamos el fin establecido por Dios.

Significa esto que todos los hombres, considerados tanto individual como socialmente, tienen el deber de tender sin tregua, durante toda su vida, a la consecución de los bienes celestiales; y el de usar, llevados por ese fin, todos los bienes terrenales, sin que su empleo sirva de perjuicio a la felicidad eterna.

Ha dicho el Señor: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia" (4). Palabra ésta "primero" que expresa en qué dirección han de moverse nuestros pensamientos y nuestras fuerzas; mas sin olvidar las otras palabras del precepto del Señor: "... y todo lo demás se os dará por añadidura" (5). En realidad,

siempre ha habido en la Iglesia, y hay todavía, quienes, caminando con todas sus energías hacia la perfección evangélica, no se olvidan de rendir una gran utilidad a la sociedad. Así es como por sus nobles ejemplos de vida constantemente practicados, y por sus iniciativas de caridad, recibe vigor e incremento cuanto hay de más alto y noble en la humana sociedad.

Mas para que tal doctrina alcance a las múltiples estructuras de la actividad humana, que atañen a los individuos, a las familias y a la vida social, ante todo es necesario que la Iglesia no se aparte del sacro patrimonio de la verdad, recibido de los padres; pero, al mismo tiempo, debe mirar a lo presente, a las nuevas condiciones y formas de vida introducidas en el mundo actual, que han abierto nuevos caminos para el apostolado católico.

Por esta razón la Iglesia no ha asistido indiferente al admirable progreso de los descubrimientos del ingenio humano, y nunca ha dejado de significar su justa estimación: mas, aun siguiendo estos desarrollos, no deja de amonestar a los hombres para que, por encima de las cosas sensibles, vuelvan sus ojos a Dios, fuente de toda sabiduría y de toda belleza; y les recuerda que, así como se les dijo "poblad la tierra y dominadla" (6), nunca olviden que a ellos mismos les fue dado el gravísimo precepto: "Adorarás al Señor tu Dios y a El sólo servirás" (7), no sea que suceda que la fascinadora atracción de las cosas visibles impida el verdadero progreso.

Modalidad actual en la difusión de la doctrina sagrada

6. Después de esto, ya está claro lo que se espera del Concilio, en todo cuanto a la doctrina se refiere. Es decir, el Concilio Ecuménico XXI -que se beneficiará de la eficaz e importante suma de experiencias jurídicas, litúrgicas, apostólicas y administrativas- quiere transmitir pura e íntegra, sin atenuaciones ni deformaciones, la doctrina que durante veinte siglos, a pesar de dificultades y de luchas, se ha convertido en patrimonio común de los hombres; patrimonio que, si no ha sido recibido de buen grado por todos, constituye una riqueza abierta a todos los hombres de buena voluntad.

Deber nuestro no es sólo estudiar ese precioso tesoro, como si únicamente nos preocupara su antigüedad, sino dedicarnos también, con diligencia y sin temor, a la labor que exige nuestro tiempo, prosiguiendo el camino que desde hace veinte siglos recorre la Iglesia.

La tarea principal ["punctum saliens"] de este Concilio no es, por lo tanto, la discusión de este o aquel tema de la doctrina fundamental de la Iglesia, repitiendo difusamente la enseñanza de los Padres y Teólogos antiguos y modernos, que os es muy bien conocida y con la que estáis tan familiarizados.

Para eso no era necesario un Concilio. Sin embargo, de la adhesión renovada, serena y tranquila, a todas las enseñanzas de la Iglesia, en su integridad y precisión, tal como resplandecen principalmente en las actas conciliares de Trento y del Vaticano I, el espíritu cristiano y católico del mundo entero espera que se de un paso adelante hacia una penetración doctrinal y una formación de las conciencias que esté en correspondencia más perfecta con la fidelidad a la auténtica doctrina, estudiando ésta y exponiéndola a través de las formas de investigación y de las fórmulas literarias del pensamiento moderno. Una cosa es la substancia de la antigua doctrina, del "depositum fidei", y otra la manera de formular su expresión; y de ello ha de tenerse gran cuenta -con paciencia, si necesario fuese- ateniéndose a las normas y exigencias de un magisterio de carácter predominantemente pastoral.

Al iniciarse el Concilio Ecuménico Vaticano II, es evidente como nunca que la verdad del Señor permanece para siempre. Vemos, en efecto, al pasar de un tiempo a otro, cómo las opiniones de los hombres se suceden excluyéndose mutuamente y cómo los errores, luego de nacer, se desvanecen como la niebla ante el sol.

Cómo reprimir los errores

7. Siempre la Iglesia se opuso a estos errores. Frecuentemente los condenó con la mayor severidad. En nuestro tiempo, sin embargo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia más que la de la severidad. Ella quiere venir al encuentro de las necesidades actuales, mostrando la validez de su doctrina más bien que renovando condenas. No es que falten doctrinas falaces, opiniones y conceptos peligrosos, que precisa prevenir y disipar; pero se hallan tan en evidente contradicción con la recta norma de la honestidad, y han dado frutos tan perniciosos, que ya los hombres, aun por sí solos, están propensos a condenarlos, singularmente aquellas costumbres de vida que desprecian a Dios y a su ley, la excesiva confianza en los progresos de la técnica, el bienestar fundado exclusivamente sobre las comodidades de la vida. Cada día se convencen más de que la dignidad de la persona humana, así como su perfección y las consiguientes obligaciones, es asunto de suma importancia. Lo que mayor importancia tiene es la experiencia, que les ha enseñado cómo la violencia causada a otros, el poder de las armas y el predominio político de nada sirven para una feliz solución de los graves problemas que les afligen.

En tal estado de cosas, la Iglesia Católica, al elevar por medio de este Concilio Ecuménico la antorcha de la verdad religiosa, quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella. Así como Pedro un día, al pobre que le pedía limosna, dice ahora ella al género humano oprimido por tantas dificultades: "No tengo oro ni plata, pero te doy lo que tengo. En nombre de Jesús de Nazaret, levántate y anda" (8). La Iglesia, pues, no ofrece riquezas caducas a los hombres de hoy, ni les promete una felicidad sólo terrenal; los hace participantes de la gracia divina que, elevando a los hombres a la dignidad de hijos de Dios, se convierte en poderosísima tutela y ayuda para una vida más humana; abre la fuente de su doctrina vivificadora que permite a los hombres, iluminados por la luz de Cristo, comprender bien lo que son realmente, su excelsa dignidad, su fin. Además de que ella, valiéndose de sus hijos, extiende por doquier la amplitud de la caridad cristiana, que más que ninguna otra cosa contribuye a arrancar los gérmenes de la discordia y, con mayor eficacia que otro medio alguno, fomenta la concordia, la justa paz y la unión fraternal de todos.

Debe promoverse la unidad de la familia cristiana y humana

8. La solicitud de la Iglesia en promover y defender la verdad se deriva del hecho de que -según el designio de Dios "que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (9)- no pueden los hombres, sin la ayuda de toda la doctrina revelada, conseguir una completa y firme unidad de ánimos, a la que van unidas la verdadera paz y la eterna salvación.

Desgraciadamente, la familia humana todavía no ha conseguido, en su plenitud, esta visible unidad en la verdad.

La Iglesia católica estima, por lo tanto, como un deber suyo el trabajar con toda actividad para que se realice el gran misterio de aquella unidad que con ardiente plegaria invocó Jesús al Padre celestial, estando inminente su sacrificio. Goza ella de suave paz, pues tiene conciencia de su unión íntima con dicha plegaria; y se alegra luego grandemente cuando ve que tal invocación aumenta su eficacia con saludables frutos, hasta entre quienes se hallan fuera de su seno. Y aún más; si se considera esta misma

unidad, impetrada por Cristo para su Iglesia, parece como refulgir con un triple rayo de luz benéfica y celestial: la unidad de los católicos entre sí, que ha de conservarse ejemplarmente firmísima; la unidad de oraciones y ardientes deseos, con que los cristianos separados de esta Sede Apostólica aspiran a estar unidos con nosotros; y, finalmente, la unidad en la estima y respeto hacia la Iglesia católica por parte de quienes siguen religiones todavía no cristianas. En este punto, es motivo de dolor el considerar que la mayor parte del género humano -a pesar de que los hombres todos han sido redimidos por la Sangre de Cristo- no participan aún de esa fuente de gracias divinas que se hallan en la Iglesia Católica. A este propósito, cuadran bien a la Iglesia, cuya luz todo lo ilumina, cuya fuerza de unidad sobrenatural redundan en beneficio de la humanidad entera, aquellas palabras de San Cipriano: "La Iglesia, envuelta en luz divina, extiende sus rayos sobre el mundo entero; pero [ella] es la única luz que se difunde doquier sin que haya separación en la unidad del cuerpo. Extiende sus ramas por toda la tierra, para fecundarla, a la vez que multiplica, con mayor largueza, sus arroyos; pero siempre es única la cabeza, único el origen, ella es madre única copiosamente fecunda: de ella hemos nacido todos, nos hemos nutrido de su leche, vivimos de su espíritu" (10).

Venerables Hermanos:

Esto se propone el Concilio Ecuménico Vaticano II, el cual, mientras reúne juntamente las mejores energías de la Iglesia y se esfuerza por que los hombres acojan cada vez más favorablemente el anuncio de la salvación, prepara en cierto modo y consolida el camino hacia aquella unidad del género humano, que constituye el fundamento necesario para que la Ciudad terrenal se organice a semejanza de la celestial "en la que reina la verdad, es ley la caridad y la extensión es la eternidad" según San Agustín (11).

Conclusión

9. Mas ahora "nuestra voz se dirige a vosotros" (12), Venerables Hermanos en el Episcopado. Hemos ya reunidos aquí, en esta Basílica Vaticana, centro de la historia de la Iglesia; donde Cielo y tierra se unen estrechamente, aquí, junto al sepulcro de Pedro, junto a tantas tumbas de Santos Predecesores Nuestros, cuyas cenizas, en esta solemne hora, parecen estremecerse con arcana alegría.

El Concilio que comienza aparece en la Iglesia como un día prometedor de luz resplandeciente. Apenas si es la aurora; pero ya el primer anuncio del día que surge ¡con cuánta suavidad llena nuestro corazón! Todo aquí respira santidad, todo suscita júbilo. Pues contemplamos las estrellas, que con su claridad aumentan la majestad de este templo; estrellas que, según el testimonio del apóstol San Juan (13), sois vosotros mismos; y con vosotros vemos resplandecer en torno al sepulcro del Príncipe de los Apóstoles (14) los áureos candelabros de las Iglesias que os están confiadas.

Al mismo tiempo vemos las dignísimas personalidades, aquí presentes, en actitud de gran respeto y de cordial expectación, llegadas a Roma desde los cinco continentes, representando a las Naciones del mundo.

Cielo y tierra, puede decirse, se unen en la celebración del Concilio: los Santos del Cielo, para proteger nuestro trabajo; los fieles de la tierra, continuando en su oración al Señor; y vosotros, secundando las inspiraciones del Espíritu Santo, para lograr que el común trabajo corresponda a las actuales aspiraciones y necesidades de los diversos pueblos. Todo esto pide de vosotros serenidad de ánimo, concordia fraternal, moderación en los proyectos, dignidad en las discusiones y prudencia en las deliberaciones.

Quiera el Cielo que todos vuestros esfuerzos y vuestros trabajos, en los que están centrados no sólo los ojos de todos los pueblos, sino también las esperanzas del mundo entero, satisfagan abundantemente las comunes esperanzas.

¡Oh Dios Omnipotente! En Ti ponemos toda vuestra confianza, desconfiando de nuestras fuerzas. Mira benigno a estos Pastores de tu Iglesia. Que la luz de tu gracia celestial nos ayude, así al tomar las decisiones como al formular las leyes; y escucha clemente las oraciones que te elevamos con unanimidad de fe, de palabra y de espíritu.

¡Oh María, "Auxilium Christianorum", "Auxilium Episcoporum"; de cuyo amor recientemente hemos tenido peculiar prueba en tu templo de Loreto, donde quisimos venerar el misterio de la Encarnación! Dispón todas las cosas hacia un éxito feliz y próspero y, junto con tu esposo San José, con los santos Apóstoles Pedro y Pablo, con los santos Juan, el Bautista y el Evangelista, intercede por todos nosotros ante Dios.

A Jesucristo, nuestro adorable Redentor, Rey inmortal de los pueblos y de los siglos, sea el amor, el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Notas

1. Lc. 2, 34.
2. Ibid. 10, 16.
3. Ibid. 11, 23.
4. Mt. 6, 33.
5. Ibid.
6. Gen. 1, 28.
7. Mt. 4, 10; Lc. 4, 8.
8. Act. 3, 6.
9. 1 Tim. 2, 4.
10. De catholicae Ecclesiae unitate, 5.
11. S. Aug., Ep. 138, 3.
12. 2 Cor. 6, 11.
13. Apoc. 1, 20.
14. Ibid.

ESTUDIO

EL CARDENAL MONTINI Y EL INICIO DEL CONCILIO VATICANO II - Una reconstrucción histórico teológica -

Franco Giulio Brambilla

La segunda parte del estudio de Franco Giulio Brambilla profundiza el rol del cardenal Montini en la fase inicial del Concilio Vaticano II, concentrando la atención sobre todo en la carta del 18 de Octubre de 1962 al Secretario de Estado cardenal Cicognani, inédita durante mucho tiempo y agregada a este artículo como apéndice debido a su importancia. El análisis del texto permite apreciar la firme convicción y la lucidez con la cual el arzobispo de Milán subraya la ausencia "de un plan orgánico, ideal y lógico, del Concilio" y se esfuerza por proponer un plan teológicamente coherente sobre el cual articular las secciones del Concilio. "Después de cuarenta años de lo sucedido - comenta el autor - vale la pena volver a escuchar estas palabras para no perder su encanto y esperanza!".

Una carta dolorida: en búsqueda de la "ruta" para el Concilio

La carta de Montini es un texto conciso, lucido y dolorido (1). El destinatario es el más alto, el Secretario de Estado, cardenal Cicognani, por lo tanto es prácticamente una misiva enviada al Papa. También el hecho de que la carta haya permanecido sin darse a conocer hasta 1983 habla de su importancia, porque fue escrita con la garantía del secreto y, por lo tanto, con toda franqueza. Tal vez Montini la ha escrito con el intento de retomar el espíritu del programa de Suenens y el texto puede ser comparado a la sección central de la carta pastoral de la cuaresma de 1962 *Pensemos en el Concilio* (2). Esta comienza enseguida con la abierta denuncia de la falta de "un plan orgánico, ideal y lógico, del Concilio", ni el anuncio que se iniciará con el esquema sobre la liturgia vale para sacar el temor que "el Concilio no tiene un plan de trabajo preestablecido" que honre el sentido de las "grandes finalidades que el Santo Padre ha prefijado". El arzobispo de Milán denuncia una suerte de falta de orientación y amedrenta acerca de sus efectos con palabras que indican todo el sentido montiniano del evento conciliar. Releámoslas con la emoción de la primera hora:

Esto es peligroso para el éxito del Concilio; esto disminuye su significado; esto le hace perder ante el mundo aquella fuerza ideal y aquella comprensión, de la cual depende mucho su eficacia. El material preparado parece no asumir una arquitectura armónica y unitaria y no llegar al nivel de faro del tiempo y del mundo.

La escritura del texto es seguramente montiniana, sólo que esta carta se entrega como momento recapitulador de las intervenciones de aquel férvido 1962; es más, Montini recuerda al cardenal Cicognani el trabajo hecho en los meses precedentes con el grupo de eminentísimos cardenales, "por invitación de Vuestra Eminencia misma", a fin de hacer del Concilio "un monumento pensadamente construido".

Basten estas expresiones entresacadas de la larga introducción para notar la importancia de la carta, enviada apenas una semana después del inicio oficial del Concilio, semana dedicada a las votaciones. Aquí se realiza la primera toma de posesión de parte de los padres del concilio, mediante el reenvío de las votaciones de los miembros de las comisiones, previstas apresuradamente para el día 13 de Octubre (3). Es interesante que la carta no cite ni siquiera una vez el discurso de apertura del Papa Juan XXIII,

Gaudet Mater Ecclesiae, cuya importancia - al leer las crónicas - no aparece de inmediato en su carácter de gran profecía. Tal vez todo esto dice que el "plan...del Concilio inaugurado", como lo soñaba Montini, fuese ya esculpido al menos en su cuerpo. El plan se desarrolla en 7 puntos que impresionan por la lucidez y la concisión.

Desde el punto de vista lógico el primer punto nuclea el tema central del Concilio con las siguientes expresiones: "La santa Iglesia debe ser la enseñanza unitaria y comprensiva de este Concilio; y todo el inmenso material preparado debería compaginarse en torno a este obvio y sublime centro" (n.1). Al título, siguen tres momentos lógicos, que en la visión de Montini corresponden también a tres secciones conciliares: la primera (n. 4) se concentra en el "misterio de la Iglesia" (qué *es* la Iglesia); la segunda (n.5) sobre la "misión de la Iglesia" (que cosa *hace* la Iglesia); la tercera (n.6) se abre a las "relaciones de la Iglesia con el mundo" (ecumenismo, sociedad civil, cultura y ciencias, trabajo y economía, religiones, opositores, etc). El "plano" se cierra con el n. 7 con el cual el Concilio corona su camino con la celebración de la comunión de los santos (una canonización) y de la caridad (un gesto de caridad expresión del Concilio).

Sorprende el hecho que, introduciendo el primer momento lógico del Concilio, Montini llame la atención (n.2) sobre la centralidad de Jesucristo, fuente y origen del misterio de la Iglesia. El imagina un acto eucológico solemne, para centrar en Cristo, del cual surge la Iglesia, el evento Conciliar del Vaticano II. Este anclaje cristológico aparecerá también en la intervención sucesiva del 5 de diciembre. En la misma línea, en el n. 3, Montini se refiere a un acto de homenaje al Papa para que el Concilio, que concentrar sus intereses sobre la colegialidad episcopal, aparezca en feliz continuidad y complementariedad con el Vaticano I que ha definido la infalibilidad papal.

Finalmente la carta termina con dos postescritos, el segundo de los cuales se refiere explícitamente al proyecto del cardenal Suenens y al texto de referencia de Mt 28,18-20. La carta de Montini aparece como una de las reflexiones más lúcidas y acordes del primer período y representa la imaginación del futuro Papa con motivo del Concilio, incluidas sus previsiones temporales. Es un anticipo de ello. Lamentablemente la carta permaneció sin ser conocida durante veinte años: hubiera sido útil conocerla antes para alabar la gran visión del arzobispo de Milán.

La intervención decisiva: un programa para continuar

Los eventos que siguieron son bastante conocidos (4). Al final de noviembre inicio de diciembre de 1962 se sabe que el Papa está gravemente enfermo. El cardenal Suenens se pregunta si debe volver a tomar la iniciativa. Informa al Papa y predispone el discurso del 4 de diciembre, haciendo conocer anticipadamente a Juan XXIII el texto, que es copiado de puño y letra por el mismo Pontífice. Suenens en su "testimonio" se pregunta si el Papa Juan hizo hablar por teléfono a Montini para que apoyase el discurso del mismo Suenens. Montini probablemente ya tenía listo su texto, pero abre el discurso del día siguiente citando abiertamente la intervención de Suenens: (...) *Officii mei esse censeo vos rogare ut peculiari diligentia consideretis ea, quae em. mus card. Suenens heri tam perspicue exposuit de fine huic universali Synodo proposito et de ordine logico et congruenti argumentorum in ea tractandorum* (5). *(Juzgo mi deber rogarles que consideréis, con peculiar diligencia, aquello que su Emcia. Card. Suenens expuso ayer tan claramente sobre el propósito universal de este Sínodo y del orden lógico y de los argumentos congruentes tratados en él)*. El discurso de Montini del 5 de diciembre pareció indicar la ruta del Concilio. (6) Suenens había trabajado pacientemente en el "programa del Concilio" para tener claridad en medio de la enredada selva de los muchos documentos presentados en aula; Montini le daba

el apoyo de su autoridad, casi prefigurando los futuros caminos del Espíritu. Grootaers - narrando la participación del cardenal Montini en el Primer Período del Concilio - describe así el clima de aquel día:

El discurso del 5 de diciembre fue escuchado con la atención entre las más altas de todo el Concilio. Se sabe por ejemplo por el testimonio del cardenal Felici que los funcionarios de la Secretaría general y los mismo empleados de los preparativos técnicos abandonaron su trabajo y se agolparon en el aula para escuchar al orador tan esperado. (7)

¿Qué decía "el orador tan esperado"? A quién había escuchado Montini para preparar su discurso? ¿A quién había consultado el cardenal para decir en pocas líneas cosas de tal modo precisas y claras? También hoy la lectura de la intervención del 5 de diciembre aparece sorprendente por la lógica y la concisión. En las espaldas del Obispo estaba ciertamente la larga meditación de los meses precedentes, expresada en los textos que hemos recordado más arriba y en las siete cartas sobre el Concilio a la Iglesia de Milán. Recuerdo la última, de pocos días antes - la séptima carta sobre el Concilio del 2 de diciembre - cuando, comentando las preocupaciones por la escasez de conclusiones alcanzadas y por la diversidad de perspectivas emergentes en el Primer Período decía:

Material inmenso, optimo, pero eterogéneo y desigual, que hubiera requerido una reducción en una redacción valiente, si una autoridad, no sólo extrínseca y disciplinar, hubiera guiado la preparación lógica y orgánica de tales magníficos volúmenes, y si una idea central, architectónica, hubiese polarizado y terminado este ingente trabajo. Ha faltado, siempre por respeto a aquel criterio de libertad y espontaneidad del cual ha nacido este Concilio, el punto focal de su programa, que por fortuna ha, sin embargo, tenido solemnes y sabias orientaciones en las palabras del Santo Padre en estos años precedentes al Concilio, y especialmente en los dos discursos del 11 de setiembre y del 11 de octubre. (8).

La última carta enviada a la diócesis preparaba el campo para el discurso programático en aula. Pero ¿de donde venía la sustancia de la intervención llena de intuiciones valiosas?

El programa del Concilio, según la visión montiniana, encuentra en el discurso del 5 de diciembre su momento más alto. En la base está la relación entre Montini y Carlos Colombo que en 1962 fue particularmente asiduo. Tres cartas autógrafas del Cardenal lo testimonian, cuando Montini envía a Colombo los esquemas de constitución a cada retorno de la Comisión Central Preparatoria de Roma. Los requerimientos del Arzobispo durante este año son repetidas: "a fin de que me quiera asistir con su competencia en el estudio de estos esquemas" (3 de abril); "le agradezco la ayuda que sus notas me han dado en las discusiones sobre los esquemas de las constituciones para el próximo Concilio" (12 de mayo); "las sesiones son cada vez mas animadas e interesantes; hay intervenciones muy preparadas, que hacen las sesiones importantes y un poco debatidas" (16 de junio) (9). Estos requerimientos son paralelos a la iniciativa del cardenal Suenens de volver a encontrar un plan al Concilio.

En este tiempo que va desde julio a diciembre de 1962 he encontrado en el archivo de Carlos Colombo tres textos cercanos por inspiración, contenidos y escritura: el primero debía ser un esquema de conferencia sobre el tema *La Iglesia en la hora del Concilio* (10); el segundo titulado *Observaciones sobre el esquema "De Ecclesia"* (11) lleva - propuesto por el archivero - dos datos posibles (después de julio o después de noviembre de 1962); y, finalmente, un texto sin título, escrito a máquina, lamentablemente sin correcciones a mano, que sin embargo corresponde en todo a la impostación gráfica de los otros textos. Sea por razones externas, sea por razones intrínsecas este texto

razonablemente es atribuido a Carlos Colombo y representa - a mi juicio - un esbozo de sugerencias que Colombo ha preparado para Montini en vistas del discurso en aula del 5 de diciembre (12). La razón fundamental de la atribución está en la estructura y en la sucesión de los temas presentados por el texto, que siguen muy de cerca las *Observaciones sobre el esquema "De Ecclesia"*. Los dos escritos parecen ser, uno la *forma longior* y el otro la *forma brevior* del comentario al esquema *De Ecclesia* presentado en aula durante el Primer Período del Concilio..

La sinopsis entre el *Discurso del 5 de Diciembre y el esbozo* (13) revela algunas sorpresas y manifiesta la libertad de espíritu del Cardenal, que se reservaba su espacio personal. La intervención de Montini del 5 de diciembre se presenta formalmente como una serie de observaciones sobre la constitución de *Ecclesia* (14). Las observaciones tratan no solo sobre la función de la Constitución, sino sobre el mismo tema de la Iglesia como "fin del Concilio", y configura al texto como una contribución decisiva al 'programa' o al 'plan' del Concilio. Montini, después del apoyo dado en la apertura a la intervención de Suenens, consiente con quien afirma que *quaestionem de Ecclesia esse argumentum primum huius concilii Oecumenici*, (*La cuestión de la Iglesia es el argumento primario de este Concilio Ecuménico*) porque constituye la cumbre y el corazón en torno al cual deben girar los sucesivos temas e intervenciones del Concilio (15). Con respecto al *esbozo*, Montini en el *Discurso del 5 de diciembre* se desenvuelve con audacia, resumiendo la parte más bien didáctica con la cual inicia el texto del teólogo y dejando a la redacción escrita la traducción integral del primer largo párrafo de Colombo (16). Resuena así en el aula inmediatamente después de la declaración del argumento primario del concilio, la proposición que ha hecho justamente famoso al *Discurso del 5 de diciembre* de Montini:

Quid est Ecclesia? Quid agit Ecclesia? Hi sunt veluti duo cardines circa quos disponi debent omnes quaestiones huius Concilii. Mysterium Ecclesiae et munus Ecclesiae praestitutum ab eaque exsequendum: in argumentum, circa quod Concilium vertere debet! Omnes enim expetunt ut Ecclesia, in hoc Concilio, perspicue et scienter profiteatur suam ipsius naturam, munus aeternum sibi concreditum, actionem his temporibus sibi propriam (17) (*Qué es la Iglesia? De qué trata la Iglesia?. Estos son como los dos quicios sobre los cuales debe disponer todas las cuestiones este Concilio. El misterio de la Iglesia y el poder de la Iglesia constituido y también ejercido: acerca de lo cual el Concilio debe dar argumentos. Todos esperan, pues, que la Iglesia, en este Concilio, declare su misma naturaleza clara y sabiamente, su poder eterno a ella confiado, estos actos temporales como propios*)

La voz del Cardenal de Milán resuena en el aula con el timbre bien conocido de quién lo ha sentido otras veces presentando interrogantes importantes. Y hace reencontrar el camino al Concilio. Ahora la continuación de la intervención puede distenderse en el análisis del esquema de *Ecclesia*. Aquí las sugerencias de Colombo se muestran valiosas y por otra parte Montini interviene con pocos pero significativos retoques, que al final dan a su intervención un tono profético.

De la comparación entre el *Discurso del 5 de diciembre* y el *Esbozo* se pueden indicar los siguientes acentos montinianos que son el resultado sea de agregados que de recortes al texto del *Esbozo*. Éstos concentran casi de modo programático la intervención en tres núcleos esenciales: el énfasis sobre el momento celebrativo de la centralidad de Jesucristo y sobre la importancia de la referencia cristológica en la comprensión del misterio de la Iglesia (punto 1); la atención privilegiada a la doctrina del episcopado y sobre el modo de proponerla: es la parte donde el *Discurso* sigue más de cerca al *Esbozo*. Montini reivindica una comprensión más teológica que jurídica del episcopado y enumera puntillosamente las articulaciones esenciales de la doctrina sobre los obispos (punto 2); la misión de evangelización de la Iglesia en el mundo unida con fuerza al derecho de los hombres de acceder a la

verdad, sin ningún impedimento extrínseco y público. El *Discurso* se cierra con la invitación a revisar la Constitución dirigida a la Comisión *De fide et moribus*, para que lo hiciese junto con el Secretariado de la unidad de los cristianos, para dar una amplitud verdaderamente ecuménica al texto.

La *raíz cristológica* del misterio de la Iglesia es el punto que Montini retoma con más fuerza. Después de un consenso en la veneración de San José, patrono de la Iglesia, expresada en Concilio, Montini en un *climax* ascendente se espera que también María sea venerada *Mater Sanctae Ecclesiae*, pero sobretodo que el Concilio - como había dicho en el n. 2 de la carta al Cardenal Cicognani - debería "comenzar con el pensamiento puesto en Jesucristo, nuestro Señor. El debe aparecer como el principio de la Iglesia, la cual es su emanación y continuación". Sobre esta línea eclesiológica, que Montini saca de Journet (18), el cardenal se expresa, en el *Discurso del 5 de diciembre*, en un bello texto que no se encuentra en el *Esbozo*:

Ecclesia enim est continuatio Iesu Christi, a quo vita eius manat, et qui est finis in quem vita eius tendit. Imago, mens, spiritus Christi hoc schemate, ut mihi videtur, aptius exprimi debent. Eodem schemate primaria elementa iuris ecclesiastici exhibentur; non tamen veritates satis exponuntur, quae apertius referuntur ad "mysterium Ecclesiae" ad eius vitam mysticam et moralem, quibus efficitur Ecclesiae vita quae vere proprieque dicitur (19). (La Iglesia es, por tanto, la continuación de Jesucristo, de quien mana su vida, y que es el fin al cual tiende su vida. La imagen, el entendimiento y el espíritu de Cristo en este esquema, a mí parecer, deber ser aptamente expresado. Los principios primarios del derecho eclesiástico deben ser expresados; no sólo las verdades suficientemente expuestas, sino también que claramente se refieran al "misterio de la Iglesia" para su vida mística y moral, las cuales muestran la vida de la Iglesia como se afirma propia y verdaderamente).

El texto delinea el misterio de la Iglesia brotando de Cristo. El subrayado de Montini precede pues al espléndido texto que se encuentra también en el *Esbozo* de Colombo:

Debería ser más fuertemente marcada la doctrina referida a las relaciones entre la Iglesia y Jesucristo. Debe decirse, y debe aparecer más claramente a todos que la Iglesia sabe que es nada por sí misma, pero sabe que recibe todo de Jesucristo y que obra por virtud de la presencia de Jesucristo en ella: ella no es solamente una sociedad o comunidad fundada por Jesucristo sino es el instrumento en el cual Él está presente misteriosamente para realizar la salvación de la humanidad, con la enseñanza, la santificación sacramental, la cura pastoral animada por su Espíritu de Buen Pastor eterno de las almas (20).

Se puede concluir que con la intervención de Montini el subrayado de la raíz cristocéntrica de la Iglesia toma particular vigor en el *discurso del 5 de diciembre*.

Más decisiva todavía es la intervención del Arzobispo de Milán *sobre la doctrina del episcopado*. Postergado el 'segundo deseo' del *Esbozo* acerca de la mayor unidad orgánica que hay que dar al esquema (21), Montini se concentra en el tema del Episcopado, que es presentado como necesario complemento de la doctrina del Vaticano I sobre el Primado (nótese que es la secuencia de los puntos 3 y 4 de la carta del 18 de octubre). La crítica al esquema se sierra aquí, y Montini sigue bastante de cerca el *Esbozo* que resultaba bien equilibrado. Evidencia además los puntos que hay que articular con precisión: 1) la institución del Colegio Apostólico con las funciones a él confiada; 2) la sucesión del Colegio Apostólico al cuerpo episcopal; 3) las funciones y los poderes de cada uno de los Obispos (22). Aquí la consonancia entre Montini y Colombo es grande, también porque fue extensamente preparada por la reflexión común durante los dos años precedentes. Solamente es dejado un desarrollo pastoral-

espiritual sobre la figura del Obispo que se encuentra en el *Esbozo*, probablemente por problemas de concisión (23).

Finalmente, el 'tercer deseo' se refiere al tema de la evangelización. Aquí Montini, siguiendo a Colombo, habla de la misión de evangelizar (que se reserva al Magisterio de la Iglesia y a sus órganos) y el derecho de la Iglesia a anunciar el Evangelio, que está unido al respectivo derecho antropológico de los hombres a acceder a la verdad, libres de presión extrínseca, de prohibición pública. El objetivo práctico - como explica al final el texto - es el siguiente: *Hoc modo auxilium ferri potest etiam fratribus qui propter fidem doloribus obnoxii sunt, nam erit nuntium quod omnes homines bonae voluntatis comprehendent* (24). *Este modalidad de auxilio puede también llevarse a los hermanos quienes a causa de la fe están expuestos a los dolores, porque era anunciado lo que comprenden todos los hombres de buena voluntad* Ciertamente la motivación es profunda y será sacada y desarrollada en la Declaración sobre la libertad religiosa (25).

Con el *Discurso de diciembre* el magisterio de Montini alcanza tal vez uno de los momentos más altos. En este texto se ve la madurez episcopal de Montini, precursora de su llamada al sumo Pontificado. La gran visión del cardenal de Milán cerraba el Primer Período para reabrirlo simbólicamente con la continuación del Concilio y la encíclica programática *Ecclesiam Suam*. En ella resuena la invocación de los espíritus grandes que había prefigurado el Concilio. Muchos ya recordados por el mismo Obispo de Milán: Guardini - que he citado al inicio de esta reconstrucción - y Newman que retorna en la bella cita con la cual se concluye el discurso pronunciado en la Universidad Católica el 25 de marzo de 1962:

El próximo Concilio será un rejuvenecimiento de la Iglesia, una nueva primavera, un aviso de aquel 'second spring' que hacía descubrir a Newman un signo de la vitalidad divina de la Iglesia Católica, una toma de consciencia y de energía, una certeza de fe y una riqueza de caridad, un lanzamiento apostólico y una capacidad de heroísmo y de santidad, que declaren a ella, la Iglesia, y al mundo honesto y abierto, que la palabra dicha por Cristo, antes de dejar visiblemente este mundo, es realmente, es perennemente verdadera: 'He aquí que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo' (26).

!!A cuarenta años de aquellos eventos vale la pena volver a escuchar estas palabras para no perder su encanto y la esperanza!!

Apéndice

CARTA DEL CARDENAL JUAN BAUTISTA MONTINI

Al Card. A. Cicognani
Secretario de Estado (18 de octubre de 1962)

Vaticano, 18 de Octubre de 1962.

Eminencia Reverendísima,

Con profunda humildad, movido por otros Obispos, de cuya sabiduría no puedo dudar, entre los cuales mis venerados hermanos en el Episcopado Lombardo, me permito llamar su consideración sobre el hecho que a mí y a otros Padres del Concilio nos parece muy seria la falta, o al menos la no anunciada existencia de un plan orgánico, ideal y lógico, del Concilio felizmente inaugurado y seguido por los ojos de toda la Iglesia y también de aquellos del mundo profano. El anuncio que el primer esquema tratado será sobre la sagrada Liturgia, que no está ni antepuesto a los demás en el volumen distribuido, ni reclamado por ninguna necesidad primaria, me parece confirmar el temor que el Concilio no tiene un plan de trabajo preestablecido. Si es así, como parece, su desarrollo estará dado o tal vez comprometido por razones extrínsecas a los argumentos de los cuales el Concilio debe ocuparse; ninguna forma orgánica viene a reflejar las grandes finalidades que el Santo Padre ha prefijado, casi como su justificación, a la celebración de este extraordinario evento. Esto es peligroso para el éxito del Concilio; esto disminuye su significado; esto le hace perder ante el mundo aquella fuerza ideal y aquella comprensión, de la cual puede depender mucho su eficacia. El material preparado parece no asumir una arquitectura armónica y unitaria y no alcanzar el nivel de faro sobre el tiempo y sobre el mundo.

Por eso yo, el último, me permito recordar a Vuestra Eminencia Reverendísima que de esta necesidad que el Concilio constituya no una mole de bloques entre ellos separados e incoherentes, sino un monumento pensadamente construido, hace algunos meses, y por invitación de la Eminencia Vuestra misma, se había hablado con algunos Eminentísimos Cardenales, llegando a ciertas conclusiones que me parecieron felices, y que sometidas confidencialmente al juicio de otros sabios Eclesiásticos parecieron óptimas.

De este modo me permito exponerle cual parece debiera ser el plan, diría, obligado del Concilio inaugurado:

1. El Concilio ecuménico Vaticano Segundo debe estar polarizado en torno a un solo tema: la santa Iglesia. De este modo se da la conexión con el Concilio vaticano primero, interrumpido durante el tratamiento de tal argumento. De este modo se tiene en cuenta a todo el Episcopado para saber cuales son precisamente sus potestades, después de la definición de las potestades pontificias, y cual es la relación entre ambas. Así parece lo exige la madurez de la doctrina sobre la Iglesia después de la Encíclica *Mystici corporis*, y de la extraordinaria fecundidad que tal doctrina ofrece no sólo a los estudiosos de la teología y del derecho canónico sino del mismo modo a la oración y a la vida actual de la Iglesia. Así parecen desear los hombres de nuestro tiempo, que de nuestra religión sobretodo y a menudo sólo consideran el hecho eclesiástico. La santa Iglesia debe ser el argumento unitario y comprensivo de este Concilio; y todo el inmenso material preparado debería compaginarse en torno a este su obvio y sublime centro.
2. Entonces el Concilio debe comenzar con un pensamiento dirigido a Jesucristo, nuestro Señor. Él debe aparecer como el principio de la Iglesia, la cual es su emanación y continuación. La imagen de Jesucristo, como el Pantocrátor de las Basílicas antiguas, debe sobresalir sobre la Iglesia reunida en torno y en presencia suya. Ya se ha hecho el acto de fe; y está bien. Pero el himno a Cristo debería elevar a su Cuerpo celeste e invisible, su cuerpo místico e histórico en el acto en el cual este cuerpo vive una hora de total plenitud. Bastaría, tal vez una oración, un acto eucológico de todo el Concilio a Cristo Señor, pero explícito, solemne, consciente y determinante de todo el desarrollo del Concilio.

3. El cual debería, siempre en su inicio, expresar un acto unánime y feliz de homenaje, de fidelidad, de amor, de obediencia al Vicario de Cristo. Después de la definición del primado y de la infalibilidad del Papa existieron algunas defecciones, algunas incertidumbres y después dóciles asentimientos. Ahora la Iglesia goza en reconocer a Pedro en su sucesor, y en él aquella plenitud de poderes que son el secreto de su unidad, de su fuerza, de su misteriosa capacidad de desafiar al tiempo y hacer de los hombres "una Iglesia". ¿Porqué no lo dice? ¿Porqué el Concilio no expresa esta certeza adquirida?. ¿Porqué, debiendo después discutir acerca de los poderes episcopales, no aleja de sí toda tentación y toda duda, que de ningún modo pueda poner en discusión la soberana grandeza y solidez de aquella verdad? También sobre este punto bastaría un acto simple y breve, pero solemne y cordial.
4. Después el Concilio se concentra sobre "el misterio de la Iglesia". Es decir, ordena, elabora, expresa las doctrinas sobre sí mismo, sobre el Episcopado, los Sacerdotes, los Religiosos, los Laicos, sobre las varias expresiones de la vida eclesiástica, las edades de la vida, la juventud, las mujeres, etc. Si asimismo a tanto se quiere llegar. La Iglesia toma perfecta consciencia de sí misma, demuestra su fiel derivación del Evangelio, recompone sus cuadros, sus órganos, sus jerarquías; es decir define su derecho constitucional, no sólo bajo el aspecto jurídico de sociedad perfecta, sino también bajo otros aspectos propios de su humanidad viviente de fe y caridad, animado por el Espíritu Santo, amada como esposa por Cristo, una y católica, santa y santificante. Me parece que esto estaba en el pensamiento del Papa cuando anunciaba el Concilio. Y sobre este capítulo: "Que es la Iglesia" debería concluirse la primera sección general del Concilio, reagrupando los muchos esquemas que entran bajo este punto de vista.
5. La segunda sección debería en cambio considerar la misión de la Iglesia; que cosa *realiza* la Iglesia. *Operari sequitur esse*. Y sería bello y fácil, en mi opinión, reasumir en diversos capítulos las múltiples actividades de la Iglesia: *Ecclesia docens*, *Ecclesia orans*, (aquí se debería tratar acerca de la sagrada liturgia), *Ecclesia regens* (es decir comprometida con las distintas funciones de la vida pastoral), *Ecclesia patiens*, etc. etc. Todas las cuestiones morales, dogmáticas (de acuerdo a las necesidades de nuestro tiempo), caritativas, misioneras, etc, podrían encontrar un ordenado tratamiento en esta segunda parte del Concilio.
6. Finalmente sería necesaria una tercera sección, referida a las relaciones de la Iglesia con el mundo que existe en su entorno, fuera y lejano de ella. Es decir: 1) las relaciones con los hermanos separados (tratar esta cuestión al inicio del Concilio me parece que es comprometer su solución); 2) las relaciones con la sociedad civil (la paz, las relaciones con los estados, etc); 3) las relaciones con el mundo de la cultura, de la ciencia...; 4) las relaciones con el mundo del trabajo, de la economía, etc...; 5) las relaciones con las otras religiones; 6) las relaciones con los enemigos de la Iglesia; etc. Estos temas interesantísimos para los hombres de nuestro tiempo, sea creyentes como no creyentes, no podrían ser tratados con el estilo de los precedentes, sino en forma de "mensajes" que la Iglesia lanza a la humanidad que vive y obra fuera de su ámbito; mensajes en los cuales resonasen fuertemente los principios propios de la Iglesia, y brillase con aire profético la llamada a cada uno de los sectores humanos desde el punto de vista de la salvación, de la cual sólo la Iglesia católica es la verdadera fuente.
7. El Concilio debería terminar con la celebración de la comunión de los Santos (con alguna canonización, con alguna ceremonia propiciatoria) y se debería encontrar algún gesto de caridad (limosna u ofrecimiento por las misiones, o por el perdón, o por alguna institución, etc.), para

concluir en obras buenas las tantas buenas palabras del Concilio. La institución de las Comisiones post-conciliares deberían realizarse rápidamente para dar concreta ejecución a los decretos y a los buenos propósitos resultantes del gran hecho renovador. Tal vez ésta es una fantasía que acompaña a otras tantas que pululan en este fervoroso tiempo espiritual. Su eminencia juzgará. Haber expresado todo esto me quita el remordimiento del silencio, y me ofrece la ocasión para confirmar mis sentimientos de devoción al Papa, a la Iglesia, al Concilio, para besarle humildemente las manos y profesarme un devoto servidor de Su Eminencia Reverendísima.

G.G. Card. Montini Arzobispo

Post-Scriptum

- 1) Lo expuesto está sumariamente delineado, no se refiere al contenido de los esquemas. Ello requeriría otro examen para ver lo que es necesario agregar o quitar o modificar. Se refiere al plan ideal y a la distribución sucesiva de la materia.
- 2) El Plan, según la sugerencia del Excelentísimo Card. Suenens, podría derivarse de las últimas palabras de Cristo en el Evangelio de San Mateo: c. 28, 18-20: "Se me ha dado todo poder...." (27)

G.B.M.

NOTAS

- (1) La carta se encuentra en L.J. Suenens, *Testimonianza, Preparaciones e Primo Periodo*, pags. 178-187
- (2) *Pensiamo al Concilio*, en *Discorsi e scritti sul Concilio*, cit., pp. 85-90 (nn. 24-33)
- (3) Véase la fervorosa narración de esta primera semana en A. Riccardi, *La tumultuosa apertura dei lavori*, en *Storia del Concilio Vaticano II. Vol 2: La formazione della coscienza conciliare. Il primo periodo e la prima intersessione, ottobre 1962 - settembre 1963*, a cargo de G. Alberigo, Il Mulino, Bologna, 1996, pp. 21-86: pp. 46-66.
- (4) G. Ruggieri, *Il primo conflitto dottrinale e Il difficile abbandono dell'ecclesiologia controversistica*, en *Storia del Concilio VaticanoII. Vol. 2: La formazione della coscienza conciliare. Il primo periodo e la prima intersessione, ottobre 1962 - settembre 1963*, a cargo de G. Alberigo, Il Mulino, Bologna, 1996, respectivamente pp. 259-293 y 309-383.
- (5) ACO vol. I, pars IV, pp. 291-294
- (6) El discurso, según el testimonio del card. Garrone, había literalmente "abierto el camino al Concilio".
- (7) J. Grootaers, *L'attitude de l'archeveque Montini*, en *Preparazione e Primo Periodo*, p. 274.
- (8) *Discussione conciliari nella piú grande libertá*, en *Discorsi e scritti sul Concilio*, cit. pp. 195-198
- (9) Respectivamente AFT, cartella AP-I-31 (inv. 1862); AP-I-33 (1864).
- (10) AFT, cartella AP-I-39 (inv. 1249). Se trata de un texto de 4 páginas dactilografiadas con un subrayado a mano hasta el final.
- (11) AFT, cartella LG-C1-05 (inv 816): el texto no tiene la fecha, pero el encargado del archivo presupone dos fechas (julio y noviembre de 1962).
- (12) AFT, cartella LG-C1-08 (inv. 764)

- (13) He publicado la sinopsis en FG Brambilla, *Carlo Colombo e G.B. Montini alle sorgenti del Concilio*, "La Scuola Cattolica", 130 (2002), pp. 253-260.
- (14) La nota 2 refiere al título del texto 2) *De schemate*.
- (15) ...*tum ob maximun eius momentum, tum protperea quod magnam partem argumentorum, quae ad tractatus Concilii apparata sunt, secum coniungere et componere potest. ACO vol. I. pars IV, 292.*
- (16) ACO vol. I, pars IV, 294, nota 3
- (17) ACO vol. I, pars IV, 292
- (18) La rerenencia a C. Journet, *Leglise du Verbe incarné*, Paris-Tournai, 1941, es repetido por la carta *Pensiamo al Concilio*, en *Discorsi e scritti sul Concilio*, p. 81 n. 9.
- (19) ACO vol. I, pars IV, 292.
- (20) AFT, cartella LG-C1-08 (inv. 764), p. 2
- (21) Colombo, con competencia, hace notar que era más unitario y orgánico el esquema *De Ecclesia* del Vaticano I, no discutido por los conocidos eventos de 1870. Colombo se había extendido mucho sobre este argumento en *Osservazioni su lo schema "de Ecclesia"*, AFT, cartella LG-CI-05 (inv. 816), p. 1-2
- (22) Falta la referencia a la sacramentalidad del episcopado, porque el *Esbozo* hablaba más arriba entre los puntos positivos presentes en el esquema.
- (23) AFT, cartella LG-C1-08 (inv. 764), p. 4.
- (24) ACO vol. I, pars IV, 294.
- (25) *Osservazioni su lo schema "de Ecclesia"*, AFT, cartella LG-C1-05 (inv. 816), pp. 7-9
- (26) *I concili nella vita della Chiesa*, en Giovanni Battista Montini, arcivescovo di Milano, *Discorsi e scritti sul Concilio (1959-1963)*, pp. 109-124
- (27) *Giovanni Battista Montini Arcivescovo di Milano e il Concilio Ecumenico Vaticano II. Preparazione e Primo Periodo*. Colloquio Internazionale di Studio, Milano, 23-25 settembre 1983, Pubblicazioni dell'Istituto Paolo VI 3, Brescia, 1985, pp. 420-423.

DOCUMENTO

El Concilio Vaticano II, inicio de la «nueva evangelización»

Juan Pablo II: Intervención antes de rezar la oración mariana del «Angelus»

Publicamos las palabras que pronunció Juan Pablo II el domingo 13 octubre 2002 antes de rezar la oración mariana del «Angelus», al concluir la celebración eucarística en la Basílica de San Pedro del Vaticano con motivo de la visita del patriarca Teoctist de la Iglesia ortodoxa de Rumanía.

¡Queridos hermanos y hermanas!

1. He tenido la alegría, en estos días, de acoger a Su Beatitud Teoctist, patriarca de la Iglesia ortodoxa de Rumanía. A él y a todos los que le han acompañado les doy de nuevo de todo corazón las gracias por su apreciadísima visita. Me ha recordado lo que Dios me permitió vivir en Bucarest, en mayo de 1999. De aquellos encuentros surgió un sincero deseo de unidad. «Unitate», escuché proclamar a los jóvenes de Bucarest; «¡Unidad!», he escuchado repetir en la plaza de San Pedro el lunes pasado, en mi primer encuentro con Su Beatitud.

Esta sed de plena comunión entre los cristianos ha recibido un impulso notable desde el Concilio Vaticano II, que dedicó precisamente al ecumenismo uno de sus más significativos documentos, el decreto «Unitatis redintegratio».

Hace dos días, se cumplieron los cuarenta años de la apertura de aquella reunión histórica, convocada el 11 de octubre de 1962 por el Papa Juan XXIII, que ahora veneramos como beato. Tuve la gracia de participar también yo y conservo en el espíritu preciosos e inolvidables recuerdos.

En su discurso de apertura, el Papa Juan, lleno de esperanza y de fe, exhortó a los padres conciliares a permanecer por un lado fieles a la tradición católica y por otro lado a volverla a presentar de un modo adaptado a nuestros tiempos. En cierto sentido, el 11 de octubre de hace cuarenta años ha marcado el inicio solemne y universal de la que es llamada «nueva evangelización».

3. El Concilio ha sido por así decir la «puerta santa» de esa nueva primavera de la Iglesia que se ha revelado en el gran Jubileo del año 2000. Por este motivo, con la carta apostólica «Novo millennio ineunte» he pedido a la comunidad eclesial que vuelva a tomar entre sus manos los documentos conciliares, que no pierden ni su valor ni su brillo. Deben ser conocidos y asimilados como «textos cualificados y normativos del Magisterio, dentro de la Tradición de la Iglesia» (Cf. n. 57). Por eso entregué simbólicamente estos documentos a las nuevas generaciones, con motivo de la jornada jubilar del apostolado de los laicos.

Que la Virgen María, Madre de Dios y de la Iglesia, nos ayude a comprender que en el Concilio se ha ofrecido a todos nosotros una brújula para orientarnos en el camino del siglo que comienza.

ESTUDIO

LOS OBISPOS ARGENTINOS Y EL CONCILIO VATICANO II

Pbro. Luis Alberto Lahitou
Buenos Aires

Juan XXIII, el 20 de enero de 1959, durante una conversación con su secretario de Estado, el cardenal Doménico Tardini, pronunció unas palabras que habían de cambiar la vida de la Iglesia mirando al tercer milenio, que comenzamos a transitar.

Esas palabras fueron: “Concilio Ecuménico”, “Sínodo Romano” y “Reforma del Código de Derecho Canónico”.

Estas propuestas, impensadas para muchos, que consideraban que la definición de la infalibilidad papal en el Concilio Vaticano I implicaba la imposibilidad de la actividad colegial en la Iglesia, iban mucho más allá de lo meramente normativo y apuntaban a hacer crecer a la Iglesia en santidad y ecumenismo, reparando viejas heridas y abriendo camino a los gestos de fraternidad, de perdón, de reconocimiento de culpas y de arrepentimiento hechos por Juan Pablo II.

La preparación efectiva del Concilio estuvo a cargo de la Comisión Antepreparatoria del Concilio Ecuménico Vaticano II, constituida el 17 de mayo de 1959, que tenía la misión de entrar en contacto con los episcopados de todo el mundo con el fin de recoger las sugerencias que quisieran aportar para que durante el desarrollo del Concilio se trataran. La comisión estuvo presidida por el cardenal Tardini.

Esta invitación se extendió a las universidades católicas y a sus teólogos. Este era un hecho inédito, nunca se había realizado una consulta con tal amplitud.

El término antepreparatoria implicaba iniciar las tareas y estudios que dieron lugar a la preparación de los temas y de los esquemas correspondientes que serían debatidos en el aula conciliar.

La Comisión envió una circular a los obispos y abades, otra a las universidades para que en un plazo estipulado le hagan llegar sus propuestas. Esta carta no condicionaba las respuestas, dejando en plena libertad a los destinatarios, abriéndose a recibir cualquier propuesta.

La consulta abarcó a 2.594 prelados, 156 superiores generales, 62 centros de estudios superiores.

Este material fue tratado por 15 organismos de estudios y por la Comisión Central, estos estaban integrados por 12 comisiones (sus cometidos correspondían a las Congregaciones Romanas) y tres secretariados, uno de carácter organizativo, otro destinado a fomentar la unidad de los cristianos y otro para los medios de comunicación.

La comisión Central (Preparatoria) estaba encargada de dar la redacción definitiva a los textos preparados por las comisiones, su presidente era el Papa. Su labor se concretó en 73 esquemas que luego del primer período de sesiones se redujeron a 20 y finalmente fueron 16. Las tareas de esta comisión en siete períodos de reuniones comenzaron el 12 de junio de 1961 y concluyeron el 20 de junio de 1962.

En medio de estas tareas el papa Juan XXIII hizo pública la bula de indicción del Concilio: *Humanae salutis*, el 25 de diciembre de 1961, sin precisar la fecha de comienzo de las sesiones conciliares. Este fue fijado para el 11 de octubre de 1962 en el motu proprio *Consilium*, del 2 de febrero de ese año.

El episcopado argentino al comienzo del Concilio Vaticano II

La Iglesia Argentina, a comienzos de la década del sesenta puede ser estudiada, con relación a la participación de la jerarquía en la gestación y en las sesiones del Concilio Vaticano II, a partir de la información aportada por fuentes afortunadamente accesibles¹ que nos permiten tener un panorama bastante amplio de su estructura.

A fines de 1962 la República argentina contaba con 11 arzobispos, 35 obispos residenciales, 15 obispos auxiliares, 2 obispos titulares y 1 enfermo, lo que hace un total de 64 prelados².

En cuanto a sus edades 3 tenían entre 74 y 78 años, 4 entre 69 y 73, 5 entre 64 y 68, 2 entre 59 y 63, 10 entre 54 y 58, 14 entre 49 y 53, 12 entre 44 y 48 y 1 entre 39 y 43. De estos datos se deduce que la gran mayoría de los obispos argentinos estaba debajo de los 50 años de edad³.

Por su origen hay 8 nacidos en Buenos Aires y el gran Buenos Aires, 16 en el interior de la provincia de Buenos Aires, 7 en Santa Fe, 8 en Córdoba, 3 en Entre Ríos y 3 en el resto del país; 4 son extranjeros (2 alemanes, 1 italiano y 1 ucranio)⁴.

De acuerdo a la fecha de ordenación, del total de obispos existentes en 1961, el 25 % fueron ordenados en 1936 o antes (9 continúan), 40 % en torno a 1946 (14 continúan) siendo el resto promovidos a partir de la erección de nuevas diócesis entre 1957 y 1962⁵.

Según su origen familiar 15 % son de familias de origen “criollo”, 77 hijos de inmigrantes (19 hijos de italianos, 12 de españoles, 5 de alemanes, 2 de irlandeses, 1 de árabes) y el 8 % son extranjeros⁶. En cuanto a la situación social de sus padres, 5 proviene de familias tradicionales del interior, 18 de clase media y 18 de familias humildes⁷.

En cuanto a sus funciones en la Iglesia antes de su promoción al episcopado, de 46 obispos residenciales 20 fueron párrocos (43, 9 %), 11 (32, 6 %) fueron vicarios generales, 15 fueron profesores de seminarios (de estos 7 fueron rectores o vicerrectores). De los 13 obispos residenciales provenientes del clero regular la mayoría ocuparon cargos elevados en su congregación.

Respecto a sus estudios la mayoría ha realizado una parte de ellos (o la totalidad) en Roma⁸. Estas características marcarán su actuación en el Concilio.

La etapa preparatoria del Concilio Vaticano II

La actuación de los obispos argentinos en el Concilio Vaticano II comenzó en la fase preparatoria previa a la celebración del Concilio, a través de sus respuestas a la carta que, en nombre del Papa, el cardenal Tardini les enviara, el 18 de junio de 1959.

Las respuestas son de diferente naturaleza⁹, unas son breves y otras más extensas. La respuesta de Mons. Scozzina, obispo de Formosa, es una de las más breves, ya que expresa que no hace ninguna

¹ *Anuario Eclesiástico de la República Argentina* Buenos Aires, Ed. Instituto Bibliotecológico del Arzobispado de Buenos Aires, 1961.

AMATO, ENRIQUE *La Iglesia en Argentina* Madrid, Ed. FERES CISOR, 1965, Estudios Socio-religiosos Latino-americanos 5 (II).

IMAZ, JOSÉ LUIS DE *Los que mandan* Buenos Aires, Ed. EUDEBA, 1973, 10ª edición.

² AMATO, o. c., p. 203.

³ AMATO, o. c., p. 204.

⁴ IMAZ, o. c., p. 173.

⁵ IMAZ, o. c., p. 172.

⁶ IMAZ, o. c., p. 175

⁷ IMAZ, o. c., p. 175, datos sobre 41 obispos.

⁸ IMAZ, o. c., p. 178.

⁹ La Pontificia Comisión Central Preparatoria ha publicado diversas recopilaciones de documentos referidos a la gestación del Concilio. Una de ellas es la serie de volúmenes denominada: *Acta et Documenta Concilio Oecumenico Vaticano II apparando*, serie 1ª *Antepreparatoria* (1960-1961) cuyo volumen II *Concilia et vota episcoporum et praelatorum* está

sugestión ya sea de doctrina como de disciplina¹⁰; la de Mons. Weimann, obispo de Santiago del Estero, es similar: no propone nada especial para ser tratado en el futuro Concilio Ecuménico¹¹.

Casi todas están escritas en latín, sin embargo, la de Mons. Juan Carlos Aramburu, por entonces arzobispo de Tucumán, está redactada en castellano en su totalidad¹² y la de Mons. Deane, obispo de Villa María, sólo la última parte está en latín¹³.

En sí mismas difieren, algunas son detalladas y acompañadas por citas de diversos orígenes; algunas aportan elementos renovadores de la pastoral, otras sólo preocupación por los enemigos de la Iglesia, otras se remiten a cuestiones disciplinares.

La repuesta de Mons. Iriarte

Por su temática, y por la coherencia con toda su actuación como obispo, conservan un valor de actualidad las propuestas de Mons. Juan José Iriarte¹⁴.

En el primer punto, Mons. Iriarte manifiesta sus inquietudes respecto del objeto del concilio, los aspectos a considerar y en los que debe trabajar.

En la primera parte señala que “casi todo lo que sugerimos en esta respuesta, abarca lo disciplinar no lo doctrinal”.

En cuanto al *objeto del Concilio* afirma que es la adaptación de la Iglesia a las circunstancias que plantea el mundo moderno.

En cuanto a los *hechos*: considera que, tanto en el mundo cuanto en la Iglesia, algunas las cosas cambian rápidamente y otras permanecen inmutables (la interpretación bíblica, la disciplina sobre la Sagrada Eucaristía,...) y que son muchas, e importantes, las cosas en las que la Iglesia aún no han alcanzado la plena madurez y evolución, tales como la acción de los laicos, la participación del pueblo en el sacrificio de la misa, etc.

Respecto a *donde* debe trabajar el Concilio opina que:

- 1) Debe *abrir las puertas* a una amplia experimentación en estas cosas, con normas que prudentemente lo regulen y que no lo coarten.
- 2) *Impulsando la reforma* de la Iglesia donde se considere oportuno.
- 3) *Cambiar la antigua legislación en las cuestiones poco precisas o definidas* que, en estos tiempos experimenten su evolución:
 - a) impidiendo su perfeccionamiento posterior por ejemplo: la participación de los laicos en la Iglesia.
 - b) imponiendo normas prematuras por ejemplo referidas a los estipendios, beneficios, ascensos y dignidades, etc.

dividido en 8 partes. La 7ª está dedicada a los prelados de Sudamérica y Oceanía, en esta se recogen las respuestas de nuestros obispos De la página 47 a la 104 encontramos las respuestas de 33 obispos. Entre los obispos que responden, podemos distinguir: arzobispos: 8; nuncio apostólico: 1; obispos: 20; Obispo coadjutor con derecho a sucesión: 1; Administrador apostólico: 1; Obispos auxiliares: 2

¹⁰ *Acta et Documenta Concilio Oecumenico Vaticano II apparando, serie 1ª Antepreparatoria* 1960-1961, Vol. II 7ª parte *Sudamérica Oceanía* p. 58.

¹¹ Idem p. 85.

¹² Idem pp. 85- 86.

¹³ Idem pp.89-91.

¹⁴ Ocupan las páginas 70 a 74 del volumen VII. Se dividen en VIII partes, que abarcan los siguientes asuntos: I Consideraciones generales; II Iglesia universal; III Diócesis; IV Parroquia; V Disciplina del Clero; VI Los laicos; VII Acción pastoral en general; VIII Liturgia.

Dentro de sus propuestas respecto a la Iglesia Universal, Mons. Iriarte enuncia la necesidad de la simplificación, para adecuarla mejor a la simplicidad evangélica y la pobreza coherentes con la actualidad, en todo lo referido a las vestiduras de los prelados, en el lenguaje de los documentos eclesiásticos (tanto romanos como episcopales), en las construcciones, en el lujo de las Nunciaturas Apostólicas, en la supresión de los títulos de nobleza pontificios y de los títulos meramente honoríficos para los eclesiásticos¹⁵.

En su propuesta manifiesta la necesidad de eliminar lo que represente una preeminencia occidental o europea en la Iglesia, de universalizar la Curia Romana mediante la participación proporcional de todos los países; de mejorar, con suavidad y firmeza, la distribución del clero y de los religiosos en todas las regiones, de favorecer una mayor participación activa de todos los miembros en la vida y la conducción de la Iglesia, salvando el orden de la constitución divina de la jerarquía monárquica en cuanto a una mayor libertad de opinión, más consultas y mayor participación en las labores; de fortalecer las organizaciones eclesiásticas en el orden nacional junto a la sociedad civil, en el orden social. Se observa una debilidad de la Iglesia en este aspecto, siendo mejor en el ámbito internacional o diocesano y de liberar a la Iglesia de la dependencia económica del estado.

En cuanto a las reformas en el ámbito diocesano propone, mayor coordinación entre las tareas diocesanas en manos de los obispos y del consejo diocesano, sobre todo en las grandes diócesis; la supresión o modificación de los Cabildos eclesiásticos, que en la práctica no actúan como el senado del obispo; promover la distribución equitativa de los ingresos diocesanos, para que unos hagan gastos superfluos y otros pasen necesidades.

En lo referido a las parroquias adaptarlas a las necesidades actuales de las grandes ciudades atendiendo tanto las diversidades culturales y laborales y la pluralidad humana, así como las dimensiones geográficas; impulsándolas a una verdadera acción misionera; eliminar los beneficios, asociados a la idea del dinero y del lucro, lo que impide el progreso pastoral de las parroquias. Para ello propone que la parroquia no debe ser “dada” al párroco, sino “encomendada”; que el Obispo pueda remover al párroco por enfermedad física o síquica, edad y otras razones sin proceso, lo mismo que a los

¹⁵ En el mismo espíritu de esta propuesta, en *L'Italia* de Milán del 30 de mayo de 1963 se publican las siguientes palabras de Mons. Iriarte

“¡*Benditos los pobres!* Hoy considero la pobreza y la simplicidad exterior de la Iglesia como una condición esencial para transmitir su mensaje. El mensaje de la Iglesia ha sido, es y siempre será signo de paz, de verdad, de amor, de esperanza y de voluntad de servicio.”

“Pero pienso que difícil es para nosotros, pobres obispos de la Iglesia de Cristo, en este siglo XX, hacer comprender este mensaje que, por su origen, está lleno de la pobreza de la Encarnación, del pesebre, y de la cruz; mensaje que fue predicado por un trabajador que lavaba los pies a aquellos a los que llamaba amigos, que no poseía nada, que se expresaba en el lenguaje familiar de la moneda perdida; mensaje *destinado hoy* a los hombres del proletariado, de los cuales 65 sobre 100 tienen hambre, que frecuentemente viven en las *favelas*, en los *slums*, en las *coreas*, en las *bidonvilles*. Hombres que entre si se llaman compañeros, y que están habituados a un lenguaje incisivo y directo – el lenguaje de sus jefes -, a la esencialidad de las arquitecturas que los circundan.”

“¡Y nosotros, no debemos transmitir nuestro lenguaje cristiano desde lo alto de los mármoles de nuestros edificios y de nuestros ‘palacios’ episcopales, nosotros que, cuando acudimos al encuentro de nuestro pueblo lo hacemos en automóviles último modelo o en vagones de primera clase, revestidos de púrpura, con el pueblo que viene a nosotros llamándonos ‘excelencia reverendísima’, arrodillándose para besar la piedra de nuestro anillo!”

“Liberarnos de todo estos residuos de historia y de antiguas costumbres no es cosa fácil. ¡Cuidado con los simplistas, que nunca encuentran dificultad en ninguna cosa! Busquemos no condenar, o proponer soluciones baratas...”

“Señor, haz que nosotros, humildemente y en la pobreza y simplicidad del corazón, con la plegaria y con la protección de tu Madre, podamos obtener de ti todos los tesoros de luz y de coraje necesarios a fin de que la Iglesia encuentre su camino en este siglo XX y sea capaz de satisfacer, con simplicidad, el ideal que tu humilde hijito, Juan XXIII le ha indicado: que sea la ‘Iglesia de los pobres’”.

Reproducido en *II Concilio Vaticano II Cronache del Concilio Vaticano II* editada por la Civiltà Cattolica bajo la dirección de Giovanni Caprile s j volumen II pp. 517-518.

religiosos de sus oficios, y sin considerar esto como una especie de sanciones penales; que los estipendios (colectas o derechos de estola) parroquiales recibidos, deben ser distribuidos equitativamente en toda la diócesis y que se supriman los estipendios o tasas fijadas para la administración de los sacramentos y los diferentes aranceles en la celebración de los matrimonios y funerales por el escándalo que causan.

Esta reforma debe ser llevada a cabo de manera moderada, con una preparación previa y de manera gradual, para evitar las oposiciones.

Respecto a la disciplina del clero propone: reafirmar la estricta disciplina del celibato e eliminar todo lo que lo pueda afectar; exaltar y evitar las tergiversaciones en la práctica todo lo referente a la virtud de la obediencia; alabar y promover la virtud de la pobreza de espíritu en todos los grados del clero; analizar y determinar los períodos para la oportuna realización de estudios de actualización por parte del clero.

En los seminarios de formación del clero: conceder facultades para la libre experiencia en la formación de las vocaciones tardías; buscar una formación austera en simplicidad y pobreza; establecer un tiempo dedicado a la formación espiritual, al modo de los noviciados religiosos; destinar un período dedicado a la práctica pastoral antes del orden del subdiaconado; eliminar los seminarios donde hay pocos alumnos, profesores, donde se carecen de medios suficientes para la formación favoreciendo la creación de seminarios interdiocesanos y por último, reconsiderar y estudiar las ordenes menores, considerando su significado actual.

En cuanto a los religiosos: suprimir o modificar aquellas congregaciones cuya finalidad no pueda ser llevado a cabo, o se imposibilite, ya sea por ese fin, o por el número insuficiente de miembros, imponer las necesarias reformas en las familias religiosas femeninas en las costumbres, vestiduras, devociones, formación religiosa y moral y otras que se oponen a la difusión de la vida religiosa en la Iglesia.

Respecto a los laicos propone: la promoción de la presencia activa de los laicos en la Iglesia, a partir del conocimiento del lugar propio en ella conforme a las enseñanzas de Pío XII; favorecer el auxilio internacional a las iglesias menos desarrolladas mediante el envío de laicos enviados a ellas; no es conveniente establecer leyes ya sea definitivas o absolutas a cerca del derecho y de los oficios de los laicos, ya que esto hasta ahora se sigue desarrollando.

Referido a la acción pastoral en general su respuesta incluye los siguientes aspectos: el Concilio debe modificar las circunstancias que, en la práctica, reducen la vida de la Iglesia a la participación de las mujeres, en sus modos y formas de oración, en la distribución de los horarios de culto, en las normas establecidas en las relaciones entre los sacerdotes y los demás.

Lo mismo en lo referido a la ausencia de los obreros en la Iglesia, cambiando las formas de expresarse que obstaculizan su participación, moderando los asuntos económicos y las casas parroquiales, en la sensibilidad relacionada con los problemas socioeconómicos, rechazando las ideas del capitalismo y otras; el dialogo con la civilización técnica en el que la Iglesia no puede permanecer ajena para orientar la civilización; reconsiderar las tareas serviles prohibidas y los días festivos; reconsiderar las penas eclesiásticas y la disciplina de los libros prohibidos y el Index.

El cuanto a la liturgia propone la reforma del Breviario Romano, del Ritual Romano y el uso de las lenguas modernas, la supresión y renovación de fiestas que no son significativas en la actualidad; la participación de los fieles en la misa y suprimir las limitaciones en cuanto al horario para celebrar la misa y administrar la comunión.

La participación de nuestros obispos en los cuatro períodos de sesiones

Las sesiones del concilio se extendieron entre 1962 y 1965; durante las sesiones del Concilio no hubo legados del Papa, fue conducido por un Consejo de la Presidencia integrado por diez cardenales designados por Juan XXIII en setiembre de 1962, uno de ellos era el, por entonces, arzobispo de Buenos Aires, Antonio Caggiano. Durante la etapa preparatoria había integrado la comisión central. El cardenal Santiago Luis Copello que también formó parte de la comisión técnico-organizativa, sección correcciones.

En el comienzo de la primera etapa de las sesiones (11 de octubre al 8 de diciembre de 1962), se constituyeron las comisiones conciliares. Resultaron electos entre ellos Raúl F. Primatesta (comisión para los obispos y el gobierno de las diócesis), Enrique Rau (comisión de liturgia), Mons. Andrés Sápelak (comisión de Iglesias Orientales) y Miguel Raspanti (comisión de la disciplina del clero y de los laicos). Posteriormente Mons. Rau formará parte del Consilium para la aplicación de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia.

Como las intervenciones episcopales en las sesiones son numerosas, tomaremos algunas de ellas.

El primer esquema sometido a debate fue el referido a la liturgia, se registran intervenciones de Mons. Antonio M. Aguirre referidas a la reforma del Breviario Romano, de Mons. Juan Carlos Aramburu, respecto a la posibilidad de celebración de la misa en diversos horarios y otros ritos, de Mons. Antonio Devoto sobre el rito del Bautismo y sobre el Ordo Missae, de Mons. Jorge Kémerer sugiriendo algunas modificaciones (además hizo conocer un esquema para la celebración dominical en ausencia de un presbítero), de Mons. Plaza sobre el peligro del menosprecio de las imágenes. Son destacables las intervenciones de Mons. Rau sobre la lengua litúrgica y de Mons. Kémerer.

Mons. Ildefonso Sansierra, por ese entonces obispo coadjutor del arzobispo de San Juan, en su nombre y en el del arzobispo Mons. Audino Rodríguez y Olmos propone diversas modificaciones en el rito de la misa, entre otras que se introduzca el nombre de San José, permitir la celebración de la misa en cualquier horario, la comunión bajo las dos especies, etc.¹⁶.

Más tarde se propuso a la consideración de la asamblea el esquema sobre las fuentes de la revelación.

Respecto al esquema sobre los medios de comunicación Mons. Marengo lo considera bueno, pero difuso, cargado de repeticiones y de prescripciones minuciosas, propias de un tratado de moral y que muchas cosas cabría dejarlas a la resolución de la Santa sede o de las conferencias episcopales¹⁷.

Cuando era considerado el esquema sobre la Iglesia, Mons. Devoto opinó que debía ser revisado porque se esperaba, de este esquema, una visión bíblica de la Iglesia más adecuada a su realidad existencial, una clara y evidente revalorización de la noción de pueblo de Dios, una precisa exposición de la colegialidad de los obispos, de su responsabilidad sobre toda la Iglesia, del ámbito de la función episcopal, la positiva aceptación y la animación a la opinión pública en la Iglesia que es de gran beneficio para el ejercicio del poder de gobierno; una presentación de la Iglesia en su pobreza evangélica y en su simplicidad y en su misión de servicio y no de dominio¹⁸.

Concluidas las deliberaciones, algunos prelados hicieron llegar a través de sus cartas pastorales, noticias sobre el desarrollo del Concilio. al pueblo de Dios¹⁹.

En el transcurso de la segunda sesión²⁰, se comenzó a tratar el esquema reformado sobre la Iglesia, al tratarse el primer capítulo, Mons. Aramburu intervino sobre la realidad del Cuerpo Místico y sobre la unidad social de los fieles que es especialmente fomentada por la eucaristía.

¹⁶ Il Concilio..., tomo II, p. 107.

¹⁷ Il Concilio..., tomo II p. 211.

¹⁸ Il Concilio..., tomo II, pp. 249-250.

¹⁹ Mons. Zazpe, Rau, Devoto, Fasolino, etc.

²⁰ 29 de setiembre al 4 de diciembre de 1963.

Mons. Kémerer tuvo una importante intervención sobre la restauración del diaconado permanente en regiones como las de América Latina tan necesitadas espiritualmente²¹.

Respecto a la santidad en la Iglesia, Mons. Sansierra criticó el valor probatorio de algunas citas bíblicas hechas en el texto, señaló la necesidad de hablar de los pobres y de los trabajadores así como de los distintos grados de caridad con el prójimo; en la misma sesión aportó su parecer sobre el cuarto capítulo del esquema Mons. Sápelak, haciendo referencias, además, a que los que son perseguidos y oprimidos a causa de la fe, preceden a los demás en el camino de la santidad²².

Durante la discusión del esquema sobre los obispos y el gobierno de las diócesis, Mons. Zazpe, señala lagunas en el segundo capítulo, mientras que el derecho debe enunciar el misterio de la Iglesia, este capítulo parece esconderlo, mientras la diócesis tiene origen en el obispo, padre, apóstol, maestro y sacerdote, el esquema calla completamente que la diócesis es familia, misión, comunidad de fe y de culto²³.

Mientras se preparaba la votación final sobre el esquema sobre los medios de comunicación social, un grupo de obispos, integrado entre otros por Mons. Zazpe y Mons. Enrique Príncipe, manifestaron por escrito a los padres conciliares su oposición a la misma.

Respecto al esquema sobre el ecumenismo, Mons. Sápelak manifestó la necesidad de modificar su título, denominándolo De ecumenismo o de la acción para favorecer la unidad de los cristianos, que debería señalar las diferencias entre las venerables Iglesias Orientales separadas y las comunidades protestantes de Occidente, que la tarea de la Iglesia Católica para realizar la unidad con las Iglesias Orientales y de la necesidad de dedicar un capítulo a las Iglesias de Oriente²⁴.

Sobre el ecumenismo, Mons. Aramburu expresó que debiera agregarse una introducción o proemio apelando a todos los hombres de buena voluntad, análogo a la declaración de los padres conciliares hecha durante el primer período. Que es necesario establecer un principio de diálogo aceptable par los católicos y los no católicos, que el decreto debe ser reordenado, que el ecumenismo no es un problema sino un misterio, que se debe preparar el advenimiento de una teología ecuménica impostada no sobre el espíritu de polémica o de defensa sino permeada de una profunda e incondicionada fidelidad al mensaje de Cristo y de la Iglesia. Este es, para Mons. Aramburu, el único medio serio para responder a las exigencias de los tiempos, que permite evitar los peligros e insidias del irenismo y, a la vez, las rigideces y aversiones determinan las condenas²⁵.

Entre el 14 de setiembre y el 21 de noviembre de 1964 se desarrolló el tercer período de sesiones.

En la concelebración inicial, junto al Papa Pablo VI y a 23 padres conciliares, señalamos la participación de Mons. Juan Carlos Aramburu, en la primera vez en que se ponía en práctica la renovación de este rito²⁶.

Durante el tratamiento del capítulo sobre la Bienaventurada Virgen María, Mons. Sápelak señaló que no destaca suficientemente la misión de María como patrona de la Iglesia y Madre del género humano, añadiendo las expresiones de profunda devoción que la Iglesia de rito bizantino le dirige y que no es una doctrina nueva, sino que está probada por la historia y contenida en los escritos de los Padres²⁷.

Al tratarse el esquema sobre el gobierno pastoral de los obispos, Mons. Iriarte retoma algunos elementos que expuso en su respuesta a la comisión Antepreparatoria. Señala la necesidad de distinguir

²¹ Il Concilio..., tomo III p. 93-94.

²² Il Concilio..., tomo III, p. 174.

²³ Il Concilio..., tomo III, p. 252.

²⁴ Il Concilio..., tomo III, p. 297.

²⁵ Il Concilio..., tomo III, p. 312.

²⁶ Il Concilio..., tomo IV, pp. 8-9.

²⁷ Il Concilio..., tomo IV, pp. 19-20.

entre los elementos de validez universal y para todos los tiempos de aquellos que responden a circunstancias particulares. Entre los primeros, el estilo y modo de vida, el uso de su propio tiempo, el desenvolvimiento ordinario de la actividad pastoral, la elección del trabajo, el uso de los bienes materiales, el modo de hablar en público, de manifestar y no de ejercitar su propia autoridad.

Recomienda servirse de la sociología religiosa para conocer la realidad compleja, y frecuentemente lejana, de la mentalidad eclesiástica, dejar de lado la actividad directa para dirigir y coordinar las obras y las iniciativas de los demás, y entre otros temas retoma el espíritu de pobreza en el mundo de hoy, permeado por el espíritu materialista²⁸.

Al tratarse el esquema acerca del pueblo judío, Mons. Jerónimo Podestá, expresa su agrado por el mismo pero señala la necesidad de explicitar que esa declaración sólo tiene significado religioso y no consideraciones políticas²⁹.

Sobre el apostolado de los laicos, Mons. Antonio Quarracino y Mons. Eduardo Pironio hicieron conocer sus opiniones. El primero expresa que debe exponer con mayor eficacia que la pertenencia al Pueblo de Dios al Cuerpo místico de Cristo a través del Bautismo y de la Confirmación que constituyen el fundamento del apostolado de los laicos.

El segundo señala que, por que es necesario en la Iglesia, el apostolado de los laicos debe ser inscripto en la historia misma de nuestra salvación.³⁰

Mons. Guillermo Bolatti en su intervención sobre el esquema 13, sobre la Iglesia y el mundo moderno, deplora que deje de lado la mención del comunismo, a la vez resalta la mención de la solidaridad entre los pueblos y agradece el auxilio de los obispos germanos, de América del Norte, de España e Italia, etc. a las Iglesias de América latina³¹.

Del último período de sesiones, entre el 14 de setiembre y el 8 de diciembre de 1965, recatamos el aporte de Mons. Aramburu, durante el debate sobre el esquema acerca de la libertad religiosa, sobre la necesidad de modificar el texto en el cual se afirma que el poder civil puede prohibir el ejercicio del derecho a la libertad religiosa por razones de orden público, es oportuno especificar que el orden público del cual se trata es la legítima y natural paz pública, de otra manera el poder civil podría juzgar a su arbitrio que el orden público es turbado. Sería muy fácil, en este caso condenar como ilegítima la predicación apostólica en países paganos y comunistas. Análogamente, se podría definir como injusta la abolición de la discriminación racial y, en general, toda la actividad misionera desplegada por la Iglesia Católica³².

Durante el mismo debate, Mons. Aramburu, al referirse a los problemas que interesan a los hombres, sugirió interesarse antes en la situación natural del hombre, de la que sería fácil deducir cual es su vocación y, de esta abrir el camino para tratar los problemas humanos de nuestro tiempo, siguiendo el principio de santo Tomás³³.

En el debate del esquema sobre la actividad misionera, Mons. Sápelak señala la necesidad de tener en cuenta en la predicación apostólica el ateísmo militante que, en los países donde está presente, afecta a la Iglesia y a los creyentes³⁴.

Durante el tratamiento del esquema referido a la vida de los presbíteros, Monseñor Luis J. Tomé, alabó la distinción entre el sacerdocio ministerial y bautismal contenida el esquema presentado³⁵.

²⁸ Il Concilio..., tomo IV, pp. 37-38.

²⁹ Il Concilio..., tomo IV, p. 88.

³⁰ Il Concilio..., tomo IV, pp. 167-168.

³¹ Il Concilio..., tomo IV, p. 263.

³² Il Concilio..., tomo V, p. 24.

³³ Il Concilio..., tomo V, p. 75.

³⁴ Il Concilio..., tomo V, p. 199.

³⁵ Il Concilio..., tomo V, pp. 256-257.

Mons. Enrique Pechuán Marín, destacó la participación de la Virgen María en el ministerio sacerdotal.

Durante el debate de los artículos del esquema 13 referidos a la condena moral de la posesión de armas nucleares, el 2 de diciembre de 1965, junto a otros prelados, Mons. Adolfo S. Tortolo, firmó una nota pidiendo que, dado que esas armas aseguran la libertad de muchas naciones del mundo, se vote negativamente la segunda parte de dicho esquema³⁶.

A lo largo de los cuatro períodos de sesiones, de acuerdo a los índices de las actas conciliares, los obispos argentinos son mencionados más de mil veces. Esta gran profusión de textos hace que seguramente hayan quedado citas más importantes que las que hemos realizado, y que por su misma índole merecerían un tratamiento más amplio del que se ha querido hacer aquí.

³⁶ Il Concilio, ..., tomo V, pp. 495-496.

Reflexiones y aportes de Mons. Enrique Angelelli
a la redacción del Decreto Presbyterorum Ordinis

Introducción

Nos proponemos abordar algunas de las intervenciones efectuadas por Mons. Enrique Angelelli durante el desarrollo del Concilio Vaticano II; deteniéndonos particularmente en las referidas a los esquemas previos al Decreto Presbyterorum ordinis (PO). Sin ningún espíritu de ser exhaustivos, indicaremos y analizaremos algunos contenidos que nuestro protagonista promueve durante la confección del referido decreto, acerca de tres tópicos: la naturaleza sacramental del presbiterado, la espiritualidad del ministro ordenado y la formación seminarística. A partir del tratamiento de estos temas, esbozaremos una síntesis, en ésta observaremos como algunos de los temas presentados por Mons. Angelelli en las discusiones anteriores, fueron asumidos en la redacción definitiva del decreto. Previamente a estos puntos, señalaremos sucintos aspectos del ministerio presbiteral de Enrique Angelelli y algunas facetas de su participación en el Concilio Vaticano II.

Reiteramos la provisionalidad de estas reflexiones. No quieren ser excluyentes de otras más pormenorizadas. Únicamente subrayaremos algunas líneas del pensamiento de nuestro obispo respecto de la vida y del ministerio presbiteral, en torno a su participación en el Concilio Vaticano II.

Algunas facetas del ministerio presbiteral de Enrique Angelelli

Enrique Angel nació en un modesto hogar en la periferia de la ciudad de Córdoba (Argentina), el 17 de julio de 1923, hijo de Celina Carletti y de Juan Angelelli. Cursó sus primeras letras en el colegio de las religiosas de Villa Eucarística, y a los quince años (el 6 de marzo de 1938) ingresó al Seminario Nuestra Señora de Loreto (Córdoba). Junto a otras cualidades, se destacó como estudiante de teología. En el tercer año, sus superiores y profesores le propusieron completar su formación sacerdotal en Roma. Como interno del Colegio Pío Latinoamericano finalizó los estudios teológicos y se ordenó sacerdote el 9 de octubre de 1949, en la Ciudad Eterna. En 1951 obtuvo en la Universidad Gregoriana de esa misma ciudad, la Licenciatura en Derecho Canónico. Ya entonces se contactó con las corrientes de la Juventud Obrera Católica (J.O.C.), impulsada por el belga José Cardjin.

Angelelli a su regreso de Roma desempeñó toda su actividad sacerdotal en diversos campos pastorales de la ciudad de Córdoba. En septiembre de 1951, se inició como Vicario Cooperador en la Parroquia San José de Barrio Alto Alberdi y Capellán del Hospital Clínicas. Dados sus estudios fue designado Notario del Tribunal Eclesiástico de Córdoba, además ejerció la docencia en el Seminario Mayor (como profesor de Derecho Canónico y Doctrina Social de la Iglesia). También fue profesor de Teología en el Instituto Lumen Christi y en algunos colegios religiosos, además de participar de la Junta Arquidiocesana de Acción Católica. Junto a estos diversos servicios, sabía dedicar espacios para visitar a los pobres y marginados que vivían en los conventillos y en las villas miserias de la ciudad. En 1952 fue designado Asesor de la J.O.C. en Córdoba, a quienes acompañó con un cariño muy particular, teniendo además la atención pastoral de la Capilla Cristo Obrero.

Participación de Enrique Angelelli en el Concilio Vaticano II

En el transcurso de los servicios ministeriales brevemente indicados, fue elegido Obispo titular de Listra y Auxiliar de la Arquidiócesis de Córdoba en diciembre de 1960; siendo consagrado el 12 de

marzo de 1961. De este modo tuvo la oportunidad de participar en las sesiones del Concilio Vaticano II,³⁷ compartiendo el gozo de ver a la Iglesia revisarse a sí misma y recibir la fuerza del Espíritu para renovarse. La vivencia del Concilio Ecuménico y los documentos emanados en él, se convertirían en la fuente inspiradora para su servicio episcopal. Así escribiría: “Si echamos una mirada a la documentación conciliar, ciertamente que debemos confesar, que nos encontramos ante una riqueza tal, de donde es necesario ir sacando y desentrañando todo su contenido, porque es denso, justo, estudiado hasta la coma”.³⁸

Según las Actas del Concilio Ecuménico, Mons. Angelelli realizó diecinueve intervenciones escritas y orales en torno a doce documentos conciliares. Dos participaciones escritas fueron personales. En las otras (tanto escritas como orales) firmó como adherente a la realizada por otro Padre Sinodal. Además, rubricó quince documentos conciliares promulgados oportunamente.³⁹

Sus variadas intervenciones incursionan sobre los esquemas concernientes a los documentos que finalmente quedaron plasmados en las cuatro Constituciones conciliares: *Lumen gentium*, sobre la Iglesia; *Dei Verbum*, sobre la Divina Revelación; *Sacrosanctum Concilium*, sobre la Sagrada Liturgia y *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual. También en los Decretos: *Christus Dominus*, sobre la función pastoral de los obispos; *Presbyterorum Ordinis*, sobre el ministerio y la vida de los presbíteros; *Apostolicam actuositatem*, sobre el apostolado de los laicos; *Ad gentes divinitus*, sobre la actividad misionera de la Iglesia y *Unitatis redintegratio*, sobre el ecumenismo. Y además las Declaraciones: *Dignitatis humanae*, sobre la libertad religiosa; *Gravissimum educationis*, sobre la educación cristiana y *Nostra aetate*, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas.

Entre las diversas intervenciones conciliares de Angelelli, dado nuestro objetivo, nos centraremos en algunas de las referidas al decreto sobre el ministerio y la vida de los presbíteros. El estudio de las mismas nos permitirá subrayar algunas líneas directrices que vislumbra nuestro obispo, para luego esbozar una síntesis en la que relacionaremos las participaciones de nuestro autor y la asimilación que de las mismas hace el Concilio Vaticano II en el decreto aprobado finalmente.

Reflexiones y aportes de Mons. Angelelli a los esquemas del Decreto *Presbyterorum ordinis*

Confecionando una lectura englobante de las participaciones efectuadas por Mons. Enrique Angelelli al Decreto *Presbyterorum ordinis*, observamos que las mismas abordan diversos aspectos: la naturaleza sacramental, la espiritualidad del presbiterado, la formación sacerdotal, la vida pastoral del ministro, las relaciones entre el clero secular y el regular, el diálogo entre los obispos y sus presbíteros,

³⁷ Mons. Enrique Angelelli participó en la primera (1962), tercera (1964) y cuarta (1965) sesión del Concilio.

³⁸ Angelelli Enrique Mons., Reflexionando mientras concluye el Concilio. Escrito personal. Sin más datos. Archivo del Sr. Juan Aurelio Ortiz, Chuquis, La Rioja. Todo hace indicar que fue redactado en diciembre de 1965.

³⁹ Cf. Acta Sinodalia Sacrosanti Concilii Oecumenici Vaticano Secundi (ASSCOVS), ex Typis Polyglotis Vaticanis. 1976, Volumen 3, Parte 8, página 893, firma el 21 de noviembre de 1964 la constitución *Lumen gentium* y los decretos *Orientalium Ecclesiarum* y *Unitatis redintegratio*; Idem, 1978, Volumen 4, Parte 5, página 656, firma el 28 de octubre de 1965 los decretos *Christus Dominus*, *Perfectae caritatis* y *Optatam totius* y las declaraciones *Gravissimum educationis* y *Nostra aetate*; Idem, 1978, Volumen 4, Parte 6, página 669, firma el 18 de noviembre de 1965, el decreto *Apostolicam actuositatem* y la constitución *Dei Verbum*; Idem, 1978, Volumen 4, Parte 7, página 841, firma el 8 de diciembre de 1965 la declaración *Dignitatis humanae*, los decretos *Ad gentes divinitus* y *Presbyterorum Ordinis* y la constitución *Gaudium et spes*.

el diálogo entre las diversas generaciones de sacerdotes, la necesaria adaptación del ministerio al tiempo y al mundo cambiante, el celibato, la atención de los sacerdotes que dejan el ministerio, etc.

A fin de encuadrar nuestra reflexión, nos detendremos en los tres primeros aspectos señalados: la naturaleza sacramental, la espiritualidad del presbiterado y la formación sacerdotal. Interiorizaremos estos tópicos por considerarlos vertebrales entre los otros, también por ser los temas en donde quedan reflejadas las opiniones y las reflexiones más personales de nuestro obispo.

En algunas intervenciones,⁴⁰ Mons. Enrique Angelelli, expresa que el esquema propuesto en el aula conciliar sobre el tema en cuestión no es “digno de nuestros sacerdotes”. Lo observa normativo, repitiendo “muchos preceptos morales, ahí esparcidos sin fundamento y sin orden”, el mismo “no agrada” y no responde a los deseos de muchos padres sinodales. Este rechazo se sustenta desde diversas perspectivas: una porque no está enraizado en “una *sólida doctrina teológica* sobre la naturaleza y la espiritualidad sacerdotal, (...) nada se dice sobre las virtudes teologales y dones del Espíritu Santo, nada de la naturaleza sacerdotal”. También por la escasa relación con el Misterio Pascual de Cristo. Por lo expuesto estima “necesario una recapitulación de los principios fundamentales deducidos del esquema *sobre la Iglesia*, para que más claramente brillen los elementos esenciales sobre la espiritualidad y vida pastoral, con relación a Cristo, al obispo, al presbiterio, al pueblo cristiano y al mundo”.

Otra por constar que “carece de un *auténtico gozo y optimismo* de la vida sacerdotal. Los sacerdotes –a quienes amamos en verdad en las entrañas de Cristo– hoy tienen necesidad de signos y gestos de nuestra auténtica paternidad espiritual. Antes que se recuerden sus obligaciones, conviene que se valore su dignidad, se exalte su trabajo, y con ellos mismos demos gracias por sus inquietudes de espíritu y sus esfuerzos al servicio de Cristo y la Iglesia”.

Finalmente porque en la presentación de los esquemas se exponen los preceptos de manera negativa, sin mencionar el nexo intrínseco del presbiterado “con la doctrina de la sacramentalidad y colegialidad del episcopado (en general con todo el esquema *sobre la Iglesia*), con la constitución *sobre la Sagrada Liturgia*, con el esquema *sobre la Iglesia en el mundo actual*”. Insistiendo en este punto, Angelelli invitará a que todo lo referente al oficio episcopal por analogía tendría que ser relacionado al ministerio de los presbíteros; “si se dice ‘nada sin el Obispo’, también se ha de decir nada sin los sacerdotes como hemos oído en esta aula”. Por lo mismo, las “Constituciones, los Decretos y las Determinaciones del Concilio es necesario que se ordenen no sólo a los Obispos sino también a los sacerdotes, para que esto no sea letra muerta, sino que generen vida y ciertamente en abundancia”. Enumeradas las ausencias, nuestro obispo propone que se revise y se proponga un nuevo esquema (del decreto en cuestión) acorde a las indicaciones observadas; a tal fin menciona algunas mociones.

Entre ellas, dar una palabra de alabanza y gratitud “en favor de todos los sacerdotes de todo el mundo, como pródigos cooperadores de nuestro Orden que con celo, con la donación de la vida y con

⁴⁰ Cf. ASSCOVS, 1974, Volumen 3, Parte 4, páginas 543-545. Observación escrita encabezada por Mons. Enrique Angelelli. Cf. ASSCOVS, 1974, Volumen 3, Parte 4, páginas 625-627. Observación escrita encabezada por Mons. Eduardo Pironio, Obispo Auxiliar de La Plata. Cf. ASSCOVS, 1976, Volumen 3, Parte 8, páginas 244-247. Observación escrita encabezada por Mons. Enrique Angelelli. Textos en latín. Los entrecomillados siguientes, serán citas textuales de las actas indicadas.

fidelidad a sus pastores trabajan en la viña del Señor”. Además siguiendo el espíritu del concilio, presenta a los presbíteros como una corona en torno al Obispo.

También desarrollando y explicitando “*la naturaleza teológica del presbiterado*, en conexión con la misión salvífica de Cristo y la Iglesia, con la colegialidad del episcopado, con el mundo actual a redimir. La vida y el servicio del sacerdote realmente proclama el misterio pascual de Cristo. Sin embargo no solo, sino que forma junto con el obispo, en el misterio de la Iglesia, un verdadero y sagrado presbiterio”.

En íntima conexión con la naturaleza, deriva a posteriori “*la espiritualidad específica de los sacerdotes*, propia de este tiempo del mundo y de la Iglesia. Particularmente llamado a la santidad – como especialmente partícipe en el único servicio y mediación de Cristo– sea en verdad el sacerdote como ‘hombre de Dios’, ‘sacado de entre los hombres’”. Propone así, una espiritualidad que contenga diversos sustentos teológicos como las virtudes naturales y las sobrenaturales (fe, esperanza y caridad), junto a los dones del Espíritu Santo. Además invita a clarificar “el nexo entre la contemplación y la acción, tanto en la oración misma, como en el estudio”. Una mención particular tendrá que recaer sobre la Sagrada Liturgia, ya que “toda la espiritualidad sacerdotal finalmente se funda (...) en el misterio de la muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo”. También expone que otras virtudes como la pobreza, la obediencia y la castidad, deberán conectarse con el Misterio Pascual y con la escatología. Finalmente sugiere una exposición más clara y teológica del “papel del Espíritu Santo y de la Santísima Virgen María en la formación del alma sacerdotal”.

Sobre la formación sacerdotal,⁴¹ nuestro obispo se interroga: “¿Los Seminarios y los Institutos de Religiosos para formar sacerdotes de hoy día, son en verdad aptos para procurar tales sacerdotes? Esto es, ¿sacerdotes de la Iglesia y de la Sociedad del Vaticano Segundo?”. Para responder a estos interrogantes ensaya algunas consideraciones, por ejemplo, invitando a observar la formación integral del sacerdote en la Iglesia y en el mundo, contemplando lo “humano, intelectual, espiritual y pastoral, para que así se forme la mentalidad y la personalidad sacerdotal, no sólo por las categorías fundamentales de valores absolutos, permanentes y eternos, sino también por categorías relativas, de tiempo y espacio, de encarnación, de adaptación y progreso”. Esta moción la fundamenta observando que, “el mismo Verbo Eterno se adecuó también a esas categorías en su Encarnación y en la Obra de la Redención”. Nuestro obispo reconoce y pondera que el mismo concilio “es un verdadero testimonio de esto, pues quiere manifestar la Iglesia Eterna, adaptándose desde adentro y desde afuera al mundo actual.

Entre otros caminos en la formación de los futuros sacerdotes la necesidad del diálogo. “La falta de diálogo en la Iglesia se tiene muchas veces desde la misma formación de los seminarios y de los Institutos Religiosos. Se da una formación demasiado individualista, y según la concepción de la Iglesia y de la sociedad, fundada más bien en un aspecto estático que dinámico”.

Además buscando de promover distintas acciones que ayuden a renovar la formación seminarística. Entre otras destaca la que propugne la unidad, basada en sólidos fundamentos, extraídos de la Sagrada Escritura, en los Santos Padres y en la Teología; creando un verdadero y laborioso sentido

⁴¹ Cf. ASSCOVS, 1976, Volumen 3, Parte 8, páginas 244-247. Observación escrita encabezada por Mons. Enrique Angelelli. Texto en latín. Los entrecomillados siguientes, serán citas textuales del acta indicada.

de comunidad integral, es decir en lo humano, cristiano y específicamente sacerdotal. Además fomentando encuentros “entre seminaristas y alumnos de los religiosos, para que de este modo, desde la formación se fundamenten los vínculos de unidad en la caridad”. En esta perspectiva alienta las reuniones entre “moderadores y profesores de seminarios y de los Institutos Religiosos, para que más estrechamente se compenetre el sentido eclesial y pastoral de la vida sacerdotal en un único presbiterio”. Se detiene en una mención particular acerca de los moderadores y profesores para que trabajen en comunión y siendo ejemplo, “testimonio permanente, de viva y verdadera comunidad sacerdotal”. Insta a que haya lazos de comunión entre los moderadores y los seminaristas, favoreciendo entre ellos, “un clima de familia por la confianza, una verdadera consideración de sus personas. No se tema que se perderá la autoridad si se da la paternidad en abundancia hacia ellos y se instaura el diálogo fecundo, sacerdotal, íntimo, de padre con el hijo”. También recuerda que toda renovación en la formación de los seminarios “debe encontrar, el centro y fuente de la unidad en la caridad, en la celebración eucarística, testificando para el Seminario y la Diócesis la existencia auténtica de comunidad fundamentada en el Misterio Pascual. En esta vivencia comunitaria se formarán sacerdotes para una activa y verdadera unidad del Presbiterio en la vida pastoral”.

Además favoreciendo que los elementos formativos estén relacionados “a Cristo, al Obispo, al Presbiterio, al Pueblo Cristiano, al mundo de hoy, como se encuentran en los esquemas *sobre la Iglesia, sobre la Iglesia y mundo actual*, en la constitución *sobre la liturgia*, para que aparezca, verdaderamente, el Hombre de Dios y el Hombre entre los Hombres”.

Para llegar a una formación integral y abarcadora, nuestro obispo propone la formación de comisiones compuestas por obispos, moderadores de seminarios y de Institutos Religiosos, teólogos, sacerdotes que trabajan en la pastoral, juristas, psicólogos, sociólogos, laicos experimentados y representantes de la familia, en las diversas Conferencias Episcopales para que colaboren con los pastores diocesanos, en la formación de los futuros sacerdotes. Finalmente, sugiere que se dé facultad a las Conferencias Episcopales para revisar las estructuras, “para que así se puedan encontrar los lineamientos y las orientaciones fundamentales de los seminarios, requeridos por la sociedad de hoy día y de la Iglesia del Vaticano II; y también fuera de las estructuras clásicas”.

Las minuciosas mociones de nuestro obispo buscan adecuar las estructuras de formación sacerdotal a las condiciones de los tiempos que han cambiado. “Hoy son exigidos Seminarios que respondan a estos conceptos del Concilio Vaticano, teniendo a la vista la experiencia y la sabiduría del tiempo pasado, para que podamos ser fieles a las tareas pastorales en el mundo de hoy día”.

Esbozos de síntesis: de los esquemas al decreto aprobado

Brevemente sintetizaremos algunos de los temas estudiados en las intervenciones conciliares de Mons. Angelelli, que finalmente emergieron en el decreto en cuestión. Paralelamente haremos las correspondientes referencias a la asimilación reflejada de ellas en el decreto aprobado definitivamente. Ante todo podemos observar una incisiva insistencia en renovar la naturaleza sacramental, la espiritualidad y la formación presbiteral. Angelelli ubicado en los nuevos tiempos históricos que vive el mundo y la Iglesia, pugna para que la renovación teológica y pastoral del Concilio abarque y comprenda al presbiterio. No solo como destinatario de las reflexiones y acciones proyectadas por los Padres Sinodales, sino como “próvidos cooperadores del Orden Episcopal”, es decir los más cercanos al ministerio episcopal.

Angelelli vislumbra la naturaleza teológica del presbiterio en íntima comunión de vida y misión con el Misterio Pascual de Cristo. Acontecimiento salvífico, en el cual participa la comunidad presbiteral (cf. PO 7-8), en el misterio de la Iglesia, y unidos al Orden Episcopal construyendo, santificando y apacentando al Pueblo de Dios, mediante la ofrenda de su propia vida, el anuncio del Evangelio, la ofrenda de la Eucaristía y el pastoreo de la comunidad. Angelelli al promover la renovación del orden presbiteral, lo hace a favor de conformar una única comunidad sacerdotal “en torno al Obispo” y con el Obispo, identificando la dignidad y la misión del oficio ministerial (no sólo en los individuos), sino en la comunión que entre sí edifican (los presbíteros junto al Obispo), para llegar a ser un signo sacramental de los bienes que viven y testifican como ministros del misterio de Cristo.

La naturaleza teológica del orden presbiteral indicada por nuestro obispo, requerirá de una profunda conversión y de la asimilación de una espiritualidad centrada en la santidad del ministerio (cf. PO 12), “hombre de Dios, sacado entre los hombres” (cf. PO 3). Para alcanzar este fin, Angelelli indica que deberá sustentarse en las virtudes teológicas y las cardinales (cf. PO 22), en los dones del Espíritu Santo (cf. PO 18), en la identificación con el Misterio Pascual celebrado en la Liturgia (cf. PO 13), equilibrando la vida espiritual con la pastoral (cf. PO 14) y en las promesas sacerdotales (cf. PO 15-17).

Para fortalecer la identidad y la espiritualidad del ministerio, Angelelli indicó renovadas propuestas formativas en la etapa seminarística. Entre ellas destacamos, el afán de una formación integral (cf. PO 19) y la encarnación del ministerio en el mundo mudable (cf. PO 1.22).⁴² Éstas sugerencias junto a las formulaciones sobre la identidad y la espiritualidad presbiteral centradas en la configuración a Cristo en su Misterio Pascual,⁴³ según nuestro protagonista permitirán y harán accesible construir y sostener “el gozoso desempeño del ministerio sacerdotal”.

También la vivencia gozosa, santificante y esperanzada del ministerio, Mons. Angelelli la dejara plasmada en su poema titulado “Oración de mi sacerdocio”.⁴⁴ Del mismo extraemos algunas estrofas, que a modo sapiencial asumen (escritos a unos años de iniciada la recepción del concilio) algunos aspectos de los recorridos en nuestra reflexión:

*Veinticinco años vividos por caminos de Dios,
con mañanas de Pascua y tardes de dolor,
con fidelidades de hijo y debilidades de pecador,
con las manos metidas en la tierra del hombre...
de este pueblo tuyo que me entregaste Señor.*

*Mi vida fue como el arroyo...
anunciar el aleluya a los pobres*

⁴² Sucintamente hemos recorrido las principales mociones que presentara nuestro obispo en el Concilio, observando que la mayoría de ellas fueron asumidas por el decreto en su redacción definitiva.

⁴³ El presbítero recibe del único y definitivo sacrificio de la cruz la dignidad y la misión del sacerdocio de la Nueva Alianza. En Cristo encuentra su propia imagen auténtica, recibiendo también de El una participación real y ontológica de su eterno y único sacerdocio, al que está llamado a conformar toda su vida. Cfr. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Pastores dabo vobis, Editorial Salesiana, Lima, 1992, n° 13.

⁴⁴ Cfr. Angelelli Enrique Mons., Encuentro y mensaje, poemas, Patria Grande, Buenos Aires, 1984, 3ª edición, páginas 31-34. Poema escrito en Roma a fines de 1974, con motivo de sus bodas de plata sacerdotales.

*y pulirse en el interior;
canto rodado con el pueblo
y silencios de “encuentros”...
contigo... solo... Señor.*

*Mi vida fue como el sauzal...
pegadita junto al río
para dar sombra nomás.*

*Mi vida fue como el camino...
pegadita al arenal
para que la transite la gente
pensando: “hay que seguir andando nomás”.*

*Mi vida fue como el cardón...
sacudida por los vientos
y agarrada a Ti, Señor;
vigía en noches de estrellas
para susurrarle a cada hombre:
“cuando la vida se esconde entre espinas,
siempre florece una flor”.*

*Mi vida canta hoy dichosa a Ti, Señor...
Es misterio que se hizo camino
ya andado un buen trecho, Señor...*

Finalmente, en el transcurso de estas breves reflexiones, notamos que Mons. Enrique Angelelli insiste que la vida y la misión del presbiterio en la Iglesia y en el mundo, estén sostenidas por la impronta del gozo, la acción de gracias y un sano optimismo. Concluimos subrayando la satisfacción de nuestro obispo cuando los Padres Sinodales reconocieron estos aspectos, en los servicios de los presbíteros en el mundo, esparciendo las semillas del Evangelio, al decir: “Pero se goza el Sagrado Concilio porque la tierra, repleta de la semilla del Evangelio, fructifica ahora en muchos lugares bajo la guía del Espíritu del Señor, que llena el orbe de la tierra, y que excitó en los corazones de muchos sacerdotes y fieles el espíritu verdaderamente misional. De todo ello el Sagrado Concilio da amantísimamente las gracias a todos los presbíteros del mundo: ‘Y al que es poderoso para hacer que copiosamente abundemos más de lo que pedimos o pensamos, en virtud del poder que actúa en nosotros, a El sea la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús’ (Ef., 3, 20-21)”. PO 22.

P. Luis O. Liberti svd

Situación y tareas de la Iglesia actual

Carlos Schickendantz

Se han cumplido ya cuarenta años del inicio del Concilio Vaticano II. Dicha fecha constituye un motivo para reflexionar una vez más sobre aquel acontecimiento que, sin dudas, marcó la vida la Iglesia en el siglo XX y que, además, está llamado a orientar los próximos pasos en el nuevo milenio. Es claro que tenemos ante nuestros ojos un contexto religioso y cultural parcialmente diverso al que afrontaron los Padres conciliares. Conceptos como globalización neoliberal, terrorismo, diálogo intercultural e interreligioso, creciente brecha entre ricos y pobres, fundamentalismos, etc., son comunes al momento de explicar nuestra situación. Quizás uno de los factores más importantes está dado por la acentuación de aspectos culturales caracterizados como posmodernos. Desde una perspectiva filosófico-social, el núcleo de este proceso de (pos)modernización, que impregna la mentalidad y la vida diaria de los hombres y mujeres de todas las edades y estratos sociales, se concentra sobre todo en *la primacía incondicional del sujeto individual frente a todas las tradiciones e instituciones vinculantes*. Esto se expresa en múltiples factores: un pluralismo radical, la legitimación del cambio continuado, la quiebra de la tradición y de la memoria cultural, el desprestigio de todas las instituciones y de las estructuras centralizadas y, por el contrario, el creciente aprecio por los procedimientos democráticos, el proceso continuo de secularismo y el surgimiento de una nueva religiosidad independiente de las grandes iglesias, etc. Estas tendencias, si bien son más evidentes y radicales en el hemisferio norte, impactan hoy todas las sociedades occidentales.⁴⁵

1. Una interpretación de la situación.

Formulo una primera tesis: *las dificultades del cristianismo y de la Iglesia en la sociedad actual deben verse ante todo en la conflictiva confrontación con algunos aspectos centrales de la cultura (pos)moderna*. Subrayo aquí sólo un factor, a mi juicio, importante, que destaca un aspecto fundamental de la organización estructural de la Iglesia.

En un artículo publicado en el año 2000 dedicado a la situación de la teología en Europa, Peter Hünermann, presenta como punto de partida la realidad de la Iglesia en dicho lugar. Su constatación inicial afirma que, como institución, la Iglesia en esas latitudes "está envuelta en un proceso dramático de desintegración", que califica como un "terremoto «silencioso»".⁴⁶ No me detengo aquí en las cifras, por lo demás bien conocidas, referidas al número decreciente de vocaciones, al envejecimiento del personal dedicado, a la disminución de bautismos, matrimonios, al descenso de la participación en celebraciones dominicales, en general, a la pérdida de relieve de todo el proceso de socialización cristiana, como la catequesis de niños y jóvenes, etc. Este proceso es común a todo el continente y, en cierta medida, a todo el hemisferio occidental. Hünermann no desconoce las señales positivas que emergen, pero centra su atención en las causas de la crisis actual. Formula dos afirmaciones centrales: *la actual crisis de la Iglesia está unida a la transformación de la sociedad europea en la época moderna*. Dicha sociedad está edificada hoy sobre el principio de los derechos humanos y sobre formas socio-políticas que garantizan su cumplimiento: incluyen necesariamente elementos como la división de

⁴⁵ Cf. como ejemplo un estudio realizado en la ciudad de Santiago de Chile. C. Parker Gumucio, "Catholicismes populaires urbains et globalisation. Étude de cas au Chili", en : Social Compass 45 (1998) 595-618.

⁴⁶ "Apuntes sobre la situación de la teología católica en Europa", en: Stromata 56 (2000) 191-210.

podere, opinión pública basada en la libertad, etc. Ahora bien, este modelo de sociedad es sustancialmente diferente a la estructura institucional de la Iglesia. La segunda afirmación central reza: *la organización institucional de la Iglesia se encuentra aún profundamente marcada por la antigua concepción europea de la sociedad*. Esta concepción posee características, ya formuladas en la *Política* de Aristóteles, que pueden sintetizarse así: 1. El conjunto o todo de la polis tiene primacía sobre el individuo; 2. Sólo el gobernante o el grupo que gobierna (aristócratas) representan a ese todo, es decir, representan a la polis, aunque de suyo constituyen sólo una parte de ese todo; 3. Sólo el gobernante puede captar los intereses del todo, sólo él puede actuar verdaderamente en el sentido de la polis. Evidentemente, las teorías políticas fueron siempre mucho más complejas y diferenciadas, encontrando expresiones diversas. Pero es claro que, en toda la historia europea, el desarrollo del orden público está marcado por esta visión: desde el Imperio Romano hasta el Absolutismo ilustrado en el siglo XVIII. Por el contrario, el hombre moderno, sin desconocer el principio del bien común, destaca el valor del individuo, la supremacía de la ley y la constitución sobre cualquier gobernante y la importancia de crear estructuras complejas que aseguren que los intereses de todos sean respetados. El hecho de que la Iglesia en los siglos pasados haya adoptado la concepción europea antigua de sociedad es en cierto modo evidente, constata Hünemann. Es claro que la Iglesia desarrolla sus instituciones en una interacción constante con las concepciones socio-políticas que están presentes en una sociedad determinada, lo cual no significa que imite sencillamente esas estructuras sin un proceso de adaptación propio orientado por el Evangelio. Pero este análisis muestra que la Iglesia no ha hecho lo mismo durante el proceso de modernización. En muchos casos la praxis de la Iglesia está marcada por la concepción europea antigua, que es incompatible con los rasgos de una sociedad moderna. Esta es una razón por la que la Iglesia encuentra enormes dificultades para realizar su tarea central: ser sacramento, signo creíble del Evangelio de Jesucristo para todas las personas y naciones en el marco de una sociedad y mentalidad modernas. El autor pone de relieve también cómo en el análisis del primado de gobierno del Papa, teólogos importantes como Tomás de Aquino, Bañez, Belarmino e, incluso, el Concilio Vaticano I, *dependen estrechamente, como clave de interpretación, de la concepción monárquica del régimen político*. Varios trabajos histórico-teológicos (Sieben, Schatz, Pottmeyer) han atestiguado suficientemente hasta qué punto, *detrás de una concepción de la Iglesia, con sus servicios ministeriales, existe una teoría de las instituciones políticas*. En particular, esta concepción política ha marcado la idea y praxis de la Iglesia como institución y, más precisamente, la estructura del ministerio ordenado (sacerdocio), su conceptualización teórica y su modo de ejercicio. Las variaciones históricas no han cambiado este modelo fundamental. En un texto reciente, K. Schatz comenta: "Más que factores políticos en sentido estricto, que normalmente pueden cambiar en un corto espacio de tiempo, fue a menudo un asunto sobre modelos de pensamiento político de largo plazo. Sólo tenemos que pensar en la influencia de la reflexión sobre la mejor forma de la constitución estatal en el pensamiento eclesiológico desde el siglo XIII hasta el XIX."⁴⁷ Por su parte, A. Acerbi, corrobora estos análisis recurriendo como ejemplo a los típicos tratados eclesiológicos de comienzos del siglo XX, en particular el de L. Billot: "Más allá de la terminología, en la sustancia Billot se refiere a la experiencia constitucional europea de los siglos XVII y XVIII. Comúnmente después del Vaticano I, los teólogos y canonistas, cuando querían caracterizar el régimen papal, contra ideas que consideraban erradas o deformantes, recurrían a la idea de la «monarquía absoluta». Era claro para ellos que la sociedad eclesiástica no es monárquica en el mismo sentido que las otras sociedades: su constitución, en efecto, depende de la voluntad institutiva de Cristo;

⁴⁷ "Historical Considerations Concerning the Problem of the Primacy", en: J. Puglisi (ed.), *Petrine Ministry and the Unity of the Church*, Minnesota 1999, 1-13, 9.

pero cuando se trataba de determinar el contenido de tal voluntad, entonces ellos asumían la monarquía absoluta como el modelo principal."⁴⁸

2. «Corrección de rumbo» frente a la modernidad en el Vaticano II. Un ejemplo: Iglesia y derechos humanos

El 10 de diciembre de 1948 la Asamblea General de las Naciones Unidas reunida en París aprobó la «Declaración Universal de los Derechos del Hombre». Desde entonces, no han faltado voces que pusieran de relieve sus insuficiencias desde diversas perspectivas, como por ej., la ausencia total de una referencia a Dios o su carácter no vinculante, etc. No obstante, la declaración constituye la expresión de una época y un instrumento sin analogías en la historia de la humanidad. Aunque es posible encontrar algunas alusiones de Pío XII, recién a partir de Juan XXIII el tema de los derechos humanos comienza a ser un punto de referencia central en la ética social católica. Esta recepción representa el resultado del desarrollo de un *extenso proceso* impregnado durante un largo tiempo por un decidido rechazo del movimiento de ideas que desembocó en aquella declaración. Esta oposición tuvo causas históricas precisas, en tanto la revolución francesa y los movimientos que de ella surgieron poseían una acentuada perspectiva anticlerical y amenazaban además la posición tradicional de la Iglesia en la sociedad. En dicha controversia se manifestó también la tensión entre diferentes concepciones de la fundamentación del estado y la política. El deseo ilustrado-liberal de concretar un estado secular que preveía expresamente la separación de Iglesia y estado y que obligaba a éste a una estricta neutralidad religiosa suscitó la reacción de la Iglesia que opuso su tradicional concepto, según el cual el estado debía regularse por los principios cristianos por ella ofrecidos. En este contexto, es importante advertir, como lo ha hecho K. Lehmann, que el documento conciliar «*Dignitatis humanae*» sobre la libertad religiosa "contenía una corrección explícita de las enseñanzas papales existentes hasta entonces."⁴⁹ Hoy el tema de los derechos humanos se ha convertido en un *punto central* de la actividad de la Iglesia en el mundo, incluso porque ella ha advertido que en los países donde el cristianismo es minoría el derecho a la libertad religiosa es un instrumento de supervivencia. Constituye una novedad también, y este hecho no debería pasar desapercibido, el modo actual de concebir el ejercicio del papado en referencia a este tema, también en su conciencia del deber de asumir un rol internacional en este campo; una perspectiva impensable incluso hasta Pío XII, por lo menos. De hecho éste es actualmente un capítulo central en la labor internacional de la Iglesia. Refleja una conciencia de sí misma y de sus responsabilidades que no tiene analogías en la historia de la Iglesia y que representa ya, probablemente, un progreso sin retorno.

3. Qué tipo de Iglesia afrontará la situación actual.

Formulo una segunda tesis: *Para un correcto posicionamiento de la Iglesia en la sociedad actual es importante que los grandes temas de la eclesiología del Vaticano II (y sus múltiples «correcciones de rumbo») maduren, es decir, que modelen las estructuras e impregnen la mentalidad y la conducta de los cristianos (más aún las de los dirigentes).* Esbozo algunos problemas y tareas⁵⁰:

a) Iglesia – Pueblo de Dios

⁴⁸ "Per una nuova forma del ministero petrino", en: id. (ed.), *Il ministero del papa in prospettiva ecumenica*, Milano 1999, 303-338, 306.

⁴⁹ Cf. K. Lehmann, "Eine Lebensfrage für die Kirche", en: *Herder-Korrespondenz* 49 (1995) 29-35, 32.

⁵⁰ Análisis más detallados he realizado en mi libro *¿Adónde va el papado? Reinterpretación teológica y reestructuración práctica*, Buenos Aires, 2001.

Planteo sólo un aspecto, aunque muy significativo: en una conferencia todavía inédita, P. Hünemann, en base a un importante trabajo de P. J. Cordes de 1972 sobre el documento referido al ministerio y a la vida de los presbíteros, «Presbyterorum ordinis», del Vaticano II, pone de manifiesto las disputas existentes en dicho Concilio en relación a la naturaleza del servicio ministerial; disputa que no se identificaba simplemente con la división entre la minoría y la mayoría en la asamblea conciliar. Se observa con claridad la existencia de dos concepciones del ministerio sacerdotal y uno queda sorprendido hasta qué punto obispos que se distanciaban nítidamente de las posiciones de la minoría, poseían no obstante un concepto fuertemente jerarcológico, que concentra el envío misionero de Jesucristo, no en todo el pueblo de Dios en primera instancia, sino en el ministerio ordenado (favoreciendo así una imagen clerical de la Iglesia). De allí la conclusión de Cordes, en el sentido de que falta una síntesis que ofrezca una visión homogénea y que impida interpretaciones eclécticas. Por este motivo no debe extrañar el hecho que, después del Concilio, la cuestión del ministerio sacerdotal recibió explicaciones en todas las direcciones. A juicio de Hünemann, en la base está la teoría política aristotélica brevemente descrita y esta línea de interpretación se extiende hasta el documento vaticano de 1997 sobre la colaboración de los laicos en el ministerio sacerdotal. Esta carencia de homogeneidad debe ponerse en conexión con aquella «ambigüedad» más general constatada por numerosos e importantes teólogos (Congar, Pottmeyer, Antón, Kasper, Komonchak) en relación a la eclesiología del Vaticano II, donde, en cierto modo, conviven dos concepciones eclesiológicas yuxtapuestas, no integradas.

b) Iglesia como comunión de iglesias

"La extinción del sentimiento de la importancia de la Iglesia local es sin duda, una característica sobresaliente de la teología de la Iglesia latina del segundo milenio" (J. Ratzinger). Puede decirse que un paso decisivo de la eclesiología del Vaticano II consiste en que la constitución «Lumen Gentium» devuelve al plural, «las Iglesias», su carta de naturaleza teológica dentro de la Iglesia católica (M. Kehl).

Pero, al respecto, no faltan tensiones en el desarrollo posconciliar. Un ejemplo: En junio de 1995 se hizo público un borrador (Draft) de 12 páginas elaborado por varios obispos y aunque carecía de firmas se pudo establecer que había obtenido la aprobación de aproximadamente 40 miembros de la Conferencia Episcopal de los EEUU.⁵¹ El texto incluye un capítulo que examina las «relaciones de la conferencia episcopal con la Iglesia universal»: se destaca el período de aprendizaje de lo que significa colegialidad en la Iglesia, se presentan objeciones a los procedimientos seguidos en la redacción de diversos documentos por parte de la Santa Sede, se subraya la pasividad en la recepción de las directivas romanas, se manifiesta la preocupación de que una sobrevaloración del colegio de cardenales "desde un punto de vista práctico, debilite el rol de las conferencias episcopales; desde un punto de vista teológico, debilite el principio de la colegialidad." Uno de los puntos más significativos, a mi juicio, lo constituye la opinión de este importante grupo de obispos sobre la interpretación del Concilio: "Existe una sensación difusa que, desde hace algunos años, los documentos romanos a diversos niveles de autoridad han reinterpretado sistemáticamente los documentos del Concilio Vaticano II con el fin de presentar la posición conciliar minoritaria como el verdadero significado del Concilio." Un "ejemplo típico" lo advierten en la carta *Communio notio* de la Congregación de la fe de 1992, que describe a la Iglesia universal "como realidad ontológica y temporalmente previa a cada concreta iglesia particular". Este texto, sostienen, "interpreta la *communio* en el nivel vertical, enfatizando la vinculación entre los obispos individuales y el papa y des-enfatizando la colegialidad de las conferencias nacionales. Se trata de una interpretación muy particular o reinterpretación de *Lumen gentium* (y de otros documentos conciliares) dentro de una eclesiología vertical."

⁵¹ Disponible en internet: <http://astro.temple.edu/~arcc/bishops.htm>

c) *La colegialidad episcopal*

Puede decirse que un punto clave del concilio Vaticano II es la doctrina de la colegialidad de los obispos, recuperada para la conciencia eclesial. Durante la asamblea, en 1963, uno de los peritos más cualificados, Y. Congar, consideró que «colegialidad» podía llegar a ser la palabra central del concilio, así como «homoousios» lo fue para el concilio de Nicea (325), «transubstanciación» para el Lateranense IV (1215) y «primado» e «infalibilidad» para el Vaticano I (1869/70). A. Scrima, observador del Patriarcado Ortodoxo de Constantinopla en el Vaticano II, afirmó al finalizar el Concilio: "el test fundamental de las orientaciones eclesiológicas de la Constitución LG es la asimilación (doctrinal y vivida) de la interdependencia entre el papado y el episcopado."

Como afirma J. M. Tillard, y muchos otros autores, es hoy una opinión difundida que "*la Iglesia postconciliar no ha logrado aún darse las instituciones que puedan permitirle ponerse en sintonía con la eclesiología de comunión cuyas bases puso la Lumen gentium*. Se sigue manteniendo, continúa Tillard, lo que se ha llamado la «soledad» del primado universal tal como el Vaticano I lo había querido, entendiéndolo por ello su «estar por encima de» la comunión con los demás obispos, su «ser aparte», o su «trascendencia», para emplear una expresión de la literatura ultramontana. Es verdad que se han *añadido* nuevas instituciones, pero sin *corregir* la antigua institución de modo que ambas puedan armonizarse, sin conseguir que las formas colegiales lleguen a ser algo distinto de un servicio al primado. (...) Para la gran tradición, el primado está al servicio de la colegialidad, no a la inversa."⁵² No se trata de efectuar una restricción jurídica externa de la potestad del ministerio de Pedro. Se busca destacar con más claridad las consecuencias que resultan de la conexión indisoluble de las potestades colegial y primacial.

Desde esta perspectiva debe continuar la revisión teórica y práctica, por ejemplo, de instituciones como el *sínodo de los obispos* y las *conferencias episcopales*. No es posible aquí ni siquiera insinuar la compleja problemática que estas dos instituciones encierran y la abundante bibliografía elaborada en estos años. Al respecto, existe una difundida insatisfacción por los resultados hasta hoy obtenidos y un cierto grado de incertidumbre acerca de la tendencia en el desarrollo que ambas instituciones están sufriendo.

⁵² *El obispo de Roma. Estudio sobre el papado*, Santander, 1986, 64ss.

RECENSIONES

Imágenes de una misión pastoral
Carlos I. Heredia. Liliana de Denaro
Ediciones Cura Brochero. Córdoba 2002
74 págs.

En este maravilloso libro se publican las fotos del SD. José Gabriel Brochero que se han obtenido y conservado hasta este momento. Son imágenes obtenidas en la segunda mitad del siglo XIX y en las dos primeras décadas del siglo XX.

Las fotografías están ordenadas temática y cronológicamente acompañadas de párrafos de algunos escritos del Cura Brochero o por contemporáneos suyos que refuerzan el mensaje visual.

Reproducimos, a modo de homenaje y recuerdo, algunos párrafos de la Presentación, realizada por el Pbro. Nelson Dellaferrera, donde destaca la labor del P. Carlos Heredia en este libro y en la causa de canonización del Cura Brochero.

“Cuando "Imágenes de una misión pastoral" ve la luz en ésta, su primera edición, ha fallecido en Buenos Aires el Pbro. Dr. Carlos Ignacio Heredia. Él ha sido el máximo propulsor de la canonización del Siervo de Dios José Gabriel del Rosario Brochero.

.... En virtud de las nuevas Normas vigentes se inició en Córdoba la investigación supletiva, designándose el 30 de agosto de 1989 como miembros de la "Comisión histórica" al Pbro. Dr. Carlos I. Heredia y la Lic. Liliana L. de Denaro.

.... La ímproba labor dio sus frutos. Se encontraron tres pláticas, un discurso y menciones de otros, además de cuatrocientas sesenta y ocho cartas, telegramas y artículos periodísticos escritos por el Cura Brochero. A esto hay que sumar más de cuatrocientos artículos periodísticos referidos al Siervo de Dios escritos hasta su fallecimiento en 1914. El índice cronológico de los escritos y documentos permite seguir paso a paso las actividades semanales del Siervo de Dios desde que asumió el Curato de San Alberto hasta su muerte.

Esta fue la obra oscura, silenciosa, sin estridencias y muy rica del P. Heredia. Se dedicó con amor verdaderamente sacerdotal a la causa y a la obra del Siervo de Dios. Con este trabajo histórico el proceso tomó su rumbo definitivo completando el inicial proceso informativo de 1968-1974.

Fruto de este empeño fue la publicación de "Cura Brochero. Cartas y Sermones", editado por la Conferencia Episcopal Argentina en 1999.

.... Al publicar ahora, como obra póstuma, "Imágenes de una misión pastoral", pareciera que el Padre Heredia pone el broche final a sus más de doce años de esforzados trabajos en favor de la causa brochariana.

El Padre Carlos Ignacio Heredia falleció en Buenos Aires el sábado 10 de agosto de 2002. Tenía cuarenta y cinco años de edad. En su habitación del Sanatorio "Sacré Coeur" trabajó hasta el miércoles 6 en la obra que ahora ve la luz. Toda su vida sacerdotal, pero particularmente sus últimos veinticuatro días, son un testimonio conmovedor de su entrega, su aceptación de la voluntad de Dios, su piedad marcada por rasgos casi de niño, su amor a la Virgen Santísima y al ministerio sacerdotal que vivió alegre y esforzadamente.

El Padre Heredia, sacerdote leal, justo, recto de corazón, fiel y sabio nos deja esta última publicación para recordarnos, en la nitidez de las fotografías, la obra de un Cura que merecería ser el Patrono de todos los Párrocos latinoamericanos.” (cfr. Imágenes de una misión, pág. 3)

Pbro. Enrique Eguía Seguí (Buenos Aires)

A nuestros lectores:

Pastores podrá continuar ofreciendo este servicio a la formación sacerdotal permanente con el apoyo de los sacerdotes, que son sus destinatarios. Sugerimos que en cada diócesis o región alguno se ofrezca para recoger las inscripciones a la revista y ayudar así a los demás facilitando los trámites de correo.

Sabemos de las dificultades económicas que, a veces, limitan la posibilidad de seguir recibéndola. Por eso volvemos a ofrecer la opción de recibir *Pastores* a través de la celebración de Misas por la “intención del donante”.

Deseo recibir *Pastores*

Apellido

Nombre

Domicilio

Código

Localidad

Provincia

Diócesis

E-mail

Colaboración 20\$

Colaboración de ayuda 30\$

Celebración por “intención del donante” 5 misas

Los cheques o giros deben enviarse a nombre de Enrique Eguía Seguí
Avda. del Libertador 16.199 (1642). San Isidro. Pcia de Buenos Aires.

Ven, Señor Jesús, busca a tu siervo,
busca a tu oveja extenuada.
Ven, Pastor,
busca como buscaba José a sus ovejas.

Tu oveja ha andado errabunda
mientras tú tardabas,
mientras tú te entretenías
por los montes.
Deja tus noventa y nueve ovejas
y ven a buscar a la que vagaba.

Ven sin perros,
ven sin rudos asalariados,
ven sin el mercenario,
que no sabe pasar por la puerta.

Ven sin ayudante,
sin intermediarios,
que ya desde hace tiempo
estoy esperando tu venida.

Sé que estás a punto de llegar,
si es verdad que no he olvidado
tus mandamientos.

Ven, pero sin bastón;
con amor y con actitud de clemencia.

San Ambrosio
Del Comentario al Salmo 118, 22, 28: PL 15, 1599

